LEONARDO MARIO FERRARO

NEBULA

VIENTO CONTINENTAL



EL VIENTO COMO SI FUERA TIEMPO.

Desde la dedicatoria, el autor nos da el rumbo de su relato. Una historia que revela todo el desespero, la esperanza y la fe de un pueblo.

Leonardo Mario Ferraro habla de Manantiales, geográficamente ubicado en un punto indefinido de nuestro inconsciente colectivo, en algún lugar de la Patria Grande, tan anhelada, tan perseguida por los grandes hombres de nuestra historia común y por aquellos anónimos luchadores, que enfrentaron cañones y sirvieron de alimento para los buitres, después de quemar sus vidas en pro de la patria amada.

Nebula:Viento Continental es una historia de indios, inmigrantes, es la historia de la América Latina, resumida, condensada, es el relato de opresión, revolución, amores y escándalos, que tienen un carácter universal.

NEBULA:
VIENTO CONTINENTAL
Novela

LEONARDO MARIO FERRARO

Editora Alcance Ltda/Brasil
Ediciones La Urpila/Uruguay

A mi padre, que sabía tantas historias...

Para Coca y José Luís

Diseño y realización de tapa: Luís Bustamante
Ilustración: Nívea Lopes Ramos de Oliveira

Edición:

Editora Alcance Ltda
Rua Jacinto Gomes, 65 - 90040-270
(051) 330.2109 - Porto Alegre/RS/Brasil

Ediciones La Urpila
Casilla 5088 - Suc. 1
Montevideo/Uruguay

Queda hecho el depósito
que marca la ley

"La grandeza de un pueblo no se mide por el número, así como el valor de un hombre no se mide por la estatura. La única medida de un pueblo es la cantidad de inteligencia, la cantidad de virtud.

"El que da grande ejemplo, es grande..."


MANANTIALES
VI
III
V
A FLUMINE BRAVO
USQUE
AD PROMONTORIUM HORNOEM
COR ET CORPUS
LATINÆ AMERICÆ SUM

Este libro está dedicado a todos aquellos que por razones económicas, les es negado vivir una vida digna y buscan la justicia social; a todos los emigrados, perseguidos y exiliados políticos de este Continente que sueñan y anhelan por la Patria Grande, con la esperanza de que un día, más temprano que tarde, con espíritu de lucha y firme determinación, logremos por fin, todos juntos, construir la tan ansiada Patria americana.

L.M.F.

En el principio fueron llegando los pobladores oriundos de lejanas tierras desde el otro lado del mar. Aquí encontraron ambiente propicio para vivir y expandirse sin hacer caso de los pueblos nativos, habitantes primigenios de estas comarcas y sus legítimos dueños. Vinieron para tomar posesión devastando todo como repentina vorágine que irremisiblemente destruye lo que está en su camino.

Arrasando florestas, maculando ríos, socavando montañas con el ímpetu de hormiguero vivo, abatiendo fieras y hombres, construyeron con manos manchadas de sangre un escenario de fantasía donde volcaron su locura expansionista sobre la naturaleza virgen.

Extranjeros que somos todos nosotros, permanecemos todavía extranjeros en el último reducto posible — inquebrantable fortaleza —, dentro de nosotros mismos. (Recuerdo la amargura y humillación que sentía cuando mis compañeros de juegos me llamaban *gringo*, palabra maldita llena de desprecio que, pienso, no lo merecía; en el caso, equivocadamente usada, como lo vine a saber más tarde.)

Pasaron los años. Muchos, en verdad — el lugar poco ha cambiado —. Es básicamente el mismo en su letargo de gusano y obligado subdesarrollo. Sólo entonces después, mucho después, llegué a comprender el real significado del vocablo y a quien verdaderamente es dirigido: a los señores de la guerra que sonreíndose condescendientes nos llaman *republiqueta* y desde lejos

nos someten implacables con los grilletes del dinero y la imposición de su cultura la cual, visceralmente, nada tiene que ver con nosotros, intentando encadenarnos a la roca de nuestra miseria secular, águila voraz que nos come el hígado poco a poco, ensayando destruirnos la identidad y absorber la fuerza que nos queda, la voluntad que dirige, sofocar la rebeldía que liberta — cubriéndonos de oprobio —, para por fin, transformarnos en abyecto muladar excremental; entendí entonces la palabra bastarda apropiadamente utilizada para nombrar la extensa región donde se ubica y comienza lo que han convencionado denominar *al sur de la frontera*.

Porque somos un solo y mismo pueblo, gente oriunda de todos los cuadrantes, engendrada en la amalgama con nativos milenarios; sentimos los mismos dolores, lloramos las mismas lágrimas salobres, reímos risas idénticas. Llevamos dentro del pecho rabia sorda y tormentos arrastrados por este lugar microcosmo, reflejo fiel de un macrocosmo que es simultáneamente pueblo, ciudad, república, donde nuestros amos de hoy serán inexorablemente nuestros iguales de mañana.

Manantiales, 1957

I

Para muchas personas el Destino es una entidad metafísica, reguladora de todos los acontecimientos que al ser humano y a las cosas en general se refieren, y nada ocurre sin que esté escrito en el Gran Libro; hasta mismo la hoja que cae al suelo soplada por el viento del otoño allí está registrada.

Hay momentos en que yo también casi me convenzo que tenga fundamento esa creencia, principalmente porque, al meditar acerca del camino que he recorrido hasta el día de hoy, inveterado viajero del tiempo y del espacio, no puedo dejar de sentir la sinuosidad y el enmarañado de ese camino que a mí y a mi familia nos fue señalado.

Por veces, llego a sonreírme al pensar que las Parcas están ocupadas no en tejer, pero en enredar el hilo que me han escogido. Y la venerable Fortuna, caprichosa como una mujer, jamás se ha dignado sonreírme, ni siquiera con fastidio.

¡Ah, Destino, hijo de la Noche, advierte a tus ministros para que sean más condescendientes para con un extenuado caminante, me atrevo a rogarte! Porque Saturno con su hoz está esperando, constantemente esperando, al término del camino, y éste es cada vez más corto...

Ahora de nuevo, como tantas y tantas veces anteriormente, los pensamientos me tomaban de asalto mientras recogía con alguna prisa pocos objetos en una pequeña bolsa de viaje antes de dirigirme a la estación de ferrocarriles. El tren partiría a las 9:00 h p. m. y me quedaban escasos cuarenta minutos; tenía que reunirme todavía a otros compañeros que también iban a viajar conmigo, pero cada cual hacia lugares distintos, a excepción de uno entre ellos que me acompañaría porque, casualmente, teníamos los mismos propósitos por realizar.

Hacía calor aquella hora de la noche, había llovido momentos antes y la temperatura estaba sofocante. El movimiento en la calle era intenso, personas caminaban por la vereda ya seca y algunas de ellas conversaban sentadas delante de la puerta de sus casas. El tupido chaparrón había cesado tan rápidamente como comenzara y las estrellas lucían sin hacer caso del destino de los seres humanos.

La espera: ¡la vida es eterna espera! Estamos siempre aguardando el momento siguiente mientras durante el intervalo entre uno y otro se desenvuelve la historia, los hechos sucédense en una secuencia interminable sin explicar por qué me encuentro aquí y ahora, por qué nos encontramos todos juntos, en este remoto lugar, a centenares de kilómetros de ninguna parte. El tiempo se escurre por entre los dedos como arena; la canilla gotea sin cansarse, con paciencia de asceta, mientras mentalmente trato de contar los segundos por los golpecitos rítmicos del bastón del ciego que pasa.

Sombrero en la cabeza, anteojos oscuros un poco torcidos, rostro de cobre y una expresión pilla en la fisonomía. Pasa bamboleándose, media sonrisa en el pensamiento mientras silba un calypso. La suerte en el

bolsillo no para él, sino para los demás, en cambio de miserables monedas que, al final del día, caben perfectamente en la palma de la mano; todas las mañanas sale tempranito de casa con destino al Patio del Mercado a fin de vender los papelitos coloridos, numerados, con los cuales la señora Fortuna, esa opulenta matrona, se ofrece a quien se dispone a pagar, como la más vulgar meretriz. Vuelve por la noche cansado pero de buen humor; aprendió desde hace mucho qué actitud tomar ante la vida y los años le han enseñado que ésa es la mejor.

La fuente arroja hacia arriba sus aguas en coloridos chorros, la brisa sopla tímida esparciendo lloviznas sobre las piedras de la Plaza de los Libertadores, en frente a la municipalidad. Por la Avenida de la XV Revolución desfilan peatones con trajes multicoloridos, cada cual abrigando en lo íntimo la angustia que esclaviza o, en raros momentos, dejando escapar la sonrisa que liberta. Si está solo comparte los sentimientos con su propia compañía; si está acompañado transforma el compañero en cómplice y ambos se pierden en confidencias a media voz, pues estamos en tiempos difíciles y cada actitud puede ser mal interpretada y considerada sospechosa. En los cafés se discute de todo, principalmente política. Se toman las debidas precauciones y delante de un vaso de cerveza o pulque, chicha, pisco o guarapo, se aprovecha el intervalo entre dos tragos para susurrar palabras. Los ojos se mueven rápidos de un lado a otro, la fisonomía atenta y los oídos en la escucha. Alguien pasa discretamente un papelito al compañero tras asegurarse de que nadie le observa, el cual desaparece con rapidez dentro del bolsillo.

Espero un rato en la vereda apoyado en el poste de luz, a mis amigos; ellos no tardan en llegar. En el mismo instante paramos una *liberty* que pasaba y le pedimos al

cochero que nos llevara a la estación. Éramos cuatro y nos acomodamos confortablemente en el coche. Dentro de un cuarto de hora llegaríamos pues la estación está ubicada en el final de la Avda. de la XV Revolución, la única que tiene la ciudad.

Por la avenida el movimiento seguía igual, las personas iban y venían, algunos coches y taxis, jóvenes andando en bicicleta. En los bancos de la plaza, delante de la fuente, las parejas intercambiaban susurros y caricias. Las luces continuaban encendidas en las ventanas de las casas, incluso en la municipalidad; el movimiento en el Patio del Mercado iba poco a poco disminuyendo, y por fin solamente los mendigos esquivábanse furtivos en las tinieblas.

Las miles de palomas hacía mucho que se habían retirado para el reposo nocturno, luego a la primera señal del oscurecer. Mientras las tinieblas no bajaban completamente sobre la pequeña ciudad en las montañas, no cesaban de arrullar en murmurio sordo y constante. Durante el día infestaban todos los tejados y cumbreras del caserío colonial, que olían a plumas mezcladas con paja, huevos y estiércol; azotaban la torre de la iglesia, el campanario, el Patio del Mercado con sus arcadas coloniales, aleteando, volando y volando de una a otra parte en una verdadera plaga de arrullos y excrementos.

¡Ah, lugar maravilloso éste!, en el cual aporté un día por capricho del Destino no sé hace cuántos años, con mi familia. En la época éramos solamente tres, mis padres y yo; con los años nacieron mis hermanos. Y pasé a amar de todo corazón a la pequeña ciudad aislada en las montañas, su gente, sus cosas, de la misma forma que siempre he amado y jamás olvidé a otra pequeña ciudad de donde vine y en la cual nací, también ubicada en la cumbre de un

monte. Mi cuna nativa, mi sangre ancestral y la herencia cultural de generaciones han plasmado en mí el carácter de mis antepasados, dándome la conciencia de saber quien soy, dándome orgullo por mi origen —- sin despreciar a nadie — y el profundo sentimiento que nutro por esos dos lugares: el sentimiento de la cuna, por uno; y el del corazón, por el otro.

En tiempos de antaño vinieron, poco a poco, hombres y mujeres de todos los cuadrantes del Continente y formaron un pueblo en este sitio: un valle circular inmenso, rodeado por montañas siendo que la más alta tiene 1.500 m y se llama Yungali. El lugar era entonces habitado únicamente por indios y los recién llegados aquí se iban estableciendo por parecerles apacible este lejano rincón, enorme llanura dispuesta en círculo, ceñida por el collar de montañas, formando como un gigantesco cráter de extinto volcán.

La tierra era fértil, harta la vegetación, el clima tropical; desde las montañas corrían arroyos de abundantes aguas cristalinas. El gran número de vertientes le dio el nombre al valle y al pueblo naciente, ahora ciudad, aunque pequeña y provinciana como cualquier pequeña ciudad del interior. Dulcemente provinciana con aires de campesina y belleza india, con el color moreno y el olor de plantas exóticas.

Manantiales está ubicada en el extremo occidental de la llanura, en la falda de las montañas, a orillas del río Azul cuyas aguas color turquesa brotan desde las entrañas de la tierra como lágrimas, que escurren de diversos puntos, se reúnen y despeñan en torrentes por las barrancas hasta alcanzar la llanura somnolienta. Allí continúan a fluir, ahora lánguidamente, en dirección al sur, primero; después al oriente, donde van a hundirse en el desfiladero

al este, cerca de los pantanos, única vía de salida del valle hacia el mundo exterior, por donde también pasan la carretera y el ferrocarril; continuando en su obstinada marcha alcanzan el otro lado de las montañas orientales donde comienza la gran floresta y allí penetran en sus insondables misterios...

En el punto donde el río dobla hacia el este hay bosques que alcanzan la base de las montañas, muy cercanas, donde están las minas de esmeraldas. Éstas, encontradas recientemente, en 1925, mientras se estaba construyendo el ferrocarril.

En toda la extensión de la llanura hay plantaciones de bananas y caña de azúcar que, junto con la extracción de esmeraldas, son la base fuerte de la economía del lugar. Se cultiva maíz también, aunque en menor escala.

Luego a la salida del valle, de ambos lados del desfiladero, la carretera y el ferrocarril, acompañando ahora el curso del Azul, pasan por otros pueblos y ciudades como Aldebarán, Orionis, Manzanares, la Ciudad de las Estrellas... Después de recorrer el desfiladero, la carretera y la vía férrea, una siempre haciéndole compañía a la otra, como si tuvieran miedo de seguir solas por aquellos solitarios parajes, se dividen en tres brazos: uno se dirige hacia el norte; el otro hacia el sur y el tercero continúa rumbo al este, a través de la gran floresta, hasta alcanzar Lusbralia, su punto terminal.

En ese lugar la carretera, tras serpentear por el interior de la gran floresta, está flanqueada por barrancos de granito donde corren riachuelos sobre piedras, y allí enclavadas hay chozas de barro cubiertas con paja delante de cuyas puertas dormitan perros flacos, enroscados y apáticos.

Cada una de esas localidades, incluyendo Manantia-

les, tiene su propia historia y características peculiares, pero no obstante forman parte de un todo. La Ciudad de las Estrellas, sobre las montañas orientales, es de cierto modo algo aparte, remanente arqueológico de la primitiva tribu que, según sus más antiguas tradiciones, desciende de los dioses.

Ciudad en ruinas, desierta, donde el tiempo ha parado para siempre. Las leyendas hablan de su fundación por seres venidos del cosmos en épocas muy remotas, anteriores todavía a las tradiciones del Popol Vuh de los indios quichés. Los visitantes cósmicos bajaron de las estrellas durante una era propicia, en una nave que brillaba como el Sol; encontraron hombres primitivos en estado de barbarie completa que les acogieron como si fueran dioses. Enseñáronles a cultivar la tierra y a fabricar utensilios, transmitiéronles conocimientos que mejorarían sus condiciones de vida. Pasaron algún tiempo entre los nativos y, llegado el momento de irse, dijeron que un día volverían; dejaron instrucciones para que viviesen en paz evitando la guerra con otras tribus. Los visitantes eran pocos, no más que diez, tenían forma humana y los rostros resplandecientes. Se vestían de modo insólito, mitad de la tripulación de la nave era compuesta por hombres y la otra mitad, por mujeres; el comandante era mujer. Existe en la Ciudad de las Estrellas un templo en ruinas con monolitos representando los seres cósmicos, hay uno especialmente dedicado a la cosmonauta comandante la cual es identificada como la diosa madre Tierra o de la Fertilidad y cuyo nombre indio es Kindali.

Actualmente se cree, según rumores que circulan con insistencia por todo el valle y las cercanías, que de tiempos en tiempos naves cósmicas nos visitan, a juzgar por testigos oculares y también por singulares manchas oscuras

en los bosques, donde el suelo se presenta quemado en algunos sitios como si fuera por chorro de fuego de motor, y una escoria fétida es encontrada allí, especie de masa gelatinosa que rápidamente desaparece, no se evapora pero, literalmente, deja de existir, se desvanece por sí misma, cuyo olor se asemeja al del ácido sulfhídrico.

Éste es uno más de los muchos misterios que rodean el lugar. Hay sin embargo innumerables cosas que merecen ser recordadas, pero la parada brusca del coche que nos conducía interrumpió mis divagaciones. Cuando uno está inmerso en profundos pensamientos todo se oscurece alrededor, como si nada existiera, como si nosotros mismos no existiéramos. Ese estado mental es semejante al sueño y a la muerte y se le podría perfectamente considerar hermano de ésta, como lo es aquel. Cuando pensamos intensamente, el tiempo se anula y cinco minutos nos parecen horas. Tenemos la sensación de hallarnos de cuerpo y alma en el fondo de un remanso, cubiertos por el limo, en el medio de sombría floresta. Los ojos están abiertos sin nada ver; tenue punto luminoso les pasa delante alejándose cada vez más. Se dice que éste es el momento supremo en el cual realmente vivimos, cuando todo se desvanece y sólo queda la realidad del propio yo. Es como si la vida se nos huyera poco a poco y la visión penetrara, en sentido inverso, en el centro de nuestro cerebro.

Transcurrieron exactamente los quince minutos previstos para alcanzar la estación; nos quedaron cinco. Después de pagar al cochero desembarcamos, dirigiéndonos rápidamente al andén. Sin embargo, no hacía falta tener prisa porque el tren, como solía ocurrir con frecuencia, aún no había llegado.

Poca gente se hallaba allí aquella noche, casi todos

estaban en el bar comiendo algo ligero o tomando un trago antes del embarque. En verdad, la mayor parte de las personas prefería el horario matutino, a las 9:00 h, porque el nocturno tenía fama de retrasarse a menudo. Nos instalamos lo mejor posible los cuatro en um rincón donde había un viejo banco de madera, colocamos nuestras valijas en el suelo y nos decidimos esperar. Encendí un cigarrillo, le ofrecí a cada uno de mis amigos, que aceptaron, y mientras las espirales de humo subían, empezamos a conversar.

— Necesito estar mañana por la mañana sin falta en Lusbralia, ¡ojalá esta vez no se retrase el tren! — habló Ramón —. Hace muchos años que viajo de acá para allá y vice versa, y en la mayor parte de las veces ese maldito tren me deja colgado, tanto en la ida como en la vuelta.

Ramón Quesada es un amigo desde hace muchos años, desde los tiempos de chicos, cuando nos pasábamos el día por los campos jugando a la pelota, cazando pajaritos y bañándonos desnudos en el río, escandalizando a las lavanderas que lavaban la ropa a la orilla, o mirando detrás de las matas para verles los muslos morenos metidos en el agua, el vestido arremangado para que no se mojara, dejando ver las bombachas. Procedíamos así de propósito porque sabíamos que ellas tenían vergüenza, aunque estábamos seguros que íntimamente les gustaba. Justo en la época en que pasábamos a la adolescencia, dejando de ser niños, sentíamos inmenso placer en ostentar nuestra incipiente virilidad ante aquellas hembras maduras.

Trigueño, delgado, 1,70 m de estatura, trabajaba por cuenta propia vendiendo telas, ropas hechas y otras mercancías que iba periódicamente a comprar en Lusbralia porque allí los precios eran más bajos. Negociaba exclusivamente con el árabe Fuad, refugiado y emigrante palesti-

no establecido con mercería. Se reía cuando le llamaban *buhonero* y con frecuencia se burlaba de sí mismo; gran bromista, narraba sus buenas y sus malas con la misma disposición de espíritu, sin molestarse. Cantor bohemio en sus ratos libres, tocaba guitarra y no despreciaba un trago. Ramón era de Manantiales pero vivió muchos años en Lusbralia y al volver no encontró gran cambio en su ciudad. Al regresar, cargado de mercancías — había decidido de repente iniciarse en aquella profesión —, trató de venderlas pronto para librarse y también porque estaba sin dinero. Fue derecho a la tienda que le habían indicado a hablar con Fuad. Una hora después salío de allí con el dinero, había hecho amistad con el comerciamte y lo invitó a que se encontraran para tomar un trago.

— Seguramente el tren va a llegar pronto — replicó Jubal —. ¿Ustedes no tienen hambre? Yo voy al bar a comprar algo para comer. ¿Alguien quiere que le compre algo?

Le dimos dinero para que nos trajera sándwiches. Poco después volvió con pancitos conteniendo carne picada con salsa y hojas de menta.

Ya habían pasado cuarenta minutos desde que llegáramos. Oímos desde lejos un silbo de locomotora, ¿o sería ilusión nuestra? Miramos en dirección del sonido, aguardando atentos por algunos instantes, pero nada ocurrió para deshacer la ansiedad.

La noche permanecía negra e inexcrutable. El calor sofocante continuaba, nubarrones pendían del cielo sin luna en presagio de lluvia inminente. La brisa esforzábase por sacudir las hojas de los árboles pero apenas lograba acariciarlas tímidamente, murmurando secretos con recato de doncella. Las luciérnagas encendían sus luces fosforescentes, centelleantes como estrellas. Se oía distintamente

la serenata de grillos en el matorral y, al fondo, proveniente de los charcos, bien afinado, el coro de las ranas.

Jubal Murdoch, hijo de inmigrante irlandés y madre nativa, seguía con destino a Manzanares llevando un propósito muy especial que, sin embargo, se abstenía de comentar y nosotros, aunque supiéramos de qué se trataba, como amigos que éramos, le comprendíamos muy bien. El padre, Robert Murdoch, había venido a Manantiales en el tiempo en que una empresa de su país iniciaba la construcción del ferrocarril, a trabajar como obrero; esto sucedió en 1925, cuando tenía dieciocho años. Llevada a cabo la obra, como se quedara sin trabajo y hubiese resuelto fijarse aquí por haberle gustado el lugar, adquirió, con el poco dinero que lograra ahorrar, una herrería; tiempos después se casó con una india, mujer muy bella, joven y morena. Todos los días tempranito se iba con la mula hacia las montañas a recoger leña. Fue durante una de esas andanzas que descubrió, por acaso, una piedra verde en el arroyo donde llevaba la mula a beber. Examinándola con atención se dio cuenta que se trataba de algo más que una simple piedra, pues era muy bonita y tenía un brillo fuera de lo común. A nadie le contó acerca del hallazgo, ni a su mujer; retornó días después al sitio con herramientas apropiadas y comenzó a buscar para ver si encontraba más piedras. El arroyo corría por pequeño barranco en la falda de la montaña; excavando con el pico la pared de la montaña fue, poco a poco, abriendo enorme agujero. Llevó varias semanas excavando diariamente, con infinita paciencia, seguro de que debería hallar más de aquellas piedras verdes que, lo sabía muy bien, eran esmeraldas. Su ardua labor fue plenamente recompensada, encontrando verdadera mina. Tiempos después comunicó el hallazgo a las autoridades, no sin antes haberse hecho una buena provisión de

piedras; así lo hizo por deber y porque sabía que tarde o temprano la noticia se sembraría a los cuatro vientos y de nada serviría mantener el secreto por más tiempo. En verdad se constató que el venero era muy rico y de esta manera se iba a excavar no apenas una sino varias minas. Recibió una buena recompensa entregada por el intendente en persona y el título de ciudadanía; más tarde el gobierno, como no disponiera de recursos para explotar los yacimientos, cedió a una empresa extranjera los derechos de explotación, y así se formó la *Manantiales Emeralds Mining Co*. Años después nació Jubal, nombre que, según se decía, había sacado de la Biblia, la cual leía frecuentemente, pues era muy devoto. Por esa época vendió la herrería tornándose verdulero, actividad que el hijo heredó del padre.

Alto, corpulento, pelo castaño y tez trigueña, caracteres legados por la madre india, Jubal Murdoch tenía espíritu explorador, le gustaba la arqueología y la caza; a menudo realizaba solitarias caminatas metiéndose por los matorrales y campos vecinos. A veces salía a caballo y permanecía todo el día fuera. Vivía del pequeño huerto que había plantado el padre, ahora viejo y jubilado, vendiendo en el mercado la producción de verduras. La madre, todavía joven y conservada, se ocupaba con trabajos de artesanía nativa, los cuales vendía por buen dinero a los turistas y visitantes de afuera. El hijo tenía, además, espíritu rebelde, sin ser radical; leía mucho, era bastante instruido, pues había frecuentado la escuela, lo que hacía con que se preocupara mucho por las condiciones de vida de su pueblo.

En el bar colocaron un disco más en el tocadiscos. De los altavoces diseminados por la estación salían las notas tristes de una guarania. Los ojos negros de nuestra

compañera brillaron de repente, brusco escalofrío le recorrió las entrañas en una visión de florestas sombrías y perfume de yerba mate. Cabellos oscuros de azabache, largos hasta la cintura, lisos, se desparramaban como cascada sobre sus hombros. Delgada, cuerpo bien cincelado, la piel trigueña confirmaba el apellido; labios carnudos, ojos grandes como harto los hay en estas comarcas, engastados en un rostro color canela: así es Perla Moreno. Hija de Enrique Moreno, propietario de la *Gaceta de Manantiales*, habíamos sido, ella y yo, compañeros de escuela; trabajaba en el periódico del padre donde yo también, en el momento, ejercía mis actividades como revisor y a veces publicaba algunos escritos. La meta de nuestro viaje, mío y de ella, sería la Ciudad de las Estrellas, adonde íbamos a hacer un reportaje arqueológico para la *Gaceta*.

Sin motivo, de modo repentino — aunque ya fuera de esperarse —, intenso chaparrón principió a caer violentamente, verdaderas columnas de agua arrojándose sobre las hojas de la floresta, haciendo rumor semejante a gigantesca catarata. Vino y se fue; luego, las ranas de los charcos redoblaron su entusiasmo, gaznates abiertos de par en par en falsete, pidiendo insaciables más y más agua, como si aquel pasajero diluvio tropical no les bastase.

En aquel preciso momento la campana de la iglesia sonaba las horas: diez campanadas, una detrás de la otra, iguales, metódicas, diez puñaladas asesinas en el corazón de la víctima indefensa. A partir de entonces nadie más podría andar por la calle sin un buen motivo, porque nos encontrábamos en estado de sitio, implantado al término de la guerra civil en la cual las fuerzas conservadoras del coronel Justiniano Justo vencieron a las liberales del coronel Emiliano Paz que, derrotado, se exilió en Manza-

nares. Eso sucedió hace ya tres años.

Se hizo silencio entre nosotros luego a las primeras campanadas. Nos entremiramos sin decir nada. Ramón sacudió con el indicador la ceniza de su cigarrillo, displicentemente, después de fuerte chupada; Jubal tamborileaba con los dedos en el banco, los ojos chispeando como en cólera sorda y profunda, guardada desde hace mucho tiempo; yo permanecía estático, quedé como alelado, mirándoles. Mi memoria, por alguna misteriosa razón, retrocedió en el tiempo a la época cuando yo era niño; en la casa donde nací, en la pequeña ciudad que hace mucho dejé hacia atrás, del otro lado del océano, en días de lluvia, con el pensamiento errante, miraba a través de los cristales de la ventana el torrente que pasaba por la calle en pendiente, el agua corriendo impetuosa por sobre las piedras lisas del empedrado, arrollando toda clase de objetos que estuvieran en su camino: latas de conserva vacías, pedazos de madera y aun otras piedras. Por detrás de la cruz de la vidriera yo contemplaba, con ojos dilatados, el torrente amarillo en una visión metafórica de las cosas que estaban por venir.

Perla, que hasta entonces se había quedado quieta en su rincón, somnolienta, rompió el silencio:

— Miren, ¿están oyendo? — indagó con su voz de cristal, poniéndose a escuchar atenta —. El toque de queda — se encogió de hombros, con una mueca —. ¿Y qué estamos haciendo nosotros aquí? Deberíamos estar encerrados en casa, pues es la hora del ogro — estalló en sonora carcajada.

La miramos y nos sonreímos, concordando. Había un sabor agrio, un amargor sin límites en nuestro mudo asentimiento que ella no dejó de percibir y luego comprendió.

— Perdónenme — dijo tímidamente.

De repente, con salto de pantera, Perla se puso en pie. Descalza, con movimientos lánguidos de su cuerpo moreno, senos palpitantes, la negra cabellera suelta — encarnación perfecta de india misionera —, entre alegres risas, empezó a bailar el chamamé.

XI

— *Allegro moderato* — pronunció el Profesor, gesticulando con el arco del violín en un movimie nto rápido, sintomático, casi imperceptible, típicamente meridional, hacia los tres músicos que, juntamente con él, formaban el cuarteto de cuerdas *amateur*, que se reunía invariablemente para tocar todos los jueves por la noche en su casa.

A la señal dada los cuatro, incluyendo él, Profesor, que también hacía el director de orquesta, atacaron los compases iniciales del primer movimiento del *Cuarteto de Cuerdas en Re Mayor, Opus 64, nº 5* de Haydn.

Las notas musicales llenaron la sala que olía a perfume de violetas. Subieron traviesas como gorjeos de canarios hasta alcanzar el espejo aovado en la pared, zambulliéndose en lo que parecía ser un lago de plata reflejando la palidez de la luna. La claridad suave del ambiente envolvía los músicos en un halo de paz y reposo. Mientras el arco del primer violín, tocado por el Profesor, daba pequeños saltos sobre las cuerdas del instrumento, el del segundo violín deslizaba emitiendo sonidos dolientes como fondo musical, en las manos del árabe Fuad, dueño de la mercería; el violoncelo acompañaba con su voz grave y profunda tocado por la hija del Profesor, Loredana. La vihuela mostraba patéticamente su melancolía en una voz

gangosa, tocada por el judío Habacuc, propietario de la farmacia.

Fue una tarde de brisa fuerte, hace mucho tiempo, que el buque se hizo al mar partiendo desde el puerto de Nápoles. Los rayos del sol reflejábanse en la amplitud azul del mar de Sorrento. Había un olor penetrante de marea y tenue llovizna entraba por la nariz. Tres pasajeros embarcaron, procedentes de Pompeya, donde habían vivido hasta entonces, como emigrantes con destino al Nuevo Mundo. Desde aquel día lejano tanto tiempo ha pasado en sus mentes que les quedó la impresión de que su partida fue luego después de la destrucción de su querida ciudad por el Vesubio, el año 79, cuando la dejaron para siempre.

El Prof. Enrico Gallius, su esposa e hija pequeña, tras dieciocho días de viaje transcurrido tranquilamente y sin novedades, llegaron por fin a su destino. ¡Ésta era entonces la tierra descubierta por Colón! — poco conocida en otras partes pero no obstante muy comentada —. Traían con ellos tres baules de madera llenos de ropas y objetos personales, como era muy común entre los emigrantes, y además algunas valijas.

En el principio extrañaron un poco la nueva vida en esta tierra tan diferente de aquella de donde venían. Pero con el tiempo, que todo lo arregla, se acostumbraron y siguieron viviendo normalmente, la nostalgia haciéndose presente muchas veces, trayendo con ella recuerdos felices de su querida Península.

El Prof. Gallius tenía sus razones para emigrar, como la tenían todos los que dejaron su tierra natal, solos o con

la familia, viniendo a establecerse aquí. La más fuerte era el estudio, el desarrollo de sus actividades científicas y de investigador que, estaba seguro, aquí encontrarían un inmenso y fértil campo de acción, aún totalmente inexplorado.

Homo enciclopaedicus, como era cariñosamente llamado por los amigos, hacía por merecer el título; sus conocimientos eran vastos y abarcaban materias de las más diversas que, aparentemente, nada tenían que ver una con la otra. Como el estudioso medieval, el conocimiento era para él cósmico, no delimitado por divisiones rigurosas y especialidades restringentes. Su actividad principal de estudio e investigación, si así se la podría definir, era la alquimia. Practicaba esa ciencia antigua con dedicación y ahínco. Además, era un estudioso de ciencias ocultas, filosofía, arqueología, historia, botánica; fabricaba tisanas con hierbas y plantas medicinales que suministraba a la farmacia de Habacuc. Tenía algunos libros publicados con el resultado de sus estudios e investigaciones en los más variados campos. Había inventado los Sueños Mágicos — consistían en el aroma extraído de ciertas flores, entre ellas la amapola, a través de proceso alquímico que había descubierto y sólo él conocía, embalado en caja de cartón bien revestida —, esencia extraña — ni líquido ni vapor, apenas *aroma* —, la cual provocaba sueños durante el sueño. Todo tipo de sueños, la cajita era acompañada de título y respectiva especificación, breve descripción sin muchos detalles, para no deshacer la sorpresa, a elección; había inmensa variedad y alternativas, en fino embalaje multicolor. Otra invención suya, de entre las muchas que había hecho, era la de haber criado, fruto de pacientes y misteriosas investigaciones y experimentos donde se mezclaban botánica y alquimia, una nueva flor, verdadero

milagro genético, de un azul bello, profundo y vivo, a la cual llamó de *amor*.

Barba crecida al estilo primeros cristianos, pelo grisáceo, mediana estatura, un tanto gordo — figura paternal de Sarastro —, salía diariamente por la mañana rumbo a los bosques y matorrales para recoger hierbas que utilizaba en su trabajo. De cuando en cuando era ayudado por su hija, Loredana, otras veces Jubal encargábase de la tarea, gran amigo y admirador del Profesor.

Entre otras cosas que apreciaba mucho y a la cual se dedicaba era el estudio de la cultura nativa, en especial el folclor de esta tierra de insospechados manantiales de cultura todavía inexplorados. Su concepto de vida era simple, profundamente humanista, colocaba esto por encima de todo. Panteísta, poseía visión cósmica acerca de Dios. Espíritu liberal y abierto, proclamábase adepto incondicional de la paz y la justicia.

Algunos años después de llegados su esposa se enfermó; atacada de malaria, durante una epidemia que asoló la región, pasó unos días con fiebre alta y en delirio. A pesar de todos los esfuerzos del marido que le suministró remedios que él mismo preparaba, no hubo mejora en su estado de salud. La medicina tradicional también se mostró ineficaz, debido a que la enfermedad progresara demasiado y las tentativas del Dr. Bastarrica en vencer el mal fueron en vano. La epidemia fue extinguida, no obstante mucha gente murió. La enferma no resistió, falleciendo en seguida. El Profesor sepultó a la esposa en el terreno detrás de la casa, erigiendo la cripta de piedra con sus propias manos. La amaba mucho y la pérdida lo conmovió profundamente. Muy a menudo iba allí a rezar o meditar, lo que muchas veces es lo mismo; rezaba a su modo, en lenguaje cósmico, sin fórmulas prefabricadas, el

pensamiento vagando por los meandros del universo en profunda unión del yo con el Ser.

Cuando se murió la madre, Loredana tenía diez años. Ahora, doce años después, todavía recuerda con detalles la tragedia por la cual pasó cuando era niña. Hija única, desde entonces ha vivido en soledad y pasado tanto tiempo se acostumbró a ella. Tímida, introvertida, heredó la curiosidad y el ansia de saber del padre, compartiendo con él la mayor parte de sus preferencias y actividades, en el estudio y en la música. Aprendió a tocar violoncelo a la perfección, integrando con el padre y otros dos miembros el cuarteto de cuerdas idealizado por él.

Delgada, estatura mediana, vestida con una túnica blanca orlada de azul que le iba hasta los pies, el cutis del color de la leche, cabellos negros, largos hasta la cintura, ojos color violeta; otra de sus actividades preferidas a la cual se dedicaba con ternura era cuidar el jardín donde había gran variedad de flores, entre ellas amapolas, gardenias y la que merecía cuidados especiales de su parte, fruto del genio creador del padre — la flor de amor —

Le gustaba mucho leer y escuchar música en sus ratos libres, sentada en el sofá de la sala, junto al hogar donde, en invierno, siempre ardía el fuego, cuando no dedicaba parte de su tiempo al gato negro con ojos verdes, Bast, o al mirlo Merlino, animales que gozaban de su especial estima y la del padre.

El Prof. Gallius había llegado a Manantiales en la época en que casi todo aquí estaba por hacer. Con sus conocimientos ha prestado muchos servicios a la comunidad y actualmente cuenta con gran prestigio en la ciudad, por sus estudios e investigaciones, por su trabajo en beneficio de la población. Suministra consultas y medicinas sin cobrar nada a los que no pueden pagar, atendiendo

a los indios y campesinos de la región. Ni por eso hace competencia al médico diplomado, Dr. Bastarrica, que le tiene mucha estima y gran respeto, considerándolo su maestro. Durante la guerra civil, principalmente, trabajó como nunca, noche y día, cuidando a los heridos de ambos lados en la contienda. Colocaba los ideales humanitarios por encima de la política y sus intrigas. Sin embargo, ello no le impedía disgustarse y condenar las injusticias a que era sometida la mayor parte de la población a la cual muchos veían — y ella más que nadie tenía conciencia por sentirlo en carne propia — como víctima del régimen tiránico y semifeudal de una oligarquía anacrónica, personificada por la autoridad ilimitada de los coroneles, mantenidos en el poder por el dinero de los monopolios extranjeros.

Terminó el primer movimiento del concierto. Loredana se levantó de la silla y fue a la cocina; al volver traía una bandeja de plata. Sirvió dulces de jalea real y licor de néctar de madreselva.

— ¡Por Alá, Profesor! ¡Qué magnífico manjar y qué licor delicioso! — exclamó Fuad —. Nunca me cansaré de alabarlos.

— Verdadero maná del cielo — añadió Habacuc restallando la lengua —. Creo que el de los israelíes en el desierto no fue mejor que éste.

— *No, cari amici,* no es tanto así como dicen. Ambos son muy amables. Apenas buscamos ofrecer lo mejor a nuestros amigos pues ellos en verdad se lo merecen. ¿No es así, *figliola*? — dijo el Profesor con su

sonrisa ancha, volviéndose hacia su hija.

— Sí, papá — asintió la muchacha —. Me pongo feliz en saber que les gusta — continuó sonriendo a los dos amigos.

— Saben, ella fue quien hizo los dulces. Luego, es mi hija quien se merece los elogios.

— ¡Oh, no! Pero la creación es de mi padre. El mérito es todo suyo.

— En verdad, ambos se merecen las felicitaciones.

— ¿Y cómo se lo demostraríamos de la mejor forma posible?

— Comiéndose todos los dulces y vaciando las copas — apresuróse a contestar Loredana con una sonrisa maliciosa.

El Profesor estalló en una placentera carcajada, en lo que fue seguido por todos.

— *Bene, bene, amici* — puso las manos abiertas delante suyo, a la altura del pecho, moviéndolas para adelante y para atrás —. Ahora que pasó el intervalo, continuemos. La divina Música no puede esperar.

Mientras los dos ejecutantes se preparaban, Loredana corrió a la cocina con la bandeja vacía. Ya de regreso, retomó su puesto.

— Yo estoy lista.

El Profesor esperó algunos segundos, violín bajo el mentón, y exclamó, gesticulando con el arco del instrumento:

— *Adagio*.

El pentagrama se retorcía en el aire imitando coleos de serpiente, llevando las notas presas como broches. Ondulaba en espasmos, hacia arriba, hacia abajo, para todos lados, formaba volutas helicoidales, hasta penetrar en el lago de plata de la pared. El halo de paz y reposo se

restableció como siempre ocurría cuando tocaban.

Loredana, vestida con la túnica blanca, larga hasta los pies, orlada de azul, figura etérea de vestal romana, se esforzaba por mantenerse atenta al trozo que estaba ejecutando. Ligera perturbación le entristecía el rostro al acordarse de los momentos vividos noches atrás. Intentaba alejar esos pensamientos inoportunos pues aquel no era el momento adecuado, sin parecer que estaba triste y no dar la impresión de que tocaba el instrumento de modo mecánico, sin alma. Hizo un esfuerzo y lo logró, luego recomponiéndose sin dejar transparecer nada. Cuando, más tarde, llegase su prima, Lavinia, para visitarla, como lo habían acordado, habría de sentirse mejor.

La otra noche hubo un encuentro en casa de su prima, simple reunión de amigos, donde fueron servidos bebidas y saladitos. Había música y se bailó bastante. Ella esperaba encontrar a Jubal, que efectivamente allí se hallaba. Eran grandes amigos desde hacía mucho; ella, sin embargo, alimentaba algo más que simple amistad por él, pero el muchacho todavía no había dado muestras de corresponder a sus sentimientos, aunque la estimase muchísimo. Al verla, la saludó; él bailaba y le envió una sonrisa colmada de simpatía. Ella se la devolvió con ternura, pero se puso súbitamente triste, de modo inexplicable. No eran celos, fue la conclusión a que llegó después, al meditar sobre el hecho, porque él no le pertenecía; positivamente, no eran celos, apenas profunda frustración, como si no tuviera nada por debajo de los pies, náusea y sensación de vacío en el estómago, como si el corazón estuviera listo para estallar hacia afuera, fuego amarillo quemándole las entrañas.

La música poseía el poder de tranquilizarla. Las últimas notas del concierto la despertaron del sueño. El

Profesor acompañó a la calle a los dos amigos que se despidieron, diciendo que iba a dar un paseo con ellos y luego volvería. Ella accedió, se despidió de ellos y quedó esperando a la prima. Se sentó en el sofá y se quedó un rato pensativa, soñando, ojos fijos en el cuadro sobre el hogar, una reproducción de *La Aurora* de Guido Reni. Le gustaba mucho la pintura; sentía, al contemplarla, enorme placer estético, una especie de melancólica alegría. La tenía como símbolo de esperanza, de felicidad por el nacimiento de un nuevo día. Súbitamente volvió de su sueño despierto; una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios al sentirse volver a la vida. Para distraerse colocó un disco en el tocadiscos. La voz de Nino Bravo la envolvió, cantando *América, América*. Lavinia llegó y se quedó un buen rato. Ambas conversaron mucho. Después, se fue. El padre aún no había retornado.

Mientras pensaba en lo que habían platicado y convenido, se acordó de que tenía una tarea importante que realizar: necesitaba atender sus flores. Fue para dentro y volvió, yéndose junto a ellas. De paso acarició a Bast, que dormía repantigado sobre el sofá. El felino despertó, fusilando la joven con sus ojos verdes. Ella se rió contenta y en seguida molestó Merlino, que estaba ocupado en comer sus semillas. El pájaro la saludó con un gorjeo.

Ahora se sentía mejor; había logrado alejar de sí la melancolía y sumergióse con ganas en la esperanza. Sonrióse consigo misma.

En el jardín, bajo la luz plateada de la luna llena, agarrando resignada el regador, Loredana rociaba lágrimas rutilantes sobre la plantación de amor.

XXI

La ciudad amaneció en fiesta aquel día de febrero, martes de carnaval. Precisamente el día en que se conmemoraba también el primer aniversario del cese de la guerra civil, la cual duró tres meses, cuando la coligación de las fuerzas conservadoras de los coroneles Justiniano Justo, Macario Torres y Vespasiano Paredes aniquiló a las liberales del coronel Emiliano Paz, en la época intendente de Manantiales. Éste, nada más teniendo qué hacer, pues la derrota era una realidad, reunió el puñado de hombres leales que, juntamente con él, lograron escapar con vida y batió en retirada hacia las montañas, exiliándose en Manzanares.

Desde temprano las personas empezaron a movimentarse por las calles, a lo largo de la Avda. de la XV Revolución toda adornada con banderines coloridos de papel, bombillas de todos colores, estandartes de todo tipo y tamaños, serpentinas revoloteantes, papelitos multicolores desparramados por el suelo, la Plaza de los Libertadores igualmente engalanada, la tribuna de madera armada delante de la fuente donde el intendente por la gracia de Dios, coronel Justiniano Justo, iba a pronunciar un discurso conmemorativo de tan importante fecha.

La población en su casi totalidad caminaba contenta por las calles, sonriendo, la risa estática estampada en los

rostros como personajes de circo, hombres, mujeres y niños, aparentemente felices no se sabía bien por qué, si por motivo de la conmemoración cívica o por ser el martes gordo de carnaval.

Por los cuatro lados de la Plaza y a lo largo de toda la Avenida había altavoces diseminados en los postes de luz, en los árboles, en los edificios. Mientras no llegaba el momento de la ceremonia la banda municipal ejecutaba marchas sincopadas como sollozos. La policía patrullaba las calles en grupo de hombres montados a caballo, hombres fieles y correligionarios del coronel, comandados por Hilario Carrasco, individuo de confianza de aquél y jefe de policía.

Todo empezó desde hace mucho tiempo, en los orígenes del pueblo, cuando hubo las primeras luchas entre caudillos poderosos por la posesión de las tierras para plantar, después de expulsar a los legítimos dueños, los indios. Estos poseían avanzada organización social, cultivaban la tierra y recogían sus frutos colectivamente, produciendo lo suficiente para la propia subsistencia y almacenando lo excedente para posterior distribución a todos los individuos, principalmente en épocas de escasez. Pero vinieron los blancos ambiciosos como plaga de langostas voraces, no sólo se apoderaron de todo lo que pertenecía a las poblaciones nativas como las destruyeron, esclavizaron, mataron, en nombre de su civilización y religión pretendidamente superiores.

Verdad sea dicha que los nativos, aunque luchasen a

principio desesperadamente y con bravura inaudita, no pudieron evitar de ser aplastados y sometidos, disponiendo apenas de armas rudimentarias contra una tecnología bélica grandemente desarrollada, la cual utilizaba armas poderosas de destrucción masiva.

Ese trabajo fue hecho poco a poco, sistemáticamente. Es la historia misma del valle, del pueblo, su lenta y paulatina evolución, ahora ciudad vinculada a las cruentas y feroces luchas por la posesión de la tierra, bandas armadas en choque, señores feudales sin honor ni moral, capaces de todo para conseguir cada metro cuadrado de terreno. Con el pasar del tiempo las plantaciones de bananas y caña de azúcar llenaron los vacíos del valle, principales fuentes de ingresos de la región. Más tarde, con el descubrimiento de las esmeraldas y el surgimiento de las minas, las luchas arreciaron, durando muchos años.

Por fin la paz fue firmada entre los coroneles, dueños ahora de las tierras del valle, y por mucho tiempo no hubo más luchas. Uno entre ellos fue elegido intendente de la ciudad y lo que después se siguió fue un período de calma y apatía general. Las tierras usurpadas a los indios fueron ocupadas por las plantaciones de bananas y caña de azúcar. Las poblaciones nativas, despojadas de todo — tierras, cosechas, casas, cultura —, deambulaban sin destino hasta que se vieron obligadas a vender miserablemente su fuerza de trabajo — única riqueza que poseían — a los usurpadores, yendo a trabajar en las plantaciones para sobrevivir. Recibían comida y techo de sus amos, en cambio trabajaban para ellos tres o cuatro días practicamente gratis, y durante los demás cuidaban un pequeño pedazo de tierra donde cultivaban sus labranzas de subsistencia; vivían en confinamiento dentro de las haciendas amontonados como animales en húmedos tugurios de madera. Esa forzada

promiscuidad, la falta de aseo, la extenuación provocada por la sobrecarga de esfuerzo físico, la mala alimentación, falta de cuidados médicos, el contacto con el blanco invasor que los explotaba, la variedad de enfermedades con que les brindó el conquistador, destacando las molestias venéreas, la prostitución que los nativos no conocían y que el blanco introdujo en el seno de un pueblo puro y sin taras degradando a sus mujeres, sometiéndolas con los vicios infames de nuestra loca civilización, todo eso contribuyó para el aniquilamiento y degeneración masiva de la raza otrora vigorosa y altiva que desde hace muchos siglos habita estas comarcas, reducida hoy a andrajos humanos, meros sobrevivientes de cruel catástrofe que pueden haber perdido todo, menos la altivez, la dignidad, la esperanza. Y por si fuera poco, las misiones religiosas, apoyando a los invasores y su obra devastadora, dieron el golpe de gracia al imponer sus creencias extrañas a los nativos y destruir su cultura milenaria, en el afán de someterlos a los designios coloniales. Era un doble golpe sobre la cabeza de los vencidos: el de la espada y la cruz.

Mucho más tarde llegaron las compañías extranjeras, que se establecieron en la región abriendo oficinas en la ciudad: la *Sugar Cane Delight Co.* y la *Banana Boat Co.*, viniendo después, con la explotación de las minas de esmeraldas, a formarse la *Manantiales Emeralds Mining Co.* Sucesivamente fueron dominando todo con sus largos tentáculos de pulpo: tierras, plantaciones, hombres. Poco cambiaron las condiciones de vida de los indios y campesinos que, acrecido al mínimo de que disponían, *generosamente* concedido por los señores feudales locales, pasaron a asalariados de las compañías y a percibir baja remuneración a cambio de su cada vez más ardua labor.

Era el progreso.

El coronel Emiliano Paz, al igual que sus colegas, también procedía de familia tradicional, rica, gran terrateniente. Con treinta y cinco años dirigía la hacienda de creación de ganado que le había tocado por herencia. Antes la familia había plantado caña de azúcar pero, con el advenimiento de la *Sugar Cane Delight Co.*, les fue ofrecido por ésta considerable suma por las plantaciones. A principio no quisieron vender de modo alguno; pero el monopolio cañero, por medio de fuertes presiones económicas, les obligó a venderle los cañaverales. Así pues, encontrándose privados de su principal fuente de ingresos, la familia Paz se vio forzada a cambiar de ramo, haciéndose ganadera.

Alto, corpulento, tez morena y bigotes en forma de herradura, tenía ideas liberales — fruto de bien aprovechada educación en un colegio francés —, detalle que lo diferenciaba radicalmente de sus cofrades conservadores. No acostumbraba tratar a sus empleados, indios y campesinos que trabajaban en la hacienda, como bestias de carga; muy al contrario, ofrecía a sus peones y familiares servicio de asistencia médica, manteniendo en actividad incluso una escuela y una cooperativa. Reconocía que no era gran cosa, solamente lo mínimo que podía hacer por aquella pobre gente explotada durante generaciones y sometida a las cadenas de un sistema social injusto, mantenido por una oligarquía retrógrada con el fin de salvaguardar sus privilegios, intereses de un puñado de familias terratenientes y, por ironía del destino, él mismo perteneciente a una de ellas, que se agarraban con dientes y muelas a sus posesiones materiales en perjuicio de la inmensa mayoría

de la población que apenas tenía condiciones de subsistencia, sufriendo hambre y sin recursos de cualquier tipo.

Pero ahora iba a ser diferente, por lo menos con él. Se vio de un momento a otro heredero de la hacienda y los problemas consecuentes de la dirección y administración de una gran propiedad rural lo rodearon. Tardó algún tiempo hasta poner las cosas bajo control y dominar completamente la situación. Solamente después se decidió a acariciar pensamientos que constantemente le asomaban a la memoria, a principio dejándolo vacilante; pero, mientras pasaban los meses, acostumbrándose a ellos y aceptándolos con divertida sonrisa.

Espíritu idealista, en el buen sentido, era a favor del empleo de medios pacíficos para resolver las cosas, sólo concordando con la violencia en último caso, cuando forzosamente se hiciera necesaria. Su gran popularidad había hecho con que fuera designado intendente, durante período difícil en que los coroneles necesitaron, en beneficio propio, un tipo como él: líder por naturaleza, poseía gran capacidad de administración y hasta algún carisma. El repentino interés que su persona había despertado en los cofrades, lo sabía bien, no estaba desprovisto de razón; esperaban aprovecharse de sus dotes para, por su intermedio, hacer valer sus deseos, haciéndole desempeñar el mero papel de muñeco manejado por los hilos invisibles de los coroneles. Desde el principio se había dado cuenta pero decidió aceptar la indicación porque tenía en mente una serie de cosas por realizar, proyectos que poner en práctica, y la oportunidad realmente había venido a propósito; además, no iba a ser muy fácil manipularlo como secretamente pretendían sus inescrupulosos cofrades. Iba a ser un hueso duro de roer.

Su gestión como intendente fue atribulada. Luego de

inicio sintió la fuerza de las presiones que lo acometían de todos lados con la intención de someterlo tornándolo un simple títere, obediente a los caprichos y deseos ajenos. Durante los largos años en el poder — después, mucho después, ya en el exilio, tenía dificultad en creer que su mandato hubiese logrado durar tanto —, tuvo que hacer literalmente de malabarista equilibrando las fuerzas que se entrechocaban, los intereses mezquinos y contradictorios de los coroneles y el mundo anacrónico que representaban, la voluntad imperiosa de los monopolios extranjeros, toda esa avalancha colosal contra el legítimo interés de los indios y campesinos que se agotaban desde el nacer hasta ponerse el sol en las plantaciones y en las minas, desde la era colonial sujetados a un estado de servidumbre del cual la mayoría aún no había logrado emerger totalmente, recibiendo en cambio lo mínimo para sobrevivir, cuyas reivindicaciones eran murmurios sordos, explosivos, pechos palpitantes de cólera, la humildad en la mirada, pidiendo apenas lo que tenían derecho para sí y sus familias.

Apesar de todo, algo el coronel Emiliano Paz, como intendente, había conseguido realizar, aunque no todo cuanto hubiese deseado; sin embargo, lo poco que hiciera no dejaba de ser significativo. Asimismo su trabajo no era bien visto. Nunca se hubiera sospechado que él llegaría a tanto y, no obstante, ya estaba pasando los límites.

Se atrevío a hacer algunas reformas sociales en beneficio de la población; creó una escuela, para atenuar el analfabetismo; creó una cooperativa con servicio médico gratuito intentando, por lo menos, disminuir la elevada tasa de mortalidad infantil. Además, instituyó el suministro diario gratuito de un litro de leche para los niños. Y, como suprema osadía, expropió algunas tierras de los monopolios distribuyéndolas a los indios y campesinos.

Entusiásticamente aclamado por aquellos que había beneficiado, verdadera muchedumbre concentrada delante de la municipalidad, en el día en que se conmemoraba la Fecha Nacional, pudo sentir desde el balcón donde estaba el clima de fiesta, de jubilosa alegría de aquella gente que recomenzaba a sentir el aliento de la esperanza, después de tantos años de opresión. Pudo sentir la gratitud profunda y la felicidad algo ingenua que invadía a la muchedumbre. Si pudiera hacer más por ellos, ¡si pudiera! Había hecho tan poco, y sin embargo era ya demasiado para algunos tipos. El coronel sembraba sonrisas que brotaban prontamente en respuesta, abiertas, francas, espontáneas. Se volvió hacia el amigo a su lado:

— Y entonces, ¿no parecen niños?

— Usted tiene razón, intendente. Son niños crecidos. E indefensos.

— ¿Qué quieres decir?

— En este momento están a su favor, tienen todos los motivos para estarlo. Sin embargo, cuando necesite de ellos, en el momento decisivo, como verá, nada podrán hacer. Entonces será demasiado tarde. Sus sueños, coronel, se tendrán desmoronado como un castillo de naipes.

— ¿No les tienes confianza?

— Por el contrario, les tengo mucha. Pero no cuando están de manos vacías. ¿Por qué no los arma?

— Ya sé adonde quieres llegar, pero por ahora prefiero evitar la violencia. Sólo la utilizaré como último recurso y...

— ...Todo estará perdido.

— Comprendo, es una situación delicada, pero no deseo que me acusen de haber comenzado provocaciones de cualquier tipo.

— ¿Es preferible entonces lamentarse cuando todo se

habrá acabado, de modo trágico, y no resten más que ruinas de su sueño dorado?

— Quizás tengas razón, pero... No quiero arriesgarme.

— Si fuera yo, armaba a esa gente, formaba milicias campesinas para defender los derechos recién conquistados, la única manera de garantizarlos. En caso contrario les serán quitados con violencia, posiblemente de forma cruenta. Ser contrario a la violencia es meritorio, pero a veces puede ser un crimen. El enemigo no tendrá escrúpulos en utilizarla en beneficio propio, esté seguro.

— Voy a pensar en eso seriamente. Haré lo que me parezca necesario.

— Espero que más tarde no tenga nada de qué arrepentirse, intendente...

Éste fue el diálogo mantenido aquella mañana, en el balcón de la municipalidad, por el coronel Emiliano Paz y un amigo. Un par de meses después, la mayoría de la población de indios y campesinos que trabajaban en los cañaverales y bananeros se reunió nuevamente allí en la Plaza con descontentamiento creciente exigiendo, entre otras reivindicaciones, la realización de la reforma agraria. Casi simultáneamente, como para deteriorar aún más la situación, dificultando el trabajo del intendente, los mineros se declararon en huelga exigiendo mejores condiciones de trabajo y mayores salarios.

Fue la gota que faltaba para el desbordamiento de la copa.

El coronel Justiniano Justo, intendente de Manantiales desde la victoria militar sobre las fuerzas liberales en que derrocó a su antecesor, desencadenando sangrienta lucha fratricida, se encontraba en la tribuna de madera armada en la Plaza de los Libertadores, enfrente de la municipalidad, arengando a la muchedumbre en el día en que se conmemoraba el cese de la guerra civil, metido en uniforme de gala, el pecho cubierto de medallas como toro de feria.

La banda municipal había cesado de ejecutar marchas luego al oírse el murmullo de que el intendente se aproximaba, la voz saltando de boca en boca, resonando en todos los oídos en un *crescendo* igual que las olas del mar rompiéndose en los escollos.

Había llegado seguido por sus áulicos, banda de arribistas, aduladores y chupa medias que orbitaban alrededor de él todas las horas y momentos del día sin darle descanso. Se colocaron a sus espaldas en la tribuna, delante de la cortina de terciopelo verde con el escudo de armas de la ciudad, formando lo que genéricamente se denomina, en esas ocasiones, de "autoridades civiles, militares y eclesiásticas".

La figura del intendente emergió por detrás de la balaustrada encarando la muchedumbre. Los breves segundos de silencio de aquél tuvieron como respuesta otro tanto del público que lo miraba con alguna perplejidad. Después se siguió el rompimiento repentino de esa indecisión pasajera cuando principiaron los aplausos, estrepitosos, uniformes — la multitud sacudiéndose como un solo cuerpo —, semejante a gigantesca carcajada. El coronel hinchó el pecho donde lucían sus chatarras y optó por esperar. Cuando cesó la ovación, ostentando sún el pecho de sapo orondo, él se dispuso a hablar. Abrió algunas hojas

de papel con el discurso que le había sido preparado con anterioridad, revoloteó los ojos malévolos por la asistencia, y acercándose al micrófono, pronunció las primeras palabras.

Mientras leía hacía muecas con la cara de ratón, según la inflexión o la fuerza que deseaba imprimir a las palabras; los ojos pequeños iban de un lado a otro observando la muchedumbre. El bigote corcoveaba como en lomo de caballo arisco, siguiendo el movimiento de la boca. Las palabras estallaban en el ritmo matraqueado de ametralladora cayendo con impacto sobre la asistencia; entraban una detrás de la otra igual que cuentas de rosario por un oído saliendo por el opuesto. Flotaban en el aire en coleos de serpiente ponzoñosa; se agitaban, se enroscaban, yendo por fin caer cansadas y estáticas a un rincón de la Plaza, permaneciendo allí inmóviles hasta deshacerse en polvo. Los espectadores eran peñascos impasibles, el rostro sin expresión; las palabras de la arenga se lanzaban contra los escollos de la asistencia formando espuma (el coronel echaba espuma por la boca como perro rabioso). En este punto hizo una pausa: se pasó el pañuelo por la frente rezumando sudor y se tomó un trago de agua mineral, alzando el vaso demasiado, la cabeza hacia atrás; el ángulo de inclinación del vaso directamente proporcional a la sed que tenía. Después de mojar la garganta retomó el discurso. En poco tiempo alcanzó el tono de excitación de antes, fanfarrónico y amenazador. Era el momento del clímax, cuando alcanzaba el punto máximo del paroxismo en su verborragia caudillera. En uno de los pasajes más agitados de la arenga, gesticulando nerviosamente, golpeó sin querer el micrófono; éste se dislocó rápidamente para adelante y para atrás con movimiento de resorte, y como él hablase muy cerca del aparato, casi que se le entra en la boca.

La asistencia suspendió la respiración. El micrófono era antiguo, grande y redondo, con un aro metálico alrededor; parecido al que era utilizado en el teatro de títeres de la escuela para divertir a los niños.

El coronel se recuperó pronto del incidente y continuó gesticulando, sus ojos, por momentos, mirando desconfiados al aparato, moviendo los brazos como si fueran comandados por invisibles hilos — como los títeres —, haciendo muecas mientras hablaba. La multitud de espectadores tenía la impresión de que los que estaban a sus espaldas manejaban los cordeles.

Aquella mañana salí temprano de casa — hacía calor —, con intención de asistir a la conmemoración cívica, sea para despejar un poco, sea para ver si recogía material con el propósito de redactar algo interesante para la *Gaceta*.

La política activa nunca me ha atraído, siempre la he considerado un tema demasiado árido para escribir al respecto. Por eso, lo que más me seducía aquella mañana era el ser martes de carnaval, la expectación de asistir a los festejos populares y de cierto modo participar, porque siempre me he identificado con las manifestaciones espontáneas del alma simple y profunda del pueblo, su cultura y su folclor. Esos festejos son bastante concurridos, vienen turistas de otros países para presenciarlos, siendo esa la época en que Manantiales recibe el mayor número de visitantes de afuera, oportunidad en que el comercio local, principalmente el de artesanía nativa, se beneficia sobremanera.

Habíamos arreglado encontrarnos, mis amigos y yo, en la pensión *La Negra*, el sitio donde nos reuníamos siempre, de propiedad del portugués Manuel Albuquerque, hombre bonachón, exiliado político del régimen de su país. Como todavía era demasiado temprano, cerca de 8:30 h a. m., nadie había llegado aún, disponía pues de bastante tiempo para pasear mi soledad y curiosidad por las calles. De allí a algunas horas tendría inicio la conmemoración cívica y las personas paseaban viviendo intensamente el alegre clima de fiesta que flotaba en el aire, sintiendo en el alma y en la carne la multiforme vibración de ritmos ya lánguidos y melancólicos, ya sincopados y frenéticos que los altavoces transmitían: guaranias, chirihuaquis, takiraris, carnavalitos, merengues, pasajes, huaynos, pasillos, galopas, huapangos, cuecas, cumbias, zambas... La variada profusión de instrumentos musicales y armonías insospechadas que despertaban confusos sentimientos de éxtasis, nostalgia, pasión y ardor salvajes, todo esto como fruto e inspiración de esta tierra tan diversa y siempre buena: arpas, quenas, maracas, zampoñas, guitarras, bombos, charangos...

Por alguna razón, el día era muy distinto del día de semana común; como si las casas, la Avenida, la Plaza, las cosas en general, la ciudad entera, en fin, tuviesen, a ejemplo de las personas, vestido ropajes nuevos o usaran otra cara nunca mostrada antes. Hasta las palomas cambiaron en algo; ya no lanzaban, como de costumbre, sus palominas por toda parte, como si supieran que aquel era un día incomún, por ser carnaval, respetando la dignidad popular, aunque ni por eso dejaran de volar en todas direcciones, dándole al paisaje un toque de paz festiva.

El Patio del Mercado con sus arcadas coloniales, de ordinario tan sombrío, exhibía una luminosa sonrisa. Había

vestido paños limpios y ropa nueva para, por lo menos una vez, esconder la miseria que se arrastraba allí todos los días. Habían desaparecido como por encanto la suciedad y el moho; el olor de frutas, pescado, carne, leche ácida; el repugnante olor de la miseria, no solamente en sentido metafórico, pero también en su sentido real, con sus miasmas de inmundicia, cuando ninguna carroña o podredumbre se le compara. Reducto de mendigos, allí se quedaban el día entero limosneando (y de noche, pues no tenían otro lugar donde dormir), con su cantilena monótona y quejas murmuradas entre dientes; cojos, con muletas, bastones improvisados, arrastrándose por el suelo igual que los gusanos, maldiciendo y riéndose, sollozando, no raro carcajeando como hienas en locura alucinada.

El fango que bajaba de las montañas había desaparecido de las calles; después de cada lluvia, indios con carretillas, pala y escoba, trajeando capa de plástico amarillo, removían el fango amarillento y pegajoso del empedrado. Tampoco allí estaban, como de costumbre, los vendedores de billetes, chucherías, pañuelos y medias, en general. Ni el hombre tocador de organillo que de cuando en cuando recorría la Plaza para divertir a los niños con su instrumento a manija, acompañado por un guacamayo que llevaba sobre un palo en forma de T; o el mendigo con las piernas atrofiadas que andaba apoyado sobre la palma de las manos, miembros inferiores inertes, arqueados hacia un lado, al locomoverse dislocándolos con movimiento lateral de hoz; y aquel otro que se colocaba en posición estática, de rodillas, una de las manos hacia adelante en concha y la frente tocando el suelo como el creyente mahometano en oración, permaneciendo por mucho tiempo en esa postura, bolsa de yute sobre las espaldas, cara amojamada, nariz prominente, ojos desencajados, aspecto de perro hambrien-

to. Un pasante, una ocasión, le tiró dinero y como el billete cayese fuera de la mano tendida en concha, con el pie se lo acercó al miserable, que no se movió.

Había transcurrido un año ya — aunque nos pareciera que hubiera sido hace siglos — desde que ocurrieron aquellos terribles sucesos que ensangrentaron el valle entero, profunda e imborrablemente marcados a hierro y fuego en el corazón de todos nosotros (después de consumado todo, cuando los coroneles Justiniano Justo — comandante de la coligación conservadora —, Macario Torres y Vespasiano Paredes vencieron a las fuerzas liberales del coronel Emiliano Paz, entonces intendente, obligándolo a exiliarse, apenas habiendo aquél asumido el lugar de éste, reemplazándolo a través de la fuerza, emitió una declaración como nuevo intendente donde prometía que los indios y campesinos tendrían respetados sus derechos conquistados hasta entonces. Luego todos se preguntaban: ¿para qué había servido pues toda aquella carnicería? ¿Con qué finalidad se había derramado tanta sangre si, como afirmaba la declaración, los derechos conquistados no serían anulados?).

Seguramente en el día de hoy, desde su exilio, el coronel Emiliano Paz está con el pensamiento dirigido hacia Manantiales y los sucesos que acaecieron en aquella fatídica fecha en que comenzó el derrocamiento, cuando su sueño dorado, como lo llamara un amigo, se convirtió en humo y se disipó. Quizás piense en el joven amigo y en las palabras dirigidas a él, coronel, en la ocasión, por el muchacho, mucho más joven y con menos experiencia. El tiempo le demostró, sin embargo, que la previsión era correcta. Pero, ¿de qué servía lamentarse ahora? La suerte estaba ya lanzada. La única cosa por hacer era analisar los errores — sacarles la lección —, evaluar la situación y

hacer planes para el futuro.

La lucha fue encarnizada y, como era de esperarse, cogió al coronel Emiliano Paz practicamente desprevenido. Las fuerzas conservadoras se dieron cuenta de la creciente amenaza que para ellas representaban las progresivas y progresistas reformas sociales del intendente en favor de los indios y campesinos, desheredados desde hace siglos, y decidieron ponerles un fin. Atacaron de improviso, preparadas como estaban desde hacía mucho.

Por todo el valle se sucedieron los cruentos combates entre las dos facciones; los liberales apenas tuvieron el tiempo de recuperarse de la sorpresa y prepararse para el contraataque. El intendente, en el último momento, armó a la gente de su hacienda, distribuyó armas a los indios y campesinos, y él mismo al frente de los hombres los comandaba en la lucha. Organizó lo más rápido la resistencia en la ciudad, cuya guarnición le era leal y, juntamente con sus dos hermanos, la defensa de la hacienda.

Los mineros en huelga se atrincheraron en las minas, formaron brigadas de defensa usando hasta dinamita contra las fuerzas atacantes, pero el mayor número de éstas, la sorpresa y la ferocidad del ataque desmanteló las improvisadas trincheras quebrando la resistencia.

En la ciudad, levantaron barricadas por las calles, se luchó en los campos durante tres meses, murió gente como nunca en la historia de estas tierras, y al final, la derrota. El intendente quedó con un puñado de hombres leales que estaban dispuestos a morir combatiendo, pero él no lo permitió pues en nada cambiarían los hechos. Se comunicó con la hacienda por teléfono de campaña y al saber que allí la situación no era mejor, aconsejó a los hermanos suspender el fuego y negociar, aprovechando la oferta del coronel Justiniano Justo en ese sentido, con la promesa de

que si lo hicieran inmediatamente nada les sucedería, ni tampoco las tierras les serían tomadas. Decidió entonces, a raíz de la crítica situación, escapar con los pocos hombres que le quedaban, pues las fuerzas enemigas penetraban ya en los límites de las primeras casas. Se dirigió a caballo hacia las montañas, cerca del sitio donde principia el acueducto que abastece la ciudad, y después de dar una gran vuelta alcanzó la hacienda. Allí la situación era tranquila, los combates habían terminado y los atacantes cumplieron lo prometido retirándose. El coronel Emiliano Paz se reunió con sus hermanos en un encuentro patético; evaluó rápidamente la situación, cambiaron algunos comentarios y se preparó para partir. Iría con sus hombres, los pocos que le habían quedado, a Manzanares, donde estarían en seguridad, sin ser molestados, viviendo en las tierras que la familia poseía en la localidad, por el tiempo que fuera necesario, como exiliados. Algún día volverían.

Cuando las fuerzas conservadoras, victoriosas, entraron en Manantiales, casi no encontraron resistencia, a excepción de francotiradores que desde los tejados de las casas y lugares ocultos disparaban contra los vencedores. La guerra civil había sido larga, sangrienta. Por todo el valle, desde la ciudad hasta los pantanos, cuerpos yacían por toda parte. Nunca los buitres volaron en número tan grande por estos parajes. Los cadáveres descendían el Azul flotando como corchos y las aguas, de color turquesa, por días volviéronse del color de la sangre. Los coroneles vencedores no se importaron con la huída del intendente, el objetivo por el cual lucharon había sido alcanzado y eso era lo que contaba. Ahora sería a su manera.

En los primeros días tuvieron que tomar drásticas providencias contra la población porque todavía existían pequeños focos de resistencia, aunque débiles, representa-

dos por francotiradores aislados. Fue decretado el estado de sitio e instituido el toque de queda — nadie podría salir después de las 10:00 h p. m. —, hubo muchas detenciones arbitrarias y por fin, como la cárcel estaba llena, colocaron a los detenidos en el terreno de la escuela, virtualmente transformado, por varias semanas, en campo de concentración.

Aunque transcurrido el breve período de tiempo de apenas un año, contrariamente a la proclama de los vencedores, todos los derechos conquistados por los indios y campesinos fueron considerados nulos. Todo volvió al deplorable estado de cosas de antaño, antes que el coronel Emiliano Paz ocupara la municipalidad.

Los nuevos señores trajeron de vuelta el antiguo estado de explotación despiadada y lo intensificaron aún más, creando un régimen de férrea represión, demostrando que habían aprendido muy bien la lección y no permitirían que el error cometido se repitiera. La democracia no era para los pobres y explotados, los miserables y desheredados de toda clase, pero sí para los que tenían dinero y poder. No obstante el clima de opresión, ni por eso el nuevo intendente y el sector que representaba dejaban de tener dificultades en su trabajo. Manifestaciones de protesta surgían frecuentemente en todas sus formas. La situación llegó al punto en que sacerdotes reformistas, conjuntamente con manifestantes estudiantiles, pedían el ablandamiento del régimen y reformas básicas para mejorar el lamentable nivel de vida de la población. Ése era uno de los más serios obstáculos que se colocaron en el camino del actual régimen, y se constituía en un hecho nuevo. Los estudiantes, como siempre, protestaban, siendo los primeros a hacer oír sus voces, pues eran ilustrados. No pasaba día sin que los muros de la ciudad amanecieran pintados

con frases políticas y de protesta, y aun con insultos a la persona del intendente.

Las horas pasaron, nuestra cita en la pensión fracasó y por un acaso fortuito nos reunimos en la Plaza donde la muchedumbre se apelotona para oír el discurso del intendente. Por curiosidad, fuimos también a echar una mirada: Ramón, Jubal y yo. Llegamos cerca de la tribuna, pero no demasiado, porque había gente en exceso y era imposible la aproximación; los altavoces transmitían la arenga del intendente amplificándola, las palabras martillando en los oídos como las trompetas del Juicio Final. Nos quedamos debajo de un árbol gozando la sombra agradable, pues el sol estaba muy fuerte. De vez en cuando estallaban aplausos, mecánicamente, comandados y dirigidos por el equipo de áulicos que el orador tenía a sus espaldas, y todo marchaba perfectamente bien, como bien afinada orquesta: el director comandaba — el equipo del coronel — y los músicos — la asistencia — obedecían al compás de la batuta.

Durante todo el tiempo en que continuaba la ceremonia cívica, los hombres del jefe de policía hacían la ronda a caballo. Rodeaban la Plaza continuamente como lobos hambrientos rodean las ovejas, listos para devorarlas.

— Los *botones* salieron hoy del cubil — observó Jubal.

— Cuando se piensa que muchos de ellos, esos mismos que ahí están ahora, ayer estaban del lado del coronel Emiliano Paz... Se cambiaron de chaqueta — complementó Ramón —. Sí, en efecto, eso tiene sentido —

continuó —. El *botón* no posee creencia política, es como el camaleón: está siempre con quien se halla en el poder o quien paga más; en suma, siempre del lado del más fuerte. El *botón* posee la moral de la veleta.

— Vámonos de aquí — hablé —. Estoy harto de todo esto. No me gusta esa vaina, no me gusta...

— Espera, la arenga no ha terminado aún — exclamó Jubal.

— Pero va a durar mucho, todavía. A esos caudillos les gusta hablar. Y les gusta la asistencia también, no decepcionemos al coronel retirándonos prematuramente — volvió Ramón en tono de burla.

Concordamos todos entre risas de mofa.

La fuente lanzaba hacia arriba su incesante chorro de agua. Incoloro de día, colorido por la noche, cuando se encendían las luces apropiadas creando el ambiente favorable, la media luz sugestiva, el bien dispuesto escenario para las parejas que se apretujaban sobre los bancos debajo de los árboles. Más lejos, en el extremo de la Plaza, los Libertadores avanzaban a caballo, uno al lado del otro, en la humildad que era grandeza, la gloria petrificada en el bronce inmortal y en el mármol tumulario del monumento que no muere. Su título le da el nombre al paseo público, legando a la posteridad la herencia de la sangre derramada en la lucha contra el dominio colonial en estas tierras indomables — la conquista de la primera independencia —.

El intendente, en su arenga, había pronunciado varias veces la palabra *libertad*, queriendo enseñar su significado a los que lo escuchaban, pueblo simple, la mayoría analfabeto, que ya había sentido en carne propia lo que ella realmente quería decir y no necesitaba de ninguna palabrería académica para entenderlo.

La campana de la iglesia comenzó a sonar las horas, pero a la población allí reunida no le hacía falta el reloj pues el estómago le decía que era ya mediodía. Mas, sin embargo, ¿cómo abandonar el sitio si el intendente aún no había terminado de hablar?

Cada uno en la muchedumbre se preguntaba en su íntimo hasta cuándo iba a durar aquello. Nadie osaba retirarse para no llamar la atención. Las mujeres miraban a los maridos y estos hacia aquellas; los niños se agarraban a las faldas de sus madres; algunos lloraban de hambre. Las indias sentían sobre las espaldas el peso de los hijos. Una de ellas, bien delante de la tribuna, desnudó el pecho para alimentar al hijo pequeño que lloraba.

Las últimas palabras del orador cayeron sobre la multitud como semillas podridas; piedras de granizo escupidas por muñeco de nieve, voz ronca de tuberculoso expectorando pedazos putrefactos de pulmón sangriento, en un anatema final. Por supuesto, él también tenía hambre como los demás mortales. Ensayó un epílogo de efecto, cinceló la última frase en estilo floreado arrojándola sobre las cabezas incontables que tenía delante, y concluyó con ligera inclinación. Detrás de él la invisible batuta comandó la orquesta de manos callosas que empezó crepitante aplauso.

Los ojos del coronel Justiniano Justo recorrían satisfechos toda la asistencia, de extremo a extremo, de un lado a otro, mientras duraba el palmoteo. Su atención se detuvo en un hombre de la primera fila, un tanto alejado, que se mantenía indiferente y lo fijaba. Ahí estaba un contestador, un posible enemigo. Hizo una señal con los brazos levantados para que cesaran los aplausos y lo interpeló. ¿Por cuál motivo no aplaudía él también? El hombre seguía fijándolo asombrado, sin decir nada. La

multitud miraba a ambos, ya a uno, ya al otro. ¿El coronel se hallaba quizá delante de un enemigo político, un conspirador que osaba desafiarle en público? Procedió como de ordinario para con los enemigos políticos — estaba acostumbrado —, lo fusiló con la mirada (más bien pudiera hacerlo de verdad, como durante y después de la guerra civil) aguardando respuesta. El hombre, en silencio y lentamente, volteó el cuerpo, mostrándose de lado, el lado que no se veía desde la tribuna. El individuo no tenía un brazo.

El coronel Justiniano Justo volvió la espalda en gesto brusco, casi atropellando a sus áulicos. Descendió la escalera de la tribuna, seguido por ellos en actitud de quien le alzaba la extremidad de un manto invisible para que no tocara el suelo; se dirigió hacia el coche que lo llevaría de regreso a la municipalidad. Adelante del vehículo cabalgaban sus perros de presa, los hombres del jefe de policía. Atrás marchaba la charanga municipal ejecutando las marchas preferidas del coronel. Cerrando el séquito desfilaba todo el pueblo que empezaba a dispersarse desde la Plaza, danzando y saltando de alegría, pensando en las festividades de la noche — los disfraces, las danzas populares en las calles, el corso con carrozas alegóricas cubiertas de flores —, porque en fin iba para casa a almorzar y, principalmente, por ser martes de carnaval.

IV

Amanecía y las calles estaban todavía desiertas. Solitario, escuchaba el sonido de sus propios pasos sobre las piedras irregulares del empedrado. Todas las puertas y ventanas continuaban cerradas, la calle angosta bajaba ligeramente perdiéndose en la niebla matutina. Desde lejos se escuchó el canto de un gallo. Más arriba descendía el carro del panadero con sus ruedas de madera ceñidas por una llanta de hierro chirriando y matraqueando sobre el empedrado. Las herraduras del caballo producían ruido seco contra el duro granito chisporroteando como encendedor sin fluido.

Volvió la cabeza, nervioso, y sintió alivio al darse cuenta que estaba solo, a excepción del panadero que bajaba por la calle, pero éste se hallaba lejos todavía y el hecho no importaba. Apresuró el paso para llegar a casa lo más rápido posible para no ser cogido de improviso por la ciudad entera que despertaba.

No sabía por qué ni cómo se hallaba allí, sabía solamente que necesitaba llegar pronto a su casa antes que el ojo indiscreto del sol asomara a la ventana del horizonte. Ahí entonces sería demasiado tarde, el caos, la ruina, la hecatombe universal. ¿Cómo explicaría su irregular situación? Tragaba en seco sudando frío sólo en pensar en la ridícula situación en que se encontraba y en lo qué le

podría suceder si fuera visto. Su inmaculada reputación sería mancillada, su vida para siempre arruinada.

Un vientecito frío y bellaco en la parte inferior lo llamó a la realidad y le hizo inclinar la cabeza una vez más, angustiado. La única explicación razonable que encontraba para el caso era atribuir la causa de su desgracia a la sórdida conspiración de sus enemigos que, era bastante factible, lo habían rapiñado y posteriormente echado en aquel modo — después de aplicarle un lavado de cerebro, motivo de la amnesia que le imposibilitaba recordarse de cualquier cosa —, con el propósito de servir de burla para toda la ciudad a fin de ser completamente escarnecido.

Negro sombrero en la cabeza, saco del mismo color con pañuelo blanco bien doblado, formando dos triángulos, en el bolsillo superior; paraguas colgado del brazo, que siempre llevaba consigo; zapatos negros y calcetines blancos; piernas delgadas de cigüeña, expuestas a la brisa del amanecer, terriblemente expuestas, desnudas, peladas, raquíticas, todo igual a tantas y tantas veces en que, anteriormente, se vio en la misma y desesperada situación.

La moneda de oro del sol ya mostraba su borde superior en el horizonte. La niebla empezaba a disiparse. El carro del panadero se acercó un poco más. Gruesas bayas de sudor escurrían por la frente del peatón solitario, seguidas por una oleada de escalofríos. Puertas y ventanas principiaban a abrirse de par en par, primero éstas y después aquéllas; rostros mal despiertos, guiñadores, entontecidos, asomaban a las aberturas; éstas, por toda la calle una detrás de la otra se abrían, en hileras paralelas de ambos lados: primero, largo y sincronizado bostezo; después, la perplejidad de un segundo; a continuación, carcajada homérica. Puertas, ventanas, cristales y paredes

estremeciéndose como tiembla la guata de quien se desternilla de risa.

Todos los gallos de todos los patios del vecindario alzaron el cuello levantando la cabeza al sol que nacía, el pecho hinchado, quiquiriquiándo en coro de falsetes.

El despertador tocó el timbre destemplado, metálico, como todas las mañanas a la misma hora, arrojándolo del sueño profundo. Abrió los ojos en un sobresalto y se sentó en la cama con un suspiro de alivio. El viejo corazón palpitaba con la emoción fuerte, la sensación de vacío, vergüenza y asfixia. Enjugó el sudor de la frente y puso en orden los pensamientos, mientras tomaba largos sorbos de aire para aflojar la tensión y normalizar el ritmo respiratorio. Agarró el vaso de sobre el velador y sorbió un trago de agua; tosió dos veces casi ahogándose. En fin, ni todo estaba perdido, había sido apenas un sueño — la repetición monótona, metódica y aburrida del sueño que lo perseguía todas las noches, invariablemente, al cual, por abstrusas razones, todavía no se acostumbrara ni jamás se iba a acostumbrar —. Siempre el mismo sueño, en todos los detalles, sin poner ni quitar una tilde.

Bonifacio Moral era del tiempo en que Manantiales se estaba recién formando, los principios del pueblo, las casas erigiéndose desordenadamente por sinuosas callejuelas, primeros tiempos esos, inolvidables, cuando no había cloacas y los desechos nocturnos eran lanzados por la ventana, brindando al noctámbulo y descuidado peatón con esa dádiva singular, tomándolo de sorpresa en medio de sus andanzas nocturnas de bohemia, o cuando regresaba del barrio de las putas. Él mismo, cuántas pelelas no vació sobre los impuros pecadores que por la noche buscaban los antros de perdición, justo castigo contra los que transgredían la moral y las buenas costumbres, la íntima y regocijan-

te satisfacción, dentro del pecho la indecible sensación beatífica del deber cumplido.

Descendió de la cama, se puso las chinelas y se dirigió al cuarto de baño. Se afeitó, alivió el intestino y la vejiga metiéndose en seguida bajo la ducha tibia. Todas las mañanas cumplía meticulosamente el mismo ritual, metódico y preciso como bien lubricada maquinaria. Después del baño puso brillantina en el cabello grisáceo dividido sobre la frente y se peinó. Fue hacia el cuarto de dormir a vestirse; la ropa colgaba en el respaldo de la silla esperando por él. Derramó parte del contenido de un frasco con rótulo decolorado en la palma de la mano friccionándolo en el rostro y cuello, detrás de las orejas, sin olvidar de rociar el pañuelo. Vistió camisa blanca; pantalones negros (estaba inaugurando calzoncillos nuevos — blancos, por supuesto, o a lo sumo, azul claro—); colocó la corbata (hacía como cuarenta años que usaba el símbolo tradicional de la dignidad burguesa y nadie sabía hacer el nudo mejor que él); el chaleco de seda. Por último, calcetines blancos y zapatos negros. Vistió el saco. Todo eso delante del espejo. Se miró satisfecho, dando pasitos hacia un y otro lado como hacía cuando iba a probarse el traje nuevo en el sastre. Sonrió consigo mismo con semblante de consentimiento; se puso el sombrero, colgó del brazo el paraguas — era su *vade mecum* —, los anteojos de gruesas lentes, pues era miope. Sacó el reloj del bolsillo del chaleco, ligado a la cadenita de oro: 6:30 h a.m. Volvió a guardarlo y salió.

Gracias al buen Dios, estaba libre de aquella maldita pesadilla que lo asaltaba todas las noches. Aquella era su fatalidad, su cruz, había que soportarla.

Alto, delgado, cara de ave de rapiña, larga nariz aguileña. Metido en el traje negro, sombrero del mismo

color, se parecía a un buitre; la lengua fina de serpiente de vez en cuando apuntaba hacia afuera en movimientos bruscos y nerviosos para humedecer los labios resecos. Ojos claros y malévolos, bigote bien recortado. Era tenedor de libros jubilado, habiendo prestado servicios durante muchos años a una de aquellas empresas extranjeras. De estado civil indefinido, decíase que era viudo; no tenía hijos ni nadie le conocía parientes. O mejor dicho, casi nadie sabía nada a su respecto, mientras él conocía la vida de mucha gente.

Todas las mañanas salía de casa aquella hora para el paseo diario. Iba a dormirse con las gallinas y se despertaba con el gallo. Sus pasatiempos preferidos, además de los crucigramas, eran leer necrológicas fijadas en los árboles de la Plaza, visitar enfermos en el hospital y penetrar en velorios para matar el tiempo, principalmente velorios de ricos, donde las anécdotas obscenas corrían de boca en boca y la bebida rodaba en abundancia. Presidía la Liga de la Virtud, fundada por él mismo, fomentando campañas filantrópicas en beneficio de los pobres, ayudado por las beatas que, como él, frecuentaban asiduamente la iglesia, para infortunio y desespero del párroco. Recaudaba ropas para los necesitados quedándose con las mejores. En esas campañas hacía cuestión de aparecer acariciando la cabeza de un indiecito o negrito, cuya escena, flanqueado por las distinguidas damas de la sociedad, mujeres de los coroneles terratenientes, exponentes máximos de aquel mundo en decadencia formado por la fina esencia de la aristocracia rural, era fotografada y publicada con relieve en el *Diario Comercial*. Cada vez que Bonifacio, reaccionario y ultraconservador, oía hablar de cultura se llevaba la mano al revólver imaginario. Iba todo los días a la misa de las seis de la tarde, opinaba que todos los hombres eran hijos

de Dios y hermanos; que el hombre era malo por naturaleza; creía en la superioridad de la raza blanca al afirmar que los pueblos colonizados de África, tan luego obtuviesen la independencia, no tendrían capacidad para autogobernarse. Era racista a machamartillo pero ni por eso dejaba de acariciar a los negritos durante sus visitas filantrópicas. En fin de cuentas, era necesario mantener la buena figura a través del periódico.

Caminando por la vereda vio mucha gente que se dirigía al trabajo. Algunos lo conocían y lo saludaban. Saludaba a las mujeres quitándose el sombrero, las cuales casi siempre lo miraban con curiosidad.

Entró en un bar para desayunar, el que frecuentaba siempre, seguidamente para degustar una copa de jerez. Como norma nunca bebía, ni tampoco fumaba, ardoroso defensor de la moral y las buenas costumbres, excepción hecha solamente en ocasiones especiales, como en los velorios cuando, escudado por el pretexto, hacía la vista gorda a las anécdotas obscenas y compartía el vaso sin cumplidos. A menudo criticaba a los bebedores inveterados, a los que se atizaban la copa de un trago, sin degustar la bebida, porque tenían la lengua espesa y curtida como suela de zapato.

El hecho de no beber, no fumar y abstenerse de muchas otras cosas normales de la vida, quisquilloso como era, permitía que pensaran acerca de él: "No bebe, no fuma y... no coge tampoco." Bueno, en cuando a ello hay quien diga haberlo visto más de una vez escurrir el bulto en las tinieblas, por las casas sospechosas, cuidándose para no ser identificado pues, como buen moralista, siempre hacía lo que censuraba en el próximo, cuando nadie se daba cuenta.

Salió a la calle, miró hacia los lados y hacia el cielo. Hacía buen tiempo. Se sintió mejor. Un ruido conocido le

hizo volver la cabeza: vio el carro del panadero; éste le dirigió una sonrisa bellaca que lo hizo temblequear aterrorizado. Aceleró el paso para ir al encuentro de los conocidos y amigos que lo estaban esperando en la Plaza, reunión diaria de viejos jubilados y desocupados crónicos, esclerosados seniles que poco tenían qué esperar de la vida en el punto a que habían llegado.

Las piernas delgadas como escarbadientes le daban un caminar de gorrión. La ropa gastada olía a naftalina. El perfume barato le daba apariencia de rufián; aquél, juntamente con el sombrero, eran producto de un negocio hecho con Ramón, que había adquirido el primero en una liquidación en la farmacia de Habacuc, el judío, y el último, sobra de un negocio realizado con el árabe Fuad, propietario de la mercería.

V

La mañana en que Ramón Quesada llegó de regreso a Manantiales, esta vez definitivamente, como afirmaba — y todo llevaba a creer que en efecto así era —, fui a esperarlo a la estación de ferrocarriles. Había poco trabajo en la *Gaceta* y Perla se encargó de mi parte diciéndome que estuviera tranquilo pues ella asumiría la tarea. Fui en esas condiciones, despreocupado, como iría de cualquier modo, aun estando bajo montañas de trabajo, pues un amigo es siempre un amigo en cualquier ocasión y no dejaría de irle al encuentro, principalmente ahora que volvía en definitiva y, por supuesto, tendría muchas cosas para contar y yo, naturalmente, también tenía mucho que conversar con él después de tantos años de ausencia.

Pasó la mayor parte del viaje durmiendo o, cuando despierto, divirtiéndose con los pasajeros. Mientras se fumaba un cigarrillo, sentíase satisfecho pensando en la mercadería que traía para vender con la cual conseguiría buena plata. Llevaba en el maletín, al alcance de la mano, la inseparable botella de aguardiente, de la cual, a intervalos, sorbía un trago mientras el panorama pasaba sin cesar por la ventana del vagón. A su lado y en el asiento enfrente al suyo había tres mujeres de mediana edad

vestidas de negro que lo observaban atentamente, entremirándose, con semblante de censura. Aspecto de beatas solteronas con olor de sacristía y vasto acervo de prejuicios, púdicas, de esas personas que viven amenazando todo el mundo con el fuego del infierno. Ramón advirtió divertido que era objeto de severos reproches en la mente de aquellas criaturas y hacía de todo para exasperarlas. De vez en cuando observaba que murmuraban entre sí a su respecto, chismorreando, haciendo muecas y echándole miradas soslayadas.

El viaje había sido largo y fatigoso, pero ahora faltaba poco para llegar. Hacía calor, en el cielo revoloteaban los buitres con su traje negro como curas de aldea. La garganta ardía reseca, lo que era motivo para otro trago de aguardiente, de aquella buena destilada en Lusbralia. Y nuevo tembleque neurasténico de las beatas.

— Quien fuma y bebe tiene que ver con el Diablo — dijo una de ellas. Las demás concordaron.

— ¡Qué lástima, tan joven y borracho! Un mozo distinguido no debe beber. Es pecado.

Ramón soltó una carcajada.

— Miren, es Satanás — profirió otra, persignándose.

— Un guarango, eso sí.

El tren corría veloz sobre los rieles, en la falda de la montaña, y al hacer la curva a la derecha el maquinista ya sabía dónde se hallaban: estaban llegando a Manantiales, ubicada allí adelante, después de pasar bajo un arco de verdor.

Cuando Ramón se enteró del hecho, quedó vivamente entusiasmado. Era la expectación de la llegada, la alegría inmoderada, el prenuncio de una buena ducha que le quitaría el cansancio; el reencuentro con los amigos y la ciudad querida que no veía hacía tantos años. En un gesto

impetuoso sacó el revólver que llevaba siempre encima, cuando viajaba, colocó el brazo por la parte de afuera de la ventana y disparó varias veces en dirección a los buitres.

— ¡Malditos pajarracos, he aquí mi tarjeta de presentación! — gritó a pecho abierto —. Pa' que sepan que estoy de vuelta, esta vez pa' quedarme.

Las beatas casi se desmayaron de susto, emitiendo grititos nerviosos. Ramón las miró y se rió a carcajadas. Guardó el revólver en medio a las risotadas de otros compañeros de viaje.

— Además de borracho, bullanguero. ¡Qué vergüenza! — exclamó una de las mujeres, volviendo a la carga.

— ¿Dónde se vio eso? El mundo está perdido.

— ¡Hoy en día nadie más tiene fe!

Siguieron con su cuchicheo por todo el resto del viaje como oración murmurada entre dientes. El tren finalmente llegó a la estación; disminuyó la marcha y paró. El aire estaba saturado con el olor de carbón mineral quemado, olor que a mucha gente, inclusive a mí, evoca deliciosos recuerdos, en mi caso de un tiempo que permanece en la memoria en forma de profunda nostalgia. Brisa suave de primavera trayendo aroma agridulce de pasto y campo tostados por el sol, de paja quemada — humo azul elevándose —, flores silvestres y boñiga de vaca.

Ramón descendió del vagón al andén llevando el maletín de viaje. Venía con el andar de siempre, caminaba balanceándose con pasos de bailarín de tango. Yo había estado buscándolo con la mirada hasta que lo avisté; él también me vio.

Un grupo de indiecitos, niños y niñas, en su mayoría entre ocho y catorce años, se acercó a las ventanas del tren para vender sus productos — toda clase de golosinas y bebidas como bizcochos, refrescos, frutas, incluyendo

queso hecho con leche de cabra —, haciendo un griterío con sus voces musicales en un verdadero chirriar de pájaros. Los pregones eran gritados todos a un tiempo y se entremezclaban en admirable confusión llena de colores: *choriiizo... chiiicha... café calieeente... empanaaadas...*

Abriendo camino por entre la banda que tomaba de asalto a los vagones, nos encontramos con un fuerte abrazo y caluroso apretón de manos. Mi compañero se abrió en una ancha sonrisa:

— ¿Qué tal? ¿Cómo están las cosas por aquí? Después de tanto tiempo lejos, necesitaba volver.

— Creo que no hubo grandes cambios desde tu partida — contesté —. Como puedes ver, todo aquí sigue siempre igual. ¿Vámonos al bar a tomar algo?

— ¿Cómo no? Así podremos platicar bastante. Después tengo que ir al depósito de la estación a liberar la mercancía. Tienes que ver cuánta cosa yo traje. Ahora sí que voy a explotar el negocio.

— Sí, lo sé. Cualquier cantidad, me imagino. Según decías en tus cartas, esta vez volviste pa' quedarte.

— Así es. Y nuestros amigos, ¿cómo van? Tengo mucha gana de encontrarlos, hablar con ellos... Jubal, Perla, el Profesor...

— Todos están muy bien. Después iremos a visitarlos; hoy mismo, si quieres.

— Claro.

Entramos en el bar. Nos sentamos a la mesa cerca de la ventana, de donde se podía apreciar el movimiento de la estación. Pedimos cerveza y recomenzamos a conversar, ahora más descansados.

— ¿Cómo te fue en el viaje? — pregunté.

— Ah, muy bien. Tuve momentos divertidos, algunos de aburrimiento pero, de modo general, fue excelente.

Fíjate que se sentaron a mi lado y en el asiento enfrente al mío tres solteronas beatas, de esas que viven agarradas a la sotana del cura. Se quedaban mirándome, mirándome, no podía fumar tranquilo ni tomar un trago de cuando en cuando, para pasar el tiempo, que ya empezaban a chismorrear y refunfuñar. No que me importara un bledo todo eso, pero me hincharon las pelotas. Decidí, pues, darles un susto...

Y Ramón narró lo sucedido. Nos reímos a carcajadas.

Nos quedamos rememorando hechos pasados e intercambiando informaciones, llenando el vacío y la distancia de varios años que ni siquiera las cartas consiguen llenar.

— ¿Sabes una cosa? — confidenció Ramón —, cada vez más me convenzo que esta tierra está destinada a presenciar importantes sucesos, a vivir grandioso futuro, aunque tenga inevitablemente que pasar tiempos nefastos, difíciles y aun terribles. Ella está en continua transformación, a pesar de su aparente estática. Manantiales representa algo imponente, una sola cosa, monumental y monolítica, y lo restante no es más que parte integrante de un todo, una sola y misma realidad subyacente: Aldebarán, Orionis, Manzanares, la Ciudad de las Estrellas, Lusbralia... Todo eso, en fin, es Manantiales: la realidad única, implícita, palpable, inconmensurable...

— Quien viaja por estas tierras recorriéndolas, de lugar a lugar, por todo el valle y las cercanías, como tú, yo y tantos otros, es quien verdaderamente tiene condiciones de darse cuenta de ello, de sentir esa realidad desnuda, contundente e inexorable.

Ese episodio ocurrió una mañana cualquiera, tranquila y rutinaria, mucho antes de los hechos que más tarde iban a convulsionar el lugar. La sangrienta guerra civil todavía se hallaba muy lejos en el futuro, como también la época de la lucha feudal de los coroneles se hallaba muy distante en el pasado. Mientras tanto ya se habían hecho quince revoluciones; la avenida principal allí estaba para atestiguarlo, hito histórico dirigido hacia la posteridad. De un período a otro hubo, en verdad, algún progreso, aunque hubiesen cambiado las formas, las costumbres; pero el contenido, la esencia, todavía era la misma. Esa curiosa fatalidad poseía características pintorescas, como en el caso de que cuando un coronel estaba achacoso o aburrido, convenía por teléfono con un cofrade hacer una revolución, dar una cuartelada, para alejar el tedio, romper la monotonía (¡ah, buenos tiempos, que no volverán, cuando las articulaciones no estaban todavía endurecidas por la artritis, el reumatismo no había llegado, antes de tornarse momia esclerosada con bronquitis asmática!). Sí, en efecto, los coroneles de la guardia vieja, retirados, los pocos sobrevivientes de aquella época primitiva y antediluviana, añoraban sus fechorías, sus bravatas de gallo campeador, cuando a hierro y fuego consolidaron el dominio de las tierras usurpadas a los indios y campesinos. Después llegaron los monopolios, las compañías extranjeras que con su dinero compraron a los coroneles, les apoyaron manteniéndolos como títeres y poco a poco aseguraron su dominio multitentacular. Después vino la guerra civil, provocada justamente por aquellos que hipócritamente condenaban la violencia, con dinero dado a los conservadores y a través de maniobras engañosas de los monopolios, los cuales provocaron la más horrenda carnicería de que hay noticia en este valle.

Fue precisamente cuando yo buscaba sobrevivir, procurando camino en la maraña de opciones que se presentaban, persiguiendo una posible perspectiva. Yo era todavía estudiante, y tras escribir algo que me parecía aceptable se lo entregué a un colega de clase que trabajaba en el periódico para ver si valía la pena publicarlo. Desafortunadamente no me quedó copia, pero quizás no fuese gran cosa mi trabajo, lo cierto es que jamás tuve noticias de él. Empezaba así: "El camino polvoriento desciende la colina." Y allá abajo estaba el lago de aguas oscuras y profundas, en el medio una isla con un castillo abandonado, habitado por murciélagos. Allá a lo lejos, cerca de los pantanos, en medio al campo, se ubicaba una choza, humo blanco saliendo por la chimenea. Viejo con la piel amarilla, arrugada, miraba el horizonte desde la puerta, con sombrero de paja y pipa de bambú. Trazos orientales en el rostro, barba corta y rala terminando en perilla amarillenta. Miraba perplejo hacia el cielo con algunas nubes blancas que de repente se puso amenazador, se armó negra tormenta, la atmósfera preñada de maldiciones telúricas, el viento ondulaba la hierba alta en la tarde cenicienta y brumosa, nubes oscuras en movimiento tomaron la configuración de dos samurais luchando por el honor, espadas crujiendo, cada cual intentando motilar la coleta del adversario, como si fuera el desarrollo de una película de Masaki Kobayashi; y a la vez el viejo miraba asombrado hacia el suelo, las huellas profundas e imborrables de carros de combate. Fue así pues, recapacitando, que agarró dos baldes de madera con ceñideras de hierro y, siguiendo las huellas, se dirigió hacia los campos de fresas para siempre.

Lo veo de nuevo más tarde, durante la guerra civil, en mi memoria, aunque ya en otra realidad, sentado a la

orilla del río, absorto, en su inmovilidad de estatua, fumándose la pipa de bambú, observando atentamente los cadáveres que descendían flotando entumecidos para ver si había sobrevivientes, mientras en la ciudad camiones pasaban por las calles llenos de cuerpos, la Avda. de la XV Revolución y la Plaza de los Libertadores sembradas de muertos, la sangre salpicando los monumentos que presenciaban todo en su impasibilidad pétrea, en la morgue colmada no había más lugar, en el cementerio abrieron sepultura común y los combates continuaban delante de la municipalidad.

—

El movimiento de personas en la estación era intenso todavía, los maleteros iban de un lado a otro empujando los carritos llenos de equipaje — la ventana cerca de la cual nos hallábamos sentados encuadraba la escena —. Ya estábamos en la segunda cerveza y la charla continuaba, mientras el humo azulado se elevaba en volutas caprichosas de nuestros cigarrillos. En el andén, el grupo pintoresco de muchachas y muchachos que iban a ver la llegada del tren, aun si no esperaran a nadie ni tampoco fuesen a acompañar algún pasajero, pariente o amigo; iban a la estación tan sólo movidos por la curiosidad, una costumbre bastante entrañada transformada en tradición, casi siempre simplemente para observar el movimiento de viajeros. No era raro un encuentro casual de esa naturaleza, a principio sin pretensiones, tomar rumbos insospechados y terminar en algo más serio y consistente. Las mujerees de cutis color de oliva, cabellos negros y ojos grandes hechiceros, senos palpitantes, muslos torneados y lustrosos, dejaban al

pasar devastador rastro eléctrico, estremecimiento de navaja cortando la carne desde arriba hacia abajo, envueltas en su halo de misterio y aroma profundo de selvas oscuras. Allí estaban ellas, las muchachas, con sus blancos dientes mordisqueando chirimoyas, insinuando placeres exóticos degustados como frutos prohibidos. Muchos de los forasteros de mirada distante que arribaban en el tren conseguían cautivar a las chicas que iban especialmente a presenciar el desembarco, luego trabando conocimiento que, muchas veces, en poco tiempo, iba hasta la plena intimidad.

Las manecillas del reloj corrían por el espacio del cuadrante perdiéndose en el tiempo. Las voces callaron delante de los vasos vacíos, el humo de los cigarrillos se perdió en el aire después de extinguirse el fuego que los había consumido, muriendo definitivamente como candelas apagadas. Sentimos que debíamos irnos.

— ¿Vámonos? — sugerí —. Ya es tarde, cuando uno charla no se da cuenta cómo pasa el tiempo.

— Tienes razón. Necesito ir a liberar la mercancía, antes de marcharnos.

Pagué la cuenta y nos dirigimos al depósito de la estación. El empleado que atendía en la ventanilla estaba escribiendo cualquier cosa y al sentir que nos acercábamos, levantó sus ojos inquisidores. Su mirada fría de burócrata nos fijó sin expresión alguna, a lo mejor capaz de transformarnos en dos momias de hielo. El rostro tostado parecía de piedra, aspecto de funcionario mal pagado y a menudo perseguido por el hambre.

— ¿Qué desean, señores?

Ramón habló con él diciéndole de qué se trataba. El empleado agarró unos papeles y recibos que le entregó. Mi compañero les echó una mirada y constató que todo estaba

en orden, incluso los bultos, apilados en un rincón.

— Sírvase firmar aquí, por favor — volvió el funcionario.

— Un momento, señor. Vuelvo por la tarde para retirar la mercancía, sólo había querido saber lo que hacía falta para liberarla.

— Como quiera — respondió el hombre, indiferente —. Hace falta pagar una pequeña tasa, solamente, y firmar el recibo de consignación. Ninguna formalidad.

— Excelente. Más tarde volveré, luego de haber conseguido flete para llevarme los bultos.

Caminamos por el andén hacia la salida. Delante de la estación subimos en una *liberty*. El coche rodaba por la Avenida, los caballos iban a trotecito tranquilo, mientras seguíamos charlando. Ramón no se cansaba de mirar hacia todos lados y comentar acerca del aspecto de la ciudad y de todas las cosas que veía.

— ¡Qué sabroso es volver! Pero nada ha cambiado por aquí, ¿cómo es posible?

— En efecto, lo fundamental no ha cambiado. Las personas también son las mismas.

— A propósito, hoy mismo espero visitar a los amigos. ¿Qué te parece?

— Excelente idea. Eso es lo que yo estaba pensando. Ahora es casi mediodía. Por la tarde voy a trabajar y después podremos tratar eso.

— Bueno. Mientras tanto aprovecho para dormir la siesta. Estoy cansado y con sueño. ¿Pasas por mi casa?

— Sí, al salir de la *Gaceta*.

— Muy bien. Y para clausurar el día como se debe, una velada en *La Negra*, ¿eh? — Ramón me miró y sonrió con agudeza.

— ¿Como no? Será para festejar tu regreso.

— Estoy curioso para verle la cara al portugués cuando me ponga los ojos encima.

— Manuel hablaba a menudo de ti, cuando no estabas. Te aseguro que se va a quedar muy contento de verte otra vez.

La *liberty* paró en la Plaza de los Libertadores donde nos bajamos. Ramón caminó unos pasos flexionando las piernas como para quitarles el torpor, los ojos observando todo a la redonda: el monumento, el mercado con sus arcadas coloniales, los correos, la municipalidad.

— Parece una vieja fotografía. El tiempo no ha pasado.

El movimiento de personas era poco aquella hora. El sol estaba en el cenit y hacía calor. Cerca del monumento, tres andariegos, las mochilas en el suelo junto a la fuente, daban de comer a las palomas. Nos acercamos. Al pasar nosotros cerca de ellos, nos preguntaron si conocíamos algún sitio donde podrían alojarse. Nos dijeron que la noche anterior, como no tuviesen donde pernoctar, durmieron en el jardín de una casa, debajo del cobertizo, cubriéndose con pliegos de periódico. Pero por la mañana temprano el propietario, al salir, los expulsó como animales. Nos dijeron que venían desde muy lejos, penetrando en el valle por el desfiladero, en un camión; habían conocido muchos lugares viajando a dedo y ahora intentaban regresar. Iban a quedarse unos días más en la ciudad y después se marcharían. La policía los había recibido muy mal, acostumbrada como estaba a reprimir todo lo que no se ajustaba a las normas del sistema, aun tratándose de algo tan sencillo e inofensivo como viajar a dedo. De regreso irían a Yerba Buena, el pueblo indio en la falda del Yungali, a la salida del desfiladero. Allí vive el curandero y asceta nativo al cual deseaban conocer, depositario de

antigua y profunda sabiduría, guardador de las tradiciones milenarias de su pueblo.

La aventura de los muchachos — con sus percances naturales, los caprichos del azar, y a veces, pequeñas desventuras — me trajo a la memoria el tiempo en que yo también viví experiencias semejantes a las de ellos, recogiendo el polvo de los caminos, cuando en ocasiones la única comida del día era un sándwich de mortadela compartido con el compañero de jornada, cansancio y desaliento, pero en lo íntimo la satisfacción de correr mundo, conocer a otros pueblos y lugares, en fin, una de las formas más hermosas de vivir la vida.

Dimos algún dinero a los mochileros antes de marcharnos, indicándoles la iglesia. Posiblemente allí serían alojados. Se fueron, agradecidos, hacia el sitio indicado, sonrisa de fraterna solidaridad impresa en el rostro, mochilas a la espalda: su casa, su hogar, cargados sobre el dorso a semejanza de los caracoles.

Atravesamos la Plaza lentamente hacia el mercado. En la esquina un viejo mendigo de blancas barbas, llevando una bolsa de tela, agarraba con la mano libre una figura de mujer en bikini, tamaño natural, de cartón, conseguida en la farmacia, anuncio publicitario de una sal efervescente. Parado, en su demencia senil y solitaria murmuraba palabras lascivas al oído de la "mujer" que ceñía voluptuosamente.

Paramos delante de la casa de mi compañero. En la vereda, niñas jugaban a la rayuela.

— Bueno, ¿entonces estamos? — preguntó Ramón.

— Sí, paso por aquí de tardecita para buscarte.

Y me marché.

El tiempo cambió bruscamente y se volvió ceniciento. El viento comenzó a soplar con insistencia. Eran las seis cuando salí de la *Gaceta* acompañado por Perla. El padre, Enrique Moreno, propietario del periódico, se quedó en la redacción hasta más tarde, como acostumbraba, retocando algunos artículos.

— Parece que va a llover — graznó un viejo en una ventana.

Dejé la muchacha en casa para buscarla después, con el fin de ir juntos a la casa del Prof. Gallius. Por lo visto, yo tendría que pasar de casa en casa, parando en el camino, detenerme de estación en estación, como en una vía crucis. El hecho me aburría un poco, pues no me gusta esperar. Lo que me animaba era la perspectiva de una encantadora compañía como la de Perla y la convivencia de buenos amigos de que en seguida iba a disfrutar.

Después de bañarme y vestirme, salí dirigiéndome a su casa. La encontré — ¡qué raro! — casi lista. Asimismo, intenté apresurarla, no sin protestas de su parte, retardándose como estaba en los últimos toques — para ellas son siempre los últimos toques —, envolviéndose en una fragancia de gardenia.

— ¡Vaya! ¿Para qué tener tanta prisa? Ya estoy lista.

— Sí, lo sé. Fíjate que el tiempo vuela.

— ¿Te agrada mi perfume?

— Me gusta mucho. No sé si te pones el perfume para realzar tu encanto natural o si es éste que realza tu perfume. Algo me lleva a creer más en la segunda hipótesis...

— ¿Verdad? — exclamó, con mueca irónica y sonrisa insinuante.

Y canturreó:

Perfume de gardenias
tiene tu boca;
bellísimos espejeos
de luz en tu mirar.

Y yo completé:

Tu risa es una rima
de alegres notas;
se mueven tus cabellos
cual ondas de la mar.
....

Al concluir nos reímos sabrosamente.

Salimos. Anochecía, aunque hubiese todavía fragmentos de claridad. Un taxi nos llevó a la casa del Prof. Gallius, después de haber ido a buscar a Ramón, de paso. Aquél vivía cerca y hubiera sido agradable hacer a pie el camino, saboreando la brisa del anochecer; pero como teníamos que dar muchas vueltas y para no perder tiempo, tomamos un taxi.

Golpeamos en la puerta y la hija vino a recibirnos.

— ¡Buenas noches! — prorrumpimos a la vez.

— ¿Qué tal, Loredana?

— ¡Hola, qué agradable sorpresa! ¡Ramón!, cuánto tiempo hace, ¿cómo te va?

— Muy bien, ¿Y tú? Muchacha, no has cambiado nada, sigues bonita como siempre.

— Vaya, ¡no me digas! — ironizó, sonriéndose — Pero pasen, por favor. Ya los estábamos esperando.

Pasamos a la sala.

— ¿Dónde está el Profesor?

— Ya vendrá. Tomen asiento que voy a llamar a papá.

Transcurrieron unos minutos. Por fin, la simpática y bonachona figura apareció en la sala, a través del pasillo, sonriente, con los brazos abiertos.

— Buenas noches, amigos míos. ¿Cómo están?

— Buenas noches, Prof. Gallius — contestamos en coro.

— ¡Ramón Quesada! Caramba, ¿eres tú? Claro, ¿cómo podría no serlo? Ja... Ja... Ja... — se rió abrazándolo.

— Profesor, ¡qué satisfacción en reverle! — dijo Ramón, estrechándolo emocionado.

— ¿Qué me cuentas? ¿Es verdad que volviste en definitiva?

— Sí, es verdad. Esta vez estoy desarrollando actividad propia e independiente. Es apenas el comienzo, pero estoy seguro de que todo marchará bien. En el ramo de telas y confecciones, un comercio bastante promisor actualmente.

— Por supuesto que todo marchará bien. Te deseo mucho éxito, amigo mío. ¿Y esta joven encantadora? — se volvió hacia Perla.

— Estoy bien, Profesor — respondió ella sonriéndose —. Y usted, por lo que he podido apreciar, siempre alegre y bien dispuesto.

— Se hace necesario, m'hija. Se hace necesario. La vida debe ser vivida con trabajo, estudio y mucha alegría, principalmente mucha alegría, no obstante las penas y abrojos con los cuales ella a veces nos brinda. ¿Cómo va tu papá? ¿Siempre luchando en favor de la libertad y la cultura? Conozco bien aquella pluma, me gusta su estilo...

— Mi padre va bien, Profesor. Le envía sus saludos. En cuanto a lo restante, usted lo ha dicho correctamente, es una lucha sin tregua, para mejorar un poco las condicio-

nes de vida de nuestra gente, sacarlos del marasmo en que viven, sacudirlos del olvido de sí mismos... Bueno, nosotros hacemos lo que podemos.

— Lo comprendo. Es un trabajo gigantesco pero maravilloso. ¿Y tú, mi muchacho? — preguntó, volviéndose hacia mí —. *Perchè non vieni più spesso a visitarci*? — continuó, en italiano (¿Por qué no vienes a visitarnos más a menudo?).

— *"Rara avis, cara avis", Professore* — le contesté con la máxima latina.

— *E va bene*... — sonrió —. Pero, amigos míos, tomen asiento y estén completamente cómodos. Esta es vuestra casa. Un momento, voy a poner un poco de música para poder conversar mejor.

Colocó un disco en el tocadiscos. Era ésta una de las muchas maneras de agradar a los amigos, de hacer con que sintieran todo el calor de su generosa hospitalidad, demostrando que sabía recibir a las personas. ¿Y hay mejor que la música para tanto? Luego los compases de bonita y alegre melodía nos invadieron a todos. El Profesor nos acogía, pues, de brazos abiertos, como era de su índole, con *Alma Llanera*.

Nos sentamos para platicar cómodamente, libremente. Loredana había ido a la cocina y al volver trajo en una bandeja bebidas y saladitos.

— Sírvanse, hay para todos los gustos — dijo sonriente.

En efecto, había allí varios tipos de saladitos. Diferentes bebidas también: color de oro, plateadas, rubras y verdes, según la bebida o mezcla. Uno de los platillos contenía rodajas de limón para adicionar en las copas, conforme la preferencia individual.

— ¡A la salud de todos! — exclamó el Profesor,

levantando la copa —. Y, de modo muy especial, de nuestro amigo Ramón que, cual hijo pródigo, regresó al hogar ancestral, al seno de nuestra armoniosa convivencia.

— ¡Viva! ¡A la salud! — brindamos todos.

— Muchas gracias, Prof. Gallius, su amistad representa mucho para mí, y su gesto de simpatía me conmueve. Agradecido también por su generosa hospitalidad. Gracias a todos de igual modo.

— ¡*Bravo, bravo*! — prorrumpió el Profesor, depositando la copa y aplaudiendo con satisfacción.

Las músicas sucedíanse sin parar, una tirando la otra como tren de muchos vagones. Ahora era el turno de la cumbia, con su ritmo alegre y tropical.

Bast, el gato negro, al ver invadidos sus dominios de forma insólita, se retiró de la sala, donde se hallaba dormitando, estirado al pie del hogar, escabulliéndose sobre patas de terciopelo cual sombra de ojos chispeantes.

— Y usted, Prof. Gallius, ¿por qué no nos habla un poco de su trabajo, de sus estudios e investigaciones? — preguntó Ramón, tanto para retomar la conversación.

— Ah, sí, ¿cómo no? — dijo él algo sorprendido, a principio, con la pregunta.

— Por ejemplo — complementó Perla —, ¿por qué usted ha elegido dedicarse al estudio de ciencias no "oficiales", o sea, aquellas precisamente que la ciencia dicha "oficial" no reconoce e incluso repudia?

— Yo creo, sencillamente, que la respuesta para muchos misterios de la vida, de la naturaleza, en fin, del cosmos que, en conclusión, es la síntesis de todo, está ahí justamente: en lo que se considera no "oficial". Lo que echa a perder a la ciencia ortodoxa es el exceso de lógica erigida en dogma, que sin embargo no es más que prejuicio y tabú. La lógica es la mayor y más fantástica facultad

humana, justamente aquella que diferencia el animal hombre de los demás animales en la escala biológica. Pero cuando permitimos que ella domine totalmente, sofocando por completo el sentimiento, entonces se torna perjudicial y contraría el principio que ella misma representa.

— ¿Y acerca de su trabajo como alquimista? — pregunté.

— El principal objetivo del alquimista moderno no es buscar la tan decantada piedra filosofal, como supuestamente hicieran los sabios alquimistas en la Edad Media. El motivo primordial que lo lleva a investigaciones y experimentos infatigables que consumen toda una vida es el continuado perfeccionamiento de sí mismo. La piedra filosofal existe, sí; en verdad se trata de otro estado de la materia, desconocido a nosotros. Al llevar a cabo experimentos nunca se sabe de antemano, con precisión, qué va a ocurrir; pero sea cual fuere el resultado, es siempre positivo, pues al concluir el trabajo, ocurre con nosotros una transmutación, la cual abre las puertas hacia un estado de conciencia superior. Es por eso que el resultado final siempre es positivo: porque, siendo esencialmente espiritual, trasciende el mero aspecto material de la realidad.

— De veras interesante, Profesor. ¿Y qué nos dice, solamente para nombrar dos de sus creaciones, acerca de los Sueños Mágicos y la flor de amor? — continuó Perla.

— Bueno, los primeros sirven para despertar algunas facultades humanas que normalmente se hallan embotadas o condicionadas por la rutina. Amplían y profundizan la percepción, aumentando la facultad de sentir; propician sueño tranquilo y reparador a quien normalmente sufre de insomnio; y, fundamentalmente, son la esencia misma de esta tierra, razón por la cual los turistas adquiérenlos en gran cantidad, como recuerdo, a semejanza de lo que

ocurre con algunos países que venden a los visitantes, como *souvenir*, cajitas de cristal donde está encerrado un poco de aire del lugar... En cuanto a la flor de amor, producto de mi creación personal, la única cosa que puedo decir — y creo que sea suficiente —, es que me fue inspirada por el sentimiento que siempre he dedicado a aquella que yace enterrada en la cripta de piedra detrás de esta casa, que en vida me dedicó todo el amor que un ser humano es capaz de dedicar. Afortunadamente, puedo afirmar, mi sentimiento con relación a ella no fue menor. Después de su muerte prematura el tiempo se encargó de minimizar el dolor y el vacío de su ausencia, dejando en su lugar nostálgico recuerdo. He aquí la razón de ser de la flor que de tan bella, la nombré *de amor*, modesta y feliz creación como homenaje póstumo a la dulce criatura que me acompañó durante tantos años (el nombre significa, en latín, que proviene de la muerte, *a-mor*, que la vida o el ser querido retorna en nueva forma), digna de figurar como adorno en los largos cabellos de Venus.

En este punto de la charla llaman a la puerta. Loredana fue a atender y al volver retorna flanqueada por Jubal y Lavinia. Ambos se habían encontrado en el camino.

Después de la incontenida alegría del encuentro, el reencuentro esperado con Ramón, tras larga ausencia, intercambio de preguntas sin fin, chistes, risas, la conversación alcanzó curso normal, tranquilo y ameno.

Transcurrió así largo espacio de tiempo. Era tarde ya y las visitas manifestamos el deseo de irnos. El Prof. Gallius vio las horas, protestó que era muy temprano todavía y nos rogó para que no nos fuéramos aún. Dijo esto con sincera amabilidad y porque sabía que de allí en más, esas reuniones de amigos solían continuar de otro

modo, o sea, con baile. Que estuviéramos, pues, como en nuestra casa. Acto seguido pidió permiso para retirarse porque, nos dijo, tenía que hacer algunas cosas que no podían esperar; pedía también que le perdonáramos el inconveniente.

Se despidió con sonrisa afable, retirándose en seguida. Al marcharse parecía haber dejado un imponente vacío, grande como una montaña, como si se hubiera llevado con él todo el halo de su marcada presencia. Sus pasos se perdieron *intra domum*. Al pasar por Merlino verificó que el pájaro dormía a un rincón de la jaula, en la sombra del pasillo. Continuó rumbo a sus aposentos canturreando alegre canción napolitana. Antes de recogerse haría, como de costumbre, la última visita al laboratorio, situado en el fondo del patio.

Loredana servía a todos sonriente, feliz por algo que a la vez conocía en su íntimo, adivinaba, pero no sabía definir. Tendió la bandeja a Jubal que le dirigió una sonrisa llena de simpatía y ternura.

La mirada de la joven centelleaba como la luz de las estrellas. En el tocadiscos giraba el disco sin cesar, la melodía bailando en armonía perfecta con el ritmo lento de un bolero conocido.

— ¿Por qué no largas la bandeja para bailar? — preguntó Jubal, posando la mano sobre la de Loredana, haciendo suave presión.

— ¿Quieres? — respondió en un repentino susurro de incontenida alegría.

— ¡Claro que sí! ¿Vamos?

Ella nada contestó, solamente largó la bandeja y se abandonó contra el pecho del hombre que amaba.

El Profesor retornaba en aquel momento del laboratorio para entrar en casa y retirarse a descansar. Paró delante

de la cripta de su difunta esposa, toda de piedra, erguida con sus propias manos, quedándose por momentos en estático silencio. Meditaba. ¡Tantos años habían pasado desde que la perdiera para siempre! Para él la vejez se acercaba y con ella la muerte. ¿Qué sería de su querida hija? Se quedaría sin amparo, solita en el mundo... Y su obra, ¿quién la continuaría? El laboratorio, los libros, el trabajo monumental que fuera hecho y lo que todavía estaba por hacer, la búsqueda incesante del conocimiento... ¿Quién iba a heredar todo eso para continuar la gigantesca tarea?

La brisa de la noche balanceaba suavemente las flores plantadas delante de la cripta. El Profesor levantó la mirada hacia el cielo nocturno y fijó las estrellas que centelleaban, misteriosas señales del cosmos. Suspiró, retomando el camino de casa. Sin saber por qué, ahora se sentía más tranquilo, reconfortado. Habría que tener esperanza, sin preocuparse demasiado con el día de mañana pues, estaba seguro, todo se arreglaría. Al entrar en su cuarto de dormir, antes de cerrar la puerta detrás suyo, oyó desde lejos la música que tocaba en la sala, mezclada con risas de alegría.

Imitando el ejemplo de la pareja que bailaba, y para que no se sintieran solos, comenzamos a bailar también nosotros. En la pared, por sobre el hogar, el cuadro *La Aurora* resplandecía iluminado por la luz de cristal de la araña de la sala.

Los saladitos se habían terminado y las copas estaban vacías. Mucho tiempo había transcurrido desde nuestra llegada. Decidimos, entonces, que era el momento de irnos.

Nos despedimos de Loredana, ya en el portón. Ella se quedó allí con Jubal, el cual nos dijo que luego nos alcanzaría, viéndonos alejar. Nos entremiramos con una

sonrisa de entendimiento. Probablemente los temores del Profesor ya no tenían más razón de ser.

Un taxi nos llevó a la pensión *La Negra*, según acordado anteriormente, para continuar la velada. La casa, de propiedad del portugués Manuel Albuquerque, viejo conocido, de día servía comidas y por la noche era local de reunión, principalmente de estudiantes que allí iban a entretenerse e intercambiar ideas, delante de una cerveza helada, o una buena copa de pulque, chicha, pisco o guarapo. Además de las músicas de discos, se cantaba y tocaba guitarra de improviso.

Al vernos, Manuel se puso contento y, al poner los ojos en Ramón, grande e indecible alegría lo asaltó. Se vino a nuestra mesa a charlar, acribilló de preguntas a nuestro amigo, quería saber todo. Mandó servirnos bebidas y algo para comer, todo a expensas de la casa.

Cuando nos dimos cuenta, Ramón se hallaba en el centro de un círculo tocando guitarra, acompañando a una joven que cantaba zambas y recitaba milongas.

Aquella noche la pasamos así. Divirtiéndonos mucho, en lo íntimo sentíamos la alegría inmensa de estar juntos una vez más, acogiendo al amigo que había vuelto después de larga ausencia.

La madrugada nos recibió en sus brazos, cariñosamente, cuando salimos a la calle. Estábamos muy cansados, pero nada más importaba. Aunque sabiendo que, durante el día entero, apenas conseguiríamos mantener los ojos abiertos por el poco tiempo de sueño de que todavía podríamos disfrutar. Y nos sentiríamos como si tuviéramos piedrecitas en los ojos, por haber dormido poco.

VI

Nunca había tenido otra profesión además de la que ejercía en el momento, o sea: vendedor de billetes de lotería. Era ciego de nacimiento y, a pesar de la deficiencia física, podía contarse entre los afortunados por haber tenido oportunidad de estudiar, aunque sólo hubiese concluído la escuela elemental, aprendiendo así a hacer cuentas, lo que verdaderamente le era de la mayor valía para ganarse la vida.

Procedía de familia humilde, sin recursos, y fue por iniciativa del padre que aprendió algo, frecuentando las clases que el cura pacientemente le daba en la pequeña escuela gratuita mantenida por la iglesia. Estudió, se esforzó mucho, a la vez que trabajaba para aliviar los gastos de la familia.

Conoció a su mujer con la edad de veintitrés años, por casualidad, cuando volvía a casa, tras un día entero de trabajo. Era su costumbre, al final del día, frecuentar determinado café entre los varios ubicados a lo largo de la Avda. de la XV Revolución, para tomar un vaso de cerveza y platicar un rato con los amigos que allí encontraba. En aquella oportunidad pasó el límite, hacía mucho calor y la buena compañía lo hizo quedarse hasta más tarde; la charla estaba sabrosa, el ambiente agradable y el tiempo fue pasando sin que él se percatara. Cuando decidió

marcharse se sintió un poco mareado a raíz de la cerveza que había tomado.

Salió a la calle tambaleándose, después de rehusar el ofrecimiento de un compañero para llevarlo a casa. Se enderezó, aspiró hondo el aire de la noche y comenzó a caminar decidido. El bastón golpeaba las baldosas de la vereda emitiendo el conocido rumor que sonaba a sus oídos a modo de compás a la melodía que iba silbando durante todo el tiempo. Las personas que pasaban por él se apartaban dejándole el camino libre.

Al llegar a la esquina, cuando iba a cruzar la calle, perdió el equilibrio y se cayó al suelo. De repente se vio agarrado y erguido. La caída fue sin importancia pues no se hizo daño. Agradeció a la persona que lo levantó, y por el contacto físico sintió que se trataba de una mujer. Su voz le dijo que ella era joven.

— ¿Se lastimó?

— No, estoy bien. Gracias por ayudarme.

— ¿Dónde vive?

— Aquí cerca, nomás. O, mejor dicho, no muy cerca, pero no deja de ser para mí un buen paseo que hago todos los días. Me gusta mucho, me hace sentir bien.

— Entonces yo lo acompaño, si me permite. No está en condiciones de andar solo — continuó ella con acento decidido.

El muchacho quedó sorprendido, a la vez que le parecía cómica aquella situación, la cual empezaba a gustarle.

— Por favor, no se moleste. No hace falta, puedo cuidarme yo mismo.

— Insisto en acompañarle, señor — declaró ella con firmeza, asiendo el brazo del muchacho.

— Está bien. Ya que insiste... no voy a decepcionarle

— se rió.

Le parecía algo extraño que ella se le dirigiese llamándole *señor*, pues calculó por su voz que ella tendría, a lo sumo, la misma edad suya.

— ¿Cómo se llama? — se acordó en preguntarle.

— María del Rosario. ¿Y usted?

— Bernardo San Juan.

— Sabe, ahora, recapacitando, creo que lo conozco.

— Puede ser. Trabajo en la calle todo el día y mucha gente me conoce. Vendo billetes de lotería en el Patio del Mercado.

— Ah, sí, ahora me acuerdo. Una ocasión le compré un billete.

— ¿Tuvo suerte?

— Desafortunadamente, no.

— ¡Qué lástima!

— No importa. Todo es ilusión. Lo que realmente vale es el trabajo, el esfuerzo personal para sobrevivir.

— Tiene razón. Yo también no me hago ilusiones; pero, sin embargo, fíjese la ironía, me gano el pan vendiendo ilusiones.

— Es un trabajo como otro cualquiera.

— Y usted, ¿qué hace?

La muchacha se encogió de hombros.

— Vivo con mi madre, que está vieja pero con salud, gracias a Dios; vivimos solas en la casa que mi padre nos dejó al morirse. Trabajo de camarera en uno de los cafés de la Avenida, para sustentarnos.

— Es una vida sacrificada, sin duda.

— Sí, no digo que sea fácil. Pero se va llevando.

En ese momento habían llegado delante de la puerta donde vivía el muchacho.

— Aquí estamos — dijo —. Quiero agradecerle por

haberse molestado conmigo y por tanta gentileza.

— Por favor, no me agradezca. Fue un placer. Ahora me voy.

— Espere, quiero decirle que para mí fue éste un momento feliz en que compartimos un poco de compañía. Sabe usted, quien se encuentra en mis condiciones siempre tiene más dificuldad en comunicarse con las personas. Pero no me quejo; en fin, la vida también me ha brindado con buenos momentos — como éste, por ejemplo —.

Su rostro exhibía una sonrisa ancha, llena de franqueza y melancolía. La brisa soplaba revoloteándole algunas mechas de cabello.

— Comprendo — admitió ella —. Me alegro en saber que he contribuído de alguna manera para traerle, como dice, un poco más de alegría. Bueno, ahora necesito marcharme. ¡Adiós!

Él apretó la mano que ella le ofrecía y sintió como si la estuviera viendo, identificándola, con la firme convicción de, en lo sucesivo, reconocerla, individualizarla, entre las manos de todas las mujeres del mundo.

— Espero que haya otro momento igual a éste — dijo él —. Que volvamos a encontrarnos, porque sería una gran lástima si después de lo que nos ocurrió, tras ese encuentro casual que tuvimos, aunque breve, pero para mí extremamente agradable, no nos encontráramos más. ¿Qué le parece? Oh, no, perdóneme — continuó en seguida, cambiando bruscamente de idea —. Olvide lo que yo dije, no tengo el derecho de decirle eso. Usted es joven, presiento que es bonita, y no hará caso a lo que un tonto como yo está diciendo. ¡Adiós!

Le soltó la mano que aún asía y se dirigió a la puerta.

— ¡Un momento! — volvió la joven, tomándolo del

brazo —. En una cosa le doy razón: no pasa de un tonto. ¿Existe algún motivo para arrepentirse de lo que me ha dicho? ¿Por qué procura huirle a la realidad?

— Es verdad, soy mismo un idiota — confesó —. Pero hay situaciones en las cuales no sé cómo portarme.

— No se preocupe; deje las cosas suceder, simplemente. Lo que habrá de ser, será.

Dijo esto y se alejó. Tres semanas después Bernardo San Juan, como todos los días, se encontraba en el sitio acostumbrado en el Patio del Mercado, apoyado a una de las columnas de la arcada, pregonando sus billetes:

— La grande para hoy. Sale hoy. El 13, el 6 y el 57... ¡Aprovechen!

El movimiento era intenso aquella hora de la mañana. El sol brillaba limpiamente. Era la época de los turistas y los había en gran cantidad, recorriendo la ciudad de extremo a extremo, observando todo y a todos con ingenua curiosidad propia de la clase, como guanábanos. Con trajes ridículos y semblante de necios, máquina fotográfica al cuello por sobre la camisa floreada, sombrero en la cabeza y anteojos oscuros, se metían por todas las puertas, en los cafés, en las tiendas, hablando en voz alta, regateando, revolviendo todo bajo la paciente mirada de los comerciantes que, íntimamente, antegozaban el momento supremo de desollárlos vivos. Un poco adelante, otros, enfrente del edificio gris de la municipalidad, de la iglesia con sus paredes de ladrillos rojos o en la Plaza de los Libertadores, ávidamente sacaban fotografías de todo lo que veían. Algunos, próximos a la fuente, daban maíz a las palomas que acudían a centenares, viniendo a comer en la palma de la mano. Presintiendo desde lejos el alimento, partían en bando desde los tejados del caserío colonial, volando en círculos concéntricos, entre arrullos impacientes, crujido de

alas y el singular olor de plumas y excremento.

Apenas tres semanas habían pasado. No era mucho tiempo, pero también no era poco. Aquella mañana, cerca de las diez horas, el ciego cantaba los números de la lotería, apoyado a la columna de la arcada:

— El 13, el 6, el 57... La suerte para todos. Compren, compren...

Y ofrecía sus billetes a los pasantes. Fue entonces que sintió una mano de mujer en contacto con la suya, a la vez que su dueña pedía un billete.

— Quiero el 57.

Bernardo San Juan tembló al contacto y al oír la voz que suponía conocer. Presintió que era acompañada por una sonrisa y algunos segundos de silenciosa espera. Pero por lo menos en un primer momento no conseguía acordarse de dónde la conocía.

— Aquí está — dijo, presentándole el billete.

— ¿Cuánto cuesta?

Él no contestó en seguida. Se quedó parado con los sentidos vigilantes, dirigidos hacia ella, por breves segundos. Entonces, como la luz que se enciende, su rostro se iluminó.

— ¡María del Rosario!

— Sí, soy yo. Estaba segura de que me reconocería.

— ¡Qué agradable sorpresa! Sabe, no esperaba volver a encontrarla jamás.

— Yo también.

— ¿Y qué le hizo cambiar idea?

— No sé. Quizás el acaso... — respondió con sonrisa pícara.

Él también sonrió, como si la hubiera visto hacerlo.

— ¿No trabaja hoy?

— No, hoy tengo el día libre.

— ¡Qué suerte! ¿Por qué no nos vamos a tomar algo, entonces? Espero que no me decepcionará... Así podremos charlar un rato y...

— ¡Claro! ¿Por qué iría yo a decepcionarlo? — se apresuró en contestar —. ¡Vamos!

Se alejaron de allí y se pusieron a caminar a lo largo de la Avenida, luego entrando en un café. Tomaron asiento en la mesa que ella eligió, cerca de la ventana, con buena visión hacia el exterior. Pidieron cerveza y algo para comer, que el mozo fue a buscar, empezando a conversar mientras esperaban.

Aquella mañana de sol, sentado a una mesa de café en compañía de una mujer, delante de un vaso de cerveza y un platillo de salteñas, para condimentar la conversación y los sentimientos, por nada de este mundo hubiera el ciego, vendedor de billetes de lotería, siquiera imaginado que a raíz de una pequeña caída, noches atrás, en una esquina cualquiera de la ciudad, cuando volvía a casa, se vería conducido a la situación en que ahora se hallaba, un hecho aparentemente sin importancia pero que, lejos de imaginarlo, iría a cambiar radicalmente el rumbo de su existencia.

Veintidós años pasaron desde entonces. Muchas cosas cambiaron, incluso él mismo: está más viejo. Sigue en el tirocinio cotidiano, recorre el mismo camino, el bastón golpea las mismas piedras. La ciudad progresó poco, las casas y edificios son los mismos, las personas cambiaron; los tiempos son verdaderamente otros. No obstante, el aspecto general de las cosas continuó inaltera-

do. Bernardo San Juan aún vende billetes de lotería en el Patio del Mercado.

Ahora, como antes, a lo largo de toda la Avda. de la XV Revolución los turistas marchan cual horda de bárbaros invadiendo la ciudad, en su mayoría gringos, manipulando las máquinas fotográficas, persiguiendo a los Sueños Mágicos y comprándose baratijas. Posiblemente, al revelar las fotos, además de las casas y escenas pintorescas en la calle, también aparezcan los escritos pintados en los muros por estudiantes, entre otros: JUSTINIANO JUSTO CORNUDO o HILARIO CARRASCO ASESINO, el primero debido a los rumores que corren con insistencia acerca de la conducta de la mujer del intendente, y el segundo a raíz de la fama siniestra que había adquirido el jefe de policía, principalmente durante la guerra civil, de mandar matar o asesinar con sus propias manos a prisioneros indefensos, además de ser conocido como frío torturador. Por eso, de allí en adelante pasó a ser El Carnicero de Manantiales.

Pero, seguramente, a los que hacen turismo apenas les parecen graciosas tales manifestaciones de carácter popular y las ven no sin buena dosis de humor. Porque ellos allí están para pasear y divertirse; conocer, aunque mal, y gastar dinero sin preocuparse con aspectos políticos, aparte que de política nada entienden. Pasan todo el tiempo andando de un lado a otro, invadiendo las casas de comercio, llevándose detrás el invisible cordón umbilical que los mantiene ligados al lugar de origen y no les permite separarse — ni en pensamiento — del lugar donde viven, despreciando a todo momento las cosas que ven, comparándolas con las que dejaron, comentando con semblante afectado que allí nada sirve, el clima, la comida, las personas, en una actitud hipócrita y revelando profunda misantropía, haciendo brotar necesariamente la pregunta

por qué, entonces, no se han quedado en sus casas, si todo allá es mejor.

Recorriendo el Patio del Mercado, tropiezan con los mendigos que al darse cuenta de que ellos son extranjeros — y esto nos es difícil — les tienden la mano haciendo clamor, con la esperanza de ganarse unos cobres, recibiendo en cambio, muchas veces, apenas muecas de asco, sonrisa de presunta superioridad en los labios y semblante de simulada compasión con los cuales los gringos gentilmente les brindan, pobre escoria miserable de una sociedad atrasada y de bastardos negroides que somos nosotros.

Allí es el crisol de la ciudad, ceñido por las arcadas coloniales, el caldero donde hierve lo bueno y lo malo, lo puro y lo impuro, el resumen, la síntesis, la escoria primitiva, la esencia primordial de esta tierra mestiza y subdesarrollada.

Y todas las noches, cuando volvía del trabajo, encontraba brazos abiertos esperándolo, brazos de mujer que lo estrechaban cariñosamente como siempre hicieron durante todos esos años. Se habían amado desde el principio y todavía se amaban como si el tiempo no hubiera pasado. El sentimiento profundo que repartían recíprocamente había madurado día a día envuelto en un torbellino de emociones sucesivas y diferentes a cada vez.

En la noche de nupcias, como no podía verla con los ojos, la veía con el espíritu. Para conocerla bien la tocaba acariciando su cuerpo desnudo demoradamente desde arriba hacia abajo y en el sentido inverso; la sentía en su palpitante vitalidad, las papilas sensitivas en la yema de los dedos, como ventosas, abriéndose en flores sensibles, ásperas como líquenes, en una simbiosis alga-hongo capaz de penetrar, al simple contacto, a la más suave o salvaje caricia, el secreto de las cosas profundas. La siente al tacto

mejor que si poseyera el prodigio de la visión.

Así él la *veía* en su femenina plenitud: la escultura del rostro, frente, ojos, nariz, boca, mejillas, orejas, cuello, senos, vientre, muslos, gruta de Venus... Y en seguida los labios, la boca ávida, la lengua húmeda y anhelante, exploraba aquel cuerpo por toda su superficie — colibrí chupándose el dulce néctar de una flor —, en sus más recónditos misterios...

Los latidos del corazón de ella, jadeantes, se transformaban en música ritmada y salvaje a sus oídos. Era el momento supremo del amor, la explosión de la vida y de la muerte en convulsiones llenas de éxtasis.

Vivían la vida plenamente aunque muchas veces fuese un fardo para ellos aquella existencia donde no faltaban los arduos sacrificios para sobrevivir, las renuncias, pero también sabían sacarle a la vida, aun por la fuerza, algunas satisfacciones.

Cuántas veces, estando juntos, no conseguían refrenar sus ímpetus. Ambos se querían desesperadamente, hacía pensar por qué singular sortilegio el acaso los había reunido de aquel modo. Ella vivía esperándolo siempre con ganas de amar. Eran pobres, sufrían privaciones, pero se llenaban de hijos, su única felicidad. Porque el amor no se doblega ante las mezquindades de la vida.

La última vez había sido una camada. El hecho la colocó más cerca de la realidad, provocando cambios en sus actitudes y manera de afrontar las cosas, incluso en el modo de expresarse.

Tuvo trillizas, y con las tres llorando en coro para mamar, hubiera querido tener tantas tetas cuantas tiene una perra, para alimentar a todas a la vez.

El primer hijo, Atahualpa, muchacho de veintidós años, no regresaba a casa hacía mucho tiempo. Una tarde,

algunos meses después de la guerra civil, se hallaba en un café con algunos conocidos. Hablaban de política y un volante subversivo pasaba de mano en mano, leído por todos con cautela. Delante de los vasos llenos discutían política a media voz, actividad más ampliamente practicada cuanto mayores las prohibiciones. Todos sabían que los tiempos no eran tiempos fáciles, por el contrario, eran demasiado peligrosos, por eso tenían necesidad de hablar, intercambiar ideas. Propagábase el rumor de que el coronel Emiliano Paz, desde el exilio, había enviado un mensaje a sus seguidores, numerosos, dicho sea de paso, haciendo un llamamiento a la resistencia.

Atahualpa San Juan echó de un solo golpe su vaso de chicha y despidiéndose, salió. Tranquilamente comenzó a caminar, despreocupado, el pensamiento entretenido en las charlas que se sucedieron en el café, de las cuales había participado con entusiasmo.

Pensaba en los problemas de su tierra y de su gente. En la realidad que se estaba viviendo, llena de contradicciones e incertidumbres. No había nada de romántico en su modo de pensar y actuar frente a toda aquella problemática, estaba plenamente seguro de lo que era necesario, suponía tener correcta visión de las cosas y en el modo de conducirse ante ellas.

No hacía mucho había estado, una mañana de fiesta, el día en que se conmemoraba la Fecha Nacional, junto al coronel Emiliano Paz — eran amigos — en el balcón de la municipalidad, mirando a la muchedumbre que aclamaba al entonces intendente. Se acordaba ahora de las palabras que intercambiaron, y de cómo los hechos habían demostrado que él, apenas un estudiante, tenía razón. Acaso el ex intendente se acordaría, también, no sin amargura, de aquella mañana de fiesta.

Mientras caminaba, los pensamientos se sucedían en una visión cinematográfica en su mente.

En reciente viaje en tren que hiciera había comprobado una vez más lo que se manifestaba por todas partes. Había poco trabajo pues las cosechas estaban terminando. En la estación las personas disputaban furiosamente los vagones de segunda y tercera clase, familias arruinadas, llenas de hijos, que se llevaban todos sus cachivaches: bolsas de arpillera llenas de ropas, valijas de cartón descolorido, palanganas, tachos de todo tipo, jaulas de gallinas. la patética escena como que revivía el éxodo y el embarco en el arca de Noé. Se marchaban hacia otras regiones en busca de trabajo que les garantizara su sobrevivencia por unos tiempos. Después volverían o, quién sabe, nunca más.

Las compañías extranjeras que explotaban las riquezas de la región — caña de azúcar, bananas, esmeraldas — pagaban salarios de hambre a la abundante mano de obra del lugar, a la vez que maniobraban para que en el mercado internacional el precio de esos productos se mantuviera lo más bajo posible. Y como la fuerza de trabajo era extremamente barata, sacaban, a raíz del hecho, enormes ganancias, explotando cada vez más a la gente y la economía de Manantiales.

Pero el pueblo, en su aparente ingenuidad simplona, analfabeto y sin instrucción elemental, sabía muy bien cómo era explotado — lo sentía en carne propia —. Porque, si por una parte, estaba privado de instrucción tenía, por otra parte, sabiduría que era, sin duda, proverbial y antológica. Siempre fue así, desde los tiempos del colonialismo horizontal hasta los tiempos actuales, del colonialismo vertical. Y como respuesta a tan descarada intromisión extranjera en su vida, el pueblo les brindara

con una cómica creación, verdaderamente fruto de la sabiduría popular con su ironía profunda y sencilla, contundente, su mordacidad folclórica y trascendental: había apodado a la República de los Monopolios Unidos de *Tío Taco*, como para indicar lo incómodo de su entremetido paternalismo.

Cada caña, cada banano, representaba una raíz apenas entre las millones que iban a alimentar los gigantescos estómagos de Moloc — auténticos sumideros — de las compañías extranjeras, chupándose la tierra y sus riquezas, fecundizada con el trabajo, el sudor, la sangre y el aliento de aquellos hombres enjutos de carnes, secos, pergaminos arrugados, deshidratados, tostados un poco todos los días por el sol inclemente que, despacito, despacito, los reducía a polvo hasta finalmente mezclarse un día a la tierra que pisaban con los pies inmensos, nudosos, agrietados, deformes, de rezumadores vegetales en putrefacción.

Y por si fuera poco, empezaron a llegar forasteros, decían pertenecer a una misteriosa misión religiosa — la Iglesia de los Novísimos Santos —. A mando de la *Hemo Cannibal Co.* — un monopolio extranjero ubicado en algún lugar, no se sabía donde —, compraban barato la sangre de los indios y campesinos andrajosos que nada más tenían para ofrecer en cambio de un puñado de monedas averdinadas, dinero de Judas que les permitía mermar un poco sus necesidades inmediatas. Además, los integrantes de la misión religiosa vacunaban a la población contra la viruela, poliomielitis, tifo, meningitis, malaria y qué sé yo, pero se denunciaba en círculos ilustrados que, con el beneplácito de las autoridades, se estaba llevando a cabo un plan infame de esterilización masiva para resolver los candentes problemas de la superpoblación, en la

opinión de los expertos en el asunto causa principal de la miseria, subnutrición, analfabetismo, desempleo, mortalidad infantil y otras lacras sociales, pues que tomando tales medidas se resolvería el problema, con las bendiciones de Dios Todopoderoso, pobres criaturas, esa gente no sufriría más y tendría paz y felicidad perpetuas en este mundo y en el otro, ¡*per omnia saecula saeculorum, amen*!

Había quien dijera, al cabo de algún tiempo, debido a la insistencia con que los dedicados misioneros de la Iglesia de los Novísimos Santos recorrían Manantiales, que sus actividades supuestamente religiosas y caritativas servían para encubrir turbios propósitos de espionaje y dominación, hecho utilizado como tema frecuente, entre otros, en las pintadas con que los estudiantes adornaban los muros de la ciudad, donde se leía: FUERA CON LOS MISIONEROS — AGENTES IMPERIALISTAS — ESPIAS DE TIO TACO y otras frases por el estilo.

Mientras tanto — hay quien diga que es para disminuir el sufrimiento de los pobres —, la República de los Monopolios Unidos, por medio de la Iglesia de los Novísimos Santos, enviaba regularmente gran partida de alimentos, leche en polvo para los niños y medicinas, como generoso donativo obtenido a través de cenas y tés de beneficio, organizados por damas humanitarias, todo con bastante publicidad y propaganda en los periódicos, para ser distribuídos en Manantiales obedeciendo al mismo ritual y ruidoso aparato publicitario, conjuntamente con la entidad asistencial local denominada Liga de la Virtud, para no haber resentimientos desnecesarios, ocasión única en que se unían distintas religiones pues, en los demás aspectos, continuaban competidoras degladiándose en la disputa de las ovejas descarriadas con el propósito de conducirlas al cobijo del rebaño.

El depósito de las instituciones de asistencia social estaba cargado esperando distribución. Como había tantas cosas, no haría diferencia si el presidente de la Liga de la Virtud, Bonifacio Moral, que en ese momento en su paseo vespertino había entrado en la iglesia para rezar, como todas las tardes, sacara de vez en cuando, de la cuota destinada a su asociación de caridad, uno u otro artículo de que necesitara para aprovisionar su despensa particular o atender a una necesidad personal.

Satisfecho consigo mismo por la oportunidad en servir a los pobres y humildes, ayudando a mermarles los sufrimíentos, llevaba en el rostro un visaje beatífico mientras rezaba arrodillado. Después se sentó, y de puro cansancio desmoronó sobre el banco en avalancha, los huesos rodando sobre sí mismos como piedras hasta acomodarse, levantando una nube de polvo.

El estudiante Atahualpa San Juan seguía caminando distraídamente, sumergido en los propios pensamientos. Salió del café donde había estado en compañía de amigos, la mente revolviendo problemas que consideraba ciclópeos para sus fuerzas jóvenes. Eso no le impedía que, a su debido tiempo, apreciara poesía y música, como casi todos los muchachos y muchachas de su edad. Y en aquel momento la figura del gran poeta Pablo Neruda se le ocurrió como un ángel combatiente, rebosante de amor en sus versos en favor del hombre sometido. Y las canciones de Violeta Parra, Victor Jara y Mercedes Sosa glorificando al nativo, al trabajador obrero o campesino, además de plegarias de combate, eran a la vez antorchas y espadas de fuego erguidas en la incesante búsqueda de la libertad de esta tierra aherrojada.

Pero él no se desanimaba. Sabía adonde todo aquello iba a llegar, acaso no estuviera vigilante. Consciente como

era, lucharía con todas sus fuerzas contra las pésimas condiciones de vida a que estaba reducido su pueblo, contra la brutal explotación a que era sometido por la oligarquía terrateniente, representada por el poder absoluto de los coroneles, sustentados por los monopolios extranjeros.

Lo que él más temía — temor compartido por mucha gente ése —, era que algún día su querida Manantiales fuera declarada zona estratégica y transformada en *República Libre Asociada de Manantiales*, con representante en el congreso de la República de los Monopolios Unidos sin derecho a voto, apenas en calidad de observador (lo que equivalía a ser aún menos que un cónsul *in partibus*), siendo de ese modo convertida en una virtual factoría de aquel país.

No, eso nunca sucedería. ¡No lo iba a permitir jamás! Había que rechazar la prepotencia gringa, el turbio y presunto destino manifiesto de aquel conglomerado monopolista, su sueño megalómano que consistía en la presunción de, progresivamente, anexionar estas tierras a su territorio.

Con el alma llena de melancolía, al tener tales pensamientos, empezó a silbar *Lamento Borincano*.

Se acordó de que antes de volver a casa tenía que hacer algo. La madre le había dicho que fuera a la casa de un compadre a hacer una diligencia. Y apresuró el paso alegremente, canturreando:

Yo defiendo a mi tierra
porque es mía,
porque es mía;
la defiendo de noche,
la defiendo de día.
De día me ayuda el viento...

En ese preciso momento fue abordado bruscamente por dos individuos. Sin que se percatara, habían estado siguiéndolo durante todo el camino. Fue agarrado por la fuerza y obligado a entrar en un coche que esperaba parqueado en el cordón de la vereda, detrás de él. Eran ambos policías, hombres de Hilario Carrasco. Nadie fue testigo del secuestro.

Así pues, desde aquella tarde, el estudiante Atahualpa San Juan no volvió más a su casa. Quedó detenido, acusado de actividades subversivas, permaneciendo arrestado desde entonces. La única prueba — si así se la puede llamar — que sirvió para incriminarlo, fue la carta que llevaba en el bolsillo en la ocasión, de una estudiante de la República de Sudáfrica con la cual mantenía correspondencia, que le narraba acerca de la situación de la población negra de su país, sometida a la minoría blanca y su política de segregación racial. La carta, denunciando el *apartheid* en Sudáfrica, sirvió para que lo acusaran de agitador.

Por él, en el momento, poco se podría hacer. No era el primero ni tampoco sería el último preso por motivos supuestamente políticos y de subversión. Había muchos en idéntica situación, siendo que los estudiantes, como él, lo eran en número significativo.

Tenía mucha lástima de su madre y del padre. Éste, entonces, necesitaría sacrificarse mucho más de lo que venía haciendo hasta allí. Pobre viejo, sería preciso vender aún más billetes, el bastón golpearía ahora con mayor amargura las piedras ingratas del camino; cabellos blancos vendrían a aumentar considerablemente el número de los que ya poseía.

Pero él tenía ánimo fuerte, no se dejaría abatir. De noche, después del trabajo, volvería como siempre a casa.

Sombrero en la cabeza, anteojos oscuros un poco torcidos, rostro de cobre y una expresión pilla en la fisonomía. Pasa bamboleándose, media sonrisa en el pensamiento mientras silba un calypso...

Lo peor que todo, y era eso lo que más dolía en el alma de Atahualpa San Juan, había sido no haber podido satisfacer la solicitud que la madre le hiciera: pasar por casa de un compadre que tenía una cabra para buscar leche a fin de alimentar a las trillizas, pues el de la madre empezaba a escasear...

VII

La campana de la iglesia sonó llamando para la misa de las ocho. Era domingo por la mañana y la población salió temprano de casa, sintiendo en el aire un aura festiva y luminosa.

Como siempre a esa hora, la iglesia estaba llena. La población concurría masivamente para rendir gracias al Creador por la semana que pasó y recibir bendiciones para la próxima que ya se anunciaba.

Los campesinos e indios llegaban con sus multicoloridos trajes de fiesta y grandes sombreros, llenando la iglesia iluminada por la luz que las vidrieras filtraban transformándola en un mosaico policromado.

La parte de arriba, donde estaba situado el coro, alrededor del órgano, la ocupaban los coroneles con sus respectivas familias, incluso el intendente con sus familiares, los guardaespaldas y la habitual grullada de pelotilleros. Estaban bien vestidos, principalmente las damas, con ostentación y soberbia. Antes de retirarse, no lo hacían sin que primero derramaran grandes sumas en las arcas de la iglesia, convencidos de que un lugar merecido en el paraíso debería ser adquirido sin regatear. Ello servía perfectamente para aliviarles la conciencia.

Como siempre sucedía, indios y campesinos llevaban

sus hijas y muchos de nosotros, en los buenos tiempos de muchachuelos, íbamos a la misa sólo para cortejar a aquellas vírgenes morenas de piel color de aceituna y cabellos de azabache, senos palpitantes como pequeños corazones entumecidos, que caminaban con felina languidez. Ellas llevaban ofrendas florales que entregaban al cura antes de la misa, exhibiendo con encanto, engastada en los cabellos negros, aún transpirando el rocío de la noche, una rosa rojo vivo como rubí. Esa era una dádiva puramente simbólica, tradicional entre aquella gente simple y humilde, instituída por el actual cura en cambio de otra suerte de ofrenda que desde el principio, al asumir sus funciones, había reprochado y luego trató de abolir.

Antes, cuando estaba el viejo cura — a pesar de la edad que tenía, setenta años y pico, creía quizás poder aún realizar excentricidades, por eso fue apartado, tras causar un gran escándalo —, la población india y campesina llevaba buena provisión de alimentos — frutas y panes — que eran recogidos por él antes de la ceremonia. Al nuevo sacerdote le había parecido degradante esa costumbre, viendo en ella nada más que vestigios feudales y triste servidumbre, sintiendo vergüenza al contemplar el cuadro de explotación en el cual hasta la misma Iglesia hacía su parte.

El cura Lorenzo Guzmán era joven y de ideas nuevas. Tenía treinta años bien vividos, gran experiencia y harto bagaje cultural. Había viajado mucho recorriendo distintos países y conociendo a muchos pueblos. Era de Manantiales y él, más que nadie, comprendía el alma grandiosa y sufridora del pueblo de esta tierra, en su humildad que no era servil, en la sumisión que no era derrotismo ni tampoco cobardía, en su altivez que no era falso orgullo pero apenas la paciente espera de un nuevo

día. Tiempo de promesas por las cuales anhelaban, profundas esperanzas por el tiempo nuevo que vendría inexorablemente, conquistado no sin luchas, sacrificios, renuncias, cuando entonces serían para siempre dueños exclusivos de su propio destino, constructores de su grandeza, alcanzando por fin la segunda y definitiva independencia.

Cuando regresó de su viaje, después de pasar tanto tiempo fuera, se sintió algo extraño. Pero luego superó esa incómoda sensación. Desembarcó en la estación del tren que lo había traído, ostentando la misma mirada distante de los forasteros recién llegados (parece que nadie lograba escapar a eso, tras una gran ausencia), con su valija de cartón rígido descolorido — el bagaje era mayor al regreso que a la ida, fruto de la experiencia acumulada —, sotana raída y lustrosa, el cuello blanco tieso, engrasado por el uso.

Una de las primeras providencias que había tomado, al asumir el puesto vacante, había sido abolir aquella costumbre anacrónica de la colecta de alimentos, sustituyéndola por la ofrenda floral. Deseaba con ese gesto de simbolismo poético, no destituído de sencilla belleza, significar apenas, proveniendo del oferente, pureza de sentimientos. En su decrepitud senil, el viejo cura no podía comprender esas cosas de costumbres feudales, quitándole a esa gente humilde lo poco que tenían, en vez de dar. Sí porque, según su modo de pensar, Padre Guzmán opinaba que la Iglesia actual tenía que dar, más que recibir. La dos veces milenaria Institución llevaba enorme responsabilidad sobre las espaldas, y era tiempo ya de comenzar a preocuparse con algo más que apenas la salvación individual.

Entre otros hechos singulares del viejo sacerdote estaba el haber mandado colocar en el vano de entrada de la iglesia, en el suelo, entre las columnas, rejas de hierro

con la forma y disposición de parrillas de asar carne, provistas de puntas levantadas como las trampas para cazar animales salvajes, teniendo por finalidad evitar que los mendigos fueran a dormir allí.

El viejo cura había sido apartado a tiempo, pero también para eso tuvo que suceder un escándalo de graves proporciones, caso contrario es probable que todavía permaneciera en el puesto, aunque ya empezara a chochear.

El hecho fue una verdadera explosión, se encendió y cundió como reguero de pólvora. Gritos de socorro salidos de la iglesia atrajeron personas que se encontraban en las cercanías y al penetrar en la sacristía cogieron en flagrante al viejo cura intentando violentar a una joven que había ido a confesarse. El cuadro, cómico y patético a la vez, era elocuente: la joven, semidesnuda, acorralada en un rincón; y el anciano, la sotana levantada, mirada famélica, babeándose, con una mano asía sus cojones flácidos intentando introducirlos entre los muslos de ella, mientras que con la otra la sometía con la fuerza de sus casi ochenta años.

El escándalo fue encubierto lo más posible, evitándose que la noticia llegara a los diarios. Si tal sucediera, el mundo conservador desmoronaría e Hilario Carrasco redobló su vigilancia para que la censura impuesta fuese rigurosamente obedecida por los periódicos y otros medios de comunicación.

Diariamente, menos los domingos, Padre Guzmán distribuía comida a los mendigos que iban a buscarla por la mañana a la puerta de la iglesia, puntualmente a las nueve, haciendo cola en orden, todos lata en la mano. Con frecuencia visitaba las villas miseria, los tugurios donde la indigencia reinaba soberana, transformando al hombre en mero animal gregario. La inmundicia, la promiscuidad, la

falta de condiciones sanitarias mínimas transformaba aquella gente en gusanos rastreros. Cuando realizaba tales visitas llevaba siempre algunas ropas y distribuía leche a los niños. Éstos lo miraban con curiosidad como si él fuera un ser superior. Pies descalzos chapaleando en el barro, nariz mocarrera, ojos grandes de lechuza, penetrantes como barrenas.

Sabía perfectamente que su gesto no resolvería el problema, sirviendo apenas para mitigarles el sufrimiento por un día. ¿Y los demás? Lo que ellos necesitaban no era caridad, sino justicia. Aquélla, la antítesis de ésta.

Enseñábales reglas elementales de higiene, cómo prevenir enfermedades y también a evitar hijos en demasía. Pero ¿qué provecho podrían sacar de esa enseñanza, principalmente acerca de cómo limitar la prole, si eran analfabetos, ignorantes? Le daba prioridad a esos temas, más que a las exposiciones religiosas, doctrinarias, porque sabía que en la situación en que vivía aquella gente era lo mejor que hacer. No sería apenas predicándoles la religión que iba a satisfacer sus necesidades más apremiantes. Porque, lo sabía bien, de nada servía predicar a quienes tenían el estómago vacío y faltaba las condiciones mínimas de vida, convenientes con la dignidad humana. En los tiempos bíblicos quizás lo contrario fuese verdad, pero en el siglo veinte ya no cae maná del cielo.

Veía como única salida para el candente problema social de la miseria que tenía delante de sus ojos, el cambio radical de las estructuras sociales. La eliminación de los latifundios, la reforma agraria con la consecuente distribución de las tierras que se hallaban en manos de la oligarquía nativa y los monopolios extranjeros, dueños de las compañías que se chupaban las riquezas naturales de la región y explotaban el trabajo esclavo de la población

india y campesina. La creación de cooperativas de producción, la institución de asistencia médica y sanitaria gratuitas, erradicación del analfabetismo a través de la enseñanza libre para todos...

Pero ¿para qué soñar? Lo había visto con sus propios ojos y había sentido los efectos que tales cambios ocasionaron, cuando fueron intentados por el entonces intendente, coronel Emiliano Paz. El resultado: la guerra civil, la más cruenta jamás deflagrada en estas tierras. Entonces, ¿qué hacer? No podía aceptar simplemente la idea tradicional de que Dios permitía todos aquellos sufrimientos con el objetivo de premiar en el más allá, aquellos que pasaban por la prueba. Y aunque fuese así, seguramente no iría anatematizar con el eterno suplicio a quienes se sublevaran contra la opresión, luchando para alcanzar la libertad, utilizando la violencia justa del esclavo que se rebela y responde a la violencia injusta del amo que lo somete. No era difícil concluir acerca de la moralidad de una y otra acción. El propio Cristo fue tomado por la ira y utilizó la violencia contra los mercaderes del Templo. Seguramente, uno de los momentos más sublimes, porque más humanos, de su vida. Y Javeh, cuando envió la muerte alada para segar la vida de todos los primogénitos de Egipto, en el silencio de la noche, mientras dormían inocentemente, nada más tuvo que un gesto político que influenció toda la historia de un pueblo, liberándolo del cautiverio.

Los tiempos lo estaban exigiendo — pensaba —, al lado de la salvación individual era necesario promover la salvación social.

Padre Lorenzo Guzmán era de los primeros, entre los muchos sacerdotes que vendrían después, formando amplio movimiento de renovación dentro de la Iglesia, en pugnar por la liberación del hombre.

El destino de aquella gente siempre estuvo en manos de los poderosos, que se alimentaban de su cuerpo y su sangre con la avidez y empeño con que los buitres devoraban la carroña.

El dinero, ese dios omnipotente y maldito, era quien gobernaba sus actos y mentes. Cada billete llevaba impresas líneas invisibles que, en una retahíla sin fin, narraban la historia de la humanidad: crímenes, traiciones, explotación, esclavitud, chantaje, asesinatos, guerras, genocidios... Todo eso estaba allí plasmado en letras sangrientas, desde el drama social hasta el individual.

En aquel momento, mientras celebraba la ceremonia de la misa, sus ojos posaban, al volverse hacia los fieles, en la muchedumbre que llenaba la iglesia. La gente sencilla, indios y campesinos, en la parte de abajo, ocupando los bancos sin ningún lugar vacío. Arriba, en el coro, los coroneles con sus mujeres e hijos, además la traílla de guardaespaldas y el indefectible séquito de áulicos, luciendo todos una dignidad vacía.

— *Dominus vobiscum* — pronunció el sacerdote, brazos levantados, las palmas de las manos vueltas hacia adelante, fisonomía triste.

— *Et cum spirito tuo* — respondió el monaguillo.

Y pensar que él, Padre Lorenzo Guzmán, defensor de los humildes, guía espiritual de los oprimidos, no era bien visto por los coroneles, que habían hecho presiones para que fuera reemplazado. Pero eso era bastante comprensible, llevándose en cuenta los intereses que había en juego y quienes se iban a beneficiar con su alejamiento. En efecto, las presiones eran cada vez mayores y Padre Guzmán había sido aun amenazado, por sus superiores, de ser transferido a raíz de su modo de pensar "muy avanzado". Sería, acaso no optase por la moderación, gentilmente

brindado con el puesto de misionero en Jebanda, seguramente el último lugar habitado antes de los confines del mundo.

La misa terminó, los fieles se retiraron y la iglesia quedó vacía otra vez. Despojado de los paramentos, Padre Guzmán fue hasta la puerta de entrada del templo, donde estaba el pequeño cementerio, mientras el monaguillo apagaba las últimas velas en el altar. Permaneció parado bajo el blanco rosetón, meditando, el pensamiento muy lejos de allí, encuadrado por el umbral de la gran puerta marrón que contrastaba con el color rojizo de los ladrillos de la pared exterior. Delante de él alineábanse las cruces de los que habían ido a fecundizar la tierra. El musgo cubría la mayor parte de las sepulturas y cruces, erguidas como brazos pidiendo ayuda. Y se acordó entonces de los terribles sucesos de algunos años atrás, cuando se desencadenó la hecatombe, la barbarie humana desatada por la ambición desmedida de riquezas, por los intereses sin escrúpulos de los que poseían mucho y querían siempre más contra los que nada poseían y aspiraban a un poco apenas, para que la vida no les fuera tan pesada, un fardo opresivo llevado sobre las espaldas. Volvió a ver en la pantalla de la memoria las escenas horrendas que caracterizaron aquel período. Los excesos practicados por los vonservadores en su orgía de sangre, los arrestos a las puertas de la iglesia de aquellos que en desespero venían a buscar asilo en la casa de Dios, pero de nada les servía, los esbirros de los coroneles los sacaban por la fuerza hacia afuera porque en la actualidad, en pleno siglo de la luz, irónicamente, no existía más el derecho de asilo en la iglesia, como ocurría en los tiempos oscuros de la Edad Media, cuando los perseguidos estaban protegidos por la ley del asilo al refugiarse en un templo religioso. Y los

fusilamientos sumarios, por la espalda, que se seguían, en cualquier rincón de la ciudad, cuando tras liberar prisioneros en los cuales no se hallara ninguna implicación con el enemigo, se les ordenaba correr sin mirar hacia atrás, y ellos sin sospechar corrían como locos deseando volver finalmente a casa, contentos, aún tomados por el gran susto por el cual acababan de pasar, hasta que una ráfaga a quema ropa los derribaba porque, como cualquier eventual observador de la escena podría testimoniar, habían sido abatidos por intentar resistir al arresto y escapar.

La pátina se había formado sobre los cadáveres como en viejos candelabros de cobre. El musgo recubría los muertos, largamente expuestos al aire libre por todo lado, dándoles aspecto de troncos podridos. Y los presos en los calabozos, los estudiantes desaparecidos que las familias buscaban en vano dándoseles como respuesta únicamente que habían sido trasladados hacia otro lugar, las cárceles rebosantes de presos políticos, muchos por simple sospecha, acusados de subversivos y agitadores, entregados a la saña demencial de Hilario Carrasco que practicaba en ellos las más variadas torturas, especialmente una de su invención y particular preferencia, que consistía en introducir una coronta de choclo en el ano del preso, deliciándose con la escena y el sufrimiento de la víctima, cuando no la asesinaba él mismo, hecho por el cual era llamado de *carnicero*. Además, a fin de completar el ritual de sadismo y pervertido humor, le colocaba una moneda en la boca al muerto, bajo la lengua para que, como solía decir, con el óbolo pagara el pasaje en la barca de Caronte.

Y todo eso sucedió, difícil de creerlo, cuando la orgía de sangre subía a la cabeza y transformaba a los hombres en fieras que se degollaban por motivos de lo más triviales... Y cuando visitantes foráneos y turistas llegaban

a la iglesia, hacían toda suerte de preguntas; sin embargo, lejos estaban de sospechar acerca de los sucesos que tuvieron lugar delante de aquellos muros, cosa que además todas las piedras de la ciudad habían presenciado, y se les contaba hechos inofensivos, historias inocentes, como aquélla del sacristán que, hace muchos años, en los primeros tiempos del pueblo, fue a medianoche a tocar la campana para sonar las horas (no existía aún la luz eléctrica); caminaba despacito, el corazón en suspenso, arrastrándose por las paredes del pasillo que llevaba al campanario, transido de miedo de los que estaban enterrados allí cerca pues, se creía, sus almas de noche vagaban por la iglesia desierta. Al descender algunos escalones, de vuelta, se sintió súbitamente erguido en el aire, por detrás; alguien o alguna cosa lo había agarrado por la vestimienta y lo mantenía adosado a la pared, pendiente como un chorizo. Al día siguiente lo encontraron estático, en la misma posición, ojos desencajados, muerto de pavor. El infeliz colgaba de un clavo que, accidentalmente, se le había enganchado en el hábito.

Verdad o leyenda, eso agradaba a los visitantes, a los turistas, que iban allí apenas a satisfacer la curiosidad. A veces, pensando en las lacras del mundo, como en aquel momento, Padre Guzmán se desilusionaba. Tenía ganas de abandonar todo y desaparecer, evaporarse, buscar refugio y descanso en alguna isla perdida del Pacífico, cuyo único lazo de comunicación con el resto del mundo sería una barrica de correspondencia atada en lo alto de un coquero, por donde pasa un buque al mes para recoger las cartas. Pero no, el valor no estaba en huirle a los problemas; por el contrario, estaba en hacerles frente, resolverlos. Dios no debería haber usado su prodigiosa imaginación para crear tantos males que pesan sobre el hombre, sin hablar de las

enfermedades, como si éstas, por sí sólo, no bastaran para amargarle la existencia.

A pesar de todo — pensaba —, hacía falta "vigilar y orar", como aconsejara Cristo. — "¡Y luchar!" — agregó con tesón, puño cerrado, los labios moviéndose en muda oración, sorprendiendo a sí mismo, mientras contemplaba el cielo que se iba adornando de nubes blancas con centelleos de luz, a la vez que, girando sobre los talones, cruzaba de vuelta, alucinado, el portal de la iglesia.

VIII

Todas las mañanas tempranito la maestra acogía a los niños (guardapolvos blancos almidonados) de la escuela normal con el saludo rutinario y la sonrisa solícita, maternal, haciéndoles formar fila ante el mástil de la bandera donde dos alumnos ayudaban a izar el símbolo de la patria — uno mantenía el pabellón y el otro tiraba el cordel —, al son del Himno Nacional, reproducido por medio de un disco tocado en una vieja vitrola.

¡Cuántas frustraciones no tuve yo a causa de eso, porque nunca me elegían para ayudar en el izamiento de la querida bandera! Si bien lo recuerdo, he participado una única vez: fue para sostener el pabellón. Puedo decir que aquel día me sentí verdaderamente feliz.

Aquella época tenía como cinco años y frecuentaba el jardín de infantes. Recién había salido de un mundo diferente, de una casa patriarcal de gente simple que vivía modestamente, en la pequeña ciudad donde casi todos sacaban la subsistencia del pequeño comercio, de la industria casera y artesanía o de la tierra, gente que amaba la vida y la naturaleza, apegada a las tradiciones y la familia, en el refugio del hogar durante los días de invierno, donde los porotos blancos cocían en la *pigneta*, un olorcito de buena comida flotaba en el aire, y la despensa siempre llena de quesos y embutidos, jamón y chorizos,

aceite de oliva, harina de trigo, vino, todo eso actualmente situado muy lejos y perdido en el laberinto del tiempo, ese verdugo insensible, y hoy en los escondrijos empolvados de la memoria sólo quedó la visión imaginaria de los ratones jugando al trapecio en los cilindros de madera pendientes de alambres que cuelgan del techo, donde antes pendían las longanizas. Y la ventana que daba hacia la calle angosta, de pavimento irregular, grandes piedras lisas por sobre las cuales el agua de la lluvia rodaba en espumarajos amarillos, espectáculo digno de apreciarse, teniendo como escenario el cielo negro surcado por intermitentes relámpagos, seguidos de truenos como si fueran piedras ciclópeas precipitándose en avalancha. Y luego en frente, visto desde la ventana, había un pequeño espacio o plazuela por detrás de la cual se extendía una calle en declive, donde pasaban las mulas cargadas con leña u otras mercancías, jadeantes, sudando y resollando, cuando el conductor las golpeaba en el anca con la mano abierta o con una varilla a fin de obligarlas a aumentar la velocidad para vencer la escarpa, y las mulas empezaban a trotar, huesos crujiendo, bufando y pedorreándose bajo la pesada carga que las mantenía sometidas a la doméstica servidumbre de bestias de transporte.

Varias veces presencié cómo pisaban la uva para hacer vino. Personas se reunían en un galpón allí cerquita donde había una tina en el centro del recinto, aislada e imponente como un púlpito; un hombre entraba en la tina y con los pies descalzos, bien lavados, empezaba a exprimir las uvas. Yo me quedaba observándolo, encantado con lo que hacía, impresionado cuando, después de algún tiempo, terminada la faena, lo veía salir con los pies y las canillas manchados por un líquido rubro morado, entonces extraña sensación me asaltaba, luego lo veía lavarse y

ponerse los calcetines y los zapatos. A mi mente de niño le extrañaba el proceso rudimentario en el cual participaban exclusivamente miembros tan inferiores para fabricar el dulce licor de Baco.

En las mañanas de sol se presentaba en la plaza un hombre que llevaba colgados ollas y tachos para vender o cambiar por cereales, comentando entre una permuta y otra las novedades recogidas por los lugares por donde pasaba en calidad de heraldo itinerante. Cuando me llevaban hacia los campos, en la fiesta de San Roque, y todos, sentados sobre la hierba, comían sandías hasta hartarse, había feria donde se vendía de todo, recuerdos, buhonerías, objetos de artesanía, bestias de carga, la banda municipal tocaba, pasaba la procesión, cerca corría un riachuelo impetuoso que bajaba de la montaña, sobre él un puente de hormigón, justo en la curva de la carretera, donde los ciclistas pasaban, algunos a gran velocidad, muchos cayeron en el riachuelo porque no lograban hacer la curva pues la amurada era baja y la muerte certera en las piedras del torrente.

Pero todo eso ha quedado irremediablemente hacia atrás. De un momento a otro, en la incomprensión de mis primeros años de vida, me he visto de repente en otro lugar. Otra vida, otra gente.

En el jardín de infantes había un pavo real que abría su abanico majestuosamente, y todos nosotros en el recreo lo contemplábamos admirados. Todas las mañanas era la misma cosa; antes de empezar las clases, izamiento de la bandera y ejecución del Himno Nacional. La maestra, Doña Raquel, edad mediana, alta y delgada, cabellos cortos castaño vivos, voz grave y autoritaria, nos preparaba para ingresar en la vida. Las primeras letras, a veces labores manuales, canciones alternadas como *La Violetera*, la

merienda hecha en una mesa larga llena de platillos donde había manzanas cortadas en pedazos pequeños, tapados con servilletas para evitar las moscas porque transmitían enfermedades, mientras íbamos antes que nada a lavarnos las manos. Después de la merienda nos cepillábamos los dientes en un bebedero colectivo, sólo entonces salíamos al patio para el recreo. De vez en cuando teníamos el teatro de títeres, que era muy bueno y me gustaba inmensamente, o películas de dibujos animados con los cuales la maestra nos divertía, casi siempre del ratón Mickey, contribuyendo, sin querer, prematuramente, en adormecer nuestras pequeñitas conciencias a través de la tenue e inocente imposición de una cultura extranjera; mas, también, por qué no decirlo, cómo me gustaban a mí aquellas películas, entre una y otra cosa un regaño que la maestra nos daba (ya no me acuerdo del motivo), diciendo que le hiciéramos pasar un papelón... Y durante la Fiesta Nacional usábamos con orgullo la escarapela, y la visita a la feria agrícola para ver el progreso alcanzado en el sector de las máquinas del campo que aumentaban y mejoraban la productividad, pero qué sabíamos nosotros de eso, aunque nos gustara estar allí, y el festival de niños para el cual se llenaron varios buses, y la presentación en el palco, yo disfrazado de niño holandés, detrás de las bambalinas, antes de entrar en la escena, Doña Raquel me pasó el lápiz labial, y yo muerto de vergüenza me presenté en el palco con otros niños ejecutando una danza típica estilizada en un corro, brazos levantados en compás, oscilándolos en una imitación del movimiento de la hélice de los molinos de viento.

Aprendí a leer rápido porque siempre que me llevaban a paseo o todas las mañanas camino de la escuela devoraba con la curiosidad infantil llena de excitación y

encantamiento los grandes carteles de anuncios coloridos que había por la calle. Por otra parte, yo era empecinado y quien pagaba por eso era mi maestra particular, Doña Amelia, cuyas clases pasé a frecuentar más tarde, cuando estaba en el primer grado inferior. Mi obstinación se originaba de un raciocinio lógico típicamente de niño: quería a toda costa hacer las cuentas de la izquierda hacia la derecha, porque de ese modo se escribía. Enojaba a la maestra por ser recalcitrante. Hasta hoy tengo ese problema de obstinación: cuando pongo una idea en la cabeza sólo me la quito al lograr realizarla; es una suerte de testarudez (¿buena o mala?), firme determinación, perseverancia. A veces la idea es como un clavo en la pared, tan profundamente enclavado que puede oxidarse pero no sale, a no ser que la realize, lleve cuanto tiempo lleve. Ella, la maestra, era joven, soltera, cojeaba de una pierna y vivía con el padre, viejo y enfermo. Cuando me fui a despedir para marcharme, acompañado de mi padre, ella me dio su tarjeta de presentación con el nombre impreso y la dirección y además un cofrecito de terracota en forma de gallo. Nunca le escribí una línea siquiera...

Siempre que salía a paseo con mis padres me hacían comer manzana partida con cucharita, durante todo el camino, cada dos pasos un bocado, la cual mi madre llevaba en el bolso. Casi siempre yo vestía la indefectible ropa marinera, de la cual mucho me orgullaba; después de tanto camino, al sentir ganas de orinar, lo hacía sin cumplidos en las gomas de los coches parqueados, mojándolas con meados calientes, extasiado al ver los camellos que el chorro dibujaba sobre la rueda de caucho.

En casa, para que yo obedeciera, inventaron una entidad sobrenatural, mitológica: El Turco. Antes de comer me obligaban a tomar aceite de hígado de bacalao para

crecer fuerte, la cuchara de alpaca quedaba impregnada con el olor de pescado, y no podía dejar comida en el plato.

Cuando no salía a jugar, descontado el tiempo para hacer los deberes, me encantaba la revista *Billiken* e insistía en pronunciar "ápiz" en vez de "lápiz". Una ocasión me quedé largo rato en silencio observando el anciano jorobado lustrando el piano en el centro del patio; hacía mucho calor y una gota de sudor pendía de la punta de su nariz ganchuda, cae y no cae, mientras se curvaba casi hasta tocar la nariz en el piano para ver si estaba bien lustrado, la gota temblaba queriendo desprenderse, observando la propia imagen en el espejo del lustre y yo temeroso de que la gota de sudor le arruinara el trabajo, sintiendo el fuerte olor de laca que se desprendía.

Había mañanas en que los mendigos golpeaban en las puertas, una por una, para pedir comida y nosotros niños les dábamos con la puerta en la cara con ruido, nos moríamos de risa, irritándolos, después corríamos asustados con las facciones de fiera rabiosa que tomaban; o venían las gitanas que pasaban casa por casa para vender objetos y leer la suerte.

Se seguían los cortejos fúnebres, los coches pomposos, negros o blancos, según se tratara de un adulto o niño, cristaleras con ruedas, que desfilaban con imperial serenidad, tirados por parejas de caballos negros lustrosos, impecables en sus arneses ricamente enjaezados de plata, erectos, conducidos por cocheros de frac y chistera, enderezados, los carros cubiertos por coronas de flores, dejando un rastro ritmado de cascos sobre las piedras del pavimento. Aquellos cascos de hierro entonarían aún lúgubres en mi corazón con la primera terrible conmoción, el primer encuentro con la muerte; fue por casualidad que

oí la noticia transmitida por una vecina a otra, así por comentar, no sin asombro y desconsuelo, que era una gran estupidez lo sucedido, imagínese, el pobre niño, tenía más o menos mi edad, compañero de juegos, se cayó de la bicicleta e hirió la rodilla, luego empezando a sangrar; para ocultarle lo ocurrido a su madre, si no ella le brindaría con una paliza, en su inocencia de niño cubrió la herida con tierra; el resultado no se hizo esperar, rápido como el rayo el veneno fatal del tétano progresó en su pequeño organismo acaeciendo la muerte. Fui al velorio, la primera vez que yo asistía a la soberana realeza de las tinieblas, en la cámara ardiente de la sala de su casa, forrada de flores por las paredes y alrededor del pequeño ataúd, la familia inconsolable, sin saber qué hacer, como loca que perdió el sentido de la existencia; me impresionó profundamente la majestad de la muerte, en medio al penetrante olor de los jazmines, y su hálito fétido me envolvió completamente; el diminuto cadáver de mi compañerito yacía en serena placidez, en el rostro suave y angelical un mensaje de paz y el adiós mudo que duraría para siempre; me marché de allí echándole una última mirada triste, por primera vez tenía el pensamiento sumergido en la gravedad de las cosas, en lo cuánto pesaba la vida, al volver la espalda a mi pequeño amigo inmóvil en su rigidez de piedra murmuré un último adiós, sentía lúcidamente que dentro de aquel ataúd, junto al compañero de infancia, sepultaba mis primeras ilusiones.

Por la tarde pasaba el vendedor de churros pedalando su carrito, en el aire el delicioso aroma de churros calientes. Y la morena exuberante con su sonrisa constantemente a flor de labios, boca entreabierta mostrando los blancos dientes, hilera de perlas luminosas, se ganó el apodo de Churro Lindo (¿qué sabía yo entonces de esas cosas?),

parodiando el pregón del vendedor; ella venía todas las tardes sembrando inquietudes y temblores inconfesables.

En el carnaval se hacían guerras con agua, en las veredas niños y a veces gente grande tiraban agua en los pasantes incautos, como hicieron con la mujer que barría tranquilamente en la esquina, un coche paró y desde adentro le arrojaron un balde de agua encima empapándola como a un pollitó, luego partieron en disparada meándose de tanto reir, hijos de una gran puta, dijo ella, entrando en su casa con la escoba, hirviendo de rabia, para secarse. A mí me vivían amenazando en meterme con la cabeza dentro de una bañera llena de agua, explotando mi claustrofobia y divirtiéndose mucho con el terror infantil que ello me causaba.

En el patio de mi casa había un viejo limonero, cuando florecía exhalaba su fuerte perfume cítrico; después, cubría todito el suelo con sus pequeñas flores blancas perfumadas. Las orugas de mal olor infestaban el árbol en ese período. Muchas veces yo agarraba la escoba pra barrer la alfombra de flores de penetrante perfume meditando acerca del hecho de trabajar y ganar dinero, la íntima relación que había entre las dos cosas, y por qué yo nunca ganaba dinero, mis bolsillos estaban siempre vacíos, si a veces trabajaba, como en aquel momento en que barría el patio, pues ¿no era aquélla una forma de trabajo? ¿Cómo entonces se ganaba ese tal dinero? Me imaginaba que cayese automáticamente del cielo o se materializara en los bolsillos, por arte de magia, luego de terminar la tarea. Me decían también, cuando perdía un diente, que lo colocase debajo de la almohada, pero al día siguiente no encontraba ningún dinero, algo no marchaba, la teoría económica no funcionaba, así barrí el patio no sé cuántas veces y perdí uno por uno todos mis dientes de leche sin

jamás haber ganado dinero, según me aseguraban. Pero luego olvidé el tema, no me desilusioné, porque en las fiestas de Navidad y Año Nuevo toda la familia se reunía, teníamos lechón asado con rodajas de limón en el horno de ladrillos y otros deliciosos manjares; a nosotros niños nos regalaban huevos de chocolate, caramelos y confites, y la fiesta terminaba con los fuegos artificiales que duraban hasta pasada la medianoche. El día seis de enero, Día de Reyes, encontrábamos regalos en el lugar apropiado donde en la víspera habíamos puesto un cachito de heno y un jarro de agua con el fin de alimentar y saciar la sed de los camellos de los Reyes Magos; al otro día sólo había unos restos de heno indicando que los camellos habían comido y el jarro estaba vacío indicando que también habían bebido dejando el tacho impregnado con el fuerte olor de camello. Ocasiones había en que mataban un gallo y antes del sacrificio daban al animal una copita de aguardiente para ablandar la carne; una vez decapitaron a un ganso, la cabeza quedó inmóvil al suelo y el cuerpo fue caminando hacia el reguero de la cochera, una distancia de unos dos metros, agitándose en espasmos de agonía, la sangre borboteaba en chorros calientes, entonces pensé cómo podía un animal moverse con tanta seguridad si no veía nada, estaba ciego, y sin embargo parecía saber adonde iba, en dirección a la cabeza recién seccionada. Un día me llevaron a comprar un lechón, a las afueras de la ciudad, porque las fiestas se acercaban y era necesario hacer los preparativos; nos fuimos a una hacienda a comprar el animal, los niños me miraban curiosos, quién será ese forastero, ellos tímidos y yo también, metidos en ropas pobres y sucias, después se cansaron de mirarme y se alejaron corriendo en el medio del campo de trigo donde había un camino en línea recta, perdiéndose de vista, en

dirección a las colinas, por donde pasaba el ferrocarril.

Al lado de la caballeriza, en el patio de casa, enfrente del lugar donde se mataba el cerdo, había un tanque grande de cemento donde se arrojaba el estiércol de la cochera, y cuando estaba lleno un camión venía a buscarlo; servía para fabricar ladrillos, después de mezclado con paja, formando fuerte liga, y el muladar lleno de boñiga de caballo,,tapado con tablas para evitar las moscas, asimismo exhalaba su olor de pasto fermentado en las vísceras, recordando campos lejanos, salpicados de frescas lagunas al sol de la mañana, ganado pastando o rumiando a la sombra de los árboles, la brisa trayendo aroma de tierra mojada y libertad. Al lado de la canilla del patio había el bebedero de los caballos, también de cemento; un día coloqué allí la paloma blanca para ver si sabía nadar, tenía esa curiosidad desde hacía mucho y decidí hacer la experiencia, el pobre animalito batió alas, que habían sido cortadas para que no volara, se agitó bastante luchando para no hundirse, inclinándose hacia un lado, estertorando, se quedó así por unos cinco minutos, hasta que vino alguien y lo sacó de allí, reprochándome que eso era cosa que no se hacía, la paloma se quedó al suelo alicaída, mareada, no podiendo caminar por un buen rato, batiendo alas en vano hasta dominar otra vez el equilibrio normal de su cuerpo, y yo arrepentido me prometí nunca jamás volverlo a hacer, esa gran maldad, con el pasar del tiempo, aun actualmente, me acuerdo de vez en cuando de aquel episodio, principalmente cuando la paz está en peligro, moribunda, me sirve de alegoría, como una fábula, que la paz no puede ser eliminada porque, aun a duras penas ella sobrevivirá, como la paloma blanca que arrojé en el bebedero de los caballos y luchó, luchó, resistió tenazmente, hasta que fue salva.

En la época mi padre poseía, juntamente con un socio, una pequeña fábrica de calzados y taller de compostura, y así íbamos viviendo como podíamos, honestamente y con esfuerzo porque, al contrario de otros que enriquecían con facilidad, parece que el viejo e ingenioso Mercurio, protector de los comerciantes y ladrones, le ignoró completamente, pues él no sabía robar.

Fue una mañana cualquiera que él me preguntó, así por decir, como pensando en voz alta, por qué no llegaban cartas de mi abuelo, el padre de mi madre, que se encontraba tan lejos, del otro lado del mar de los atlantes, ya había pasado tanto tiempo y nosotros sin noticias, entonces yo le contesté bruscamente como si alguien hubiera contestado en mi lugar, utilizando mis labios, con la visible certidumbre difícil de encontrar en un niño de seis años, que seguramente él había fallecido. Mi padre me miró sorprendido, como aplastado por la pronta respuesta, y me dijo que me callara y no dijera tonterías, pero unos días después llegó una carta confirmando mi premonición, y entonces oí mi padre decir al socio que aquella mañana mi respuesta le cayó como una piedra, y sin embargo, para ver como son las cosas, lo que dijera el niño ingenuamente de hecho había ocurrido. Muchos años después él me mostró, desde la puerta del cuarto donde yo me encontraba escribiendo, la mano llena con algo que no conseguía ver exactamente lo que fuese, a causa de la distancia de unos metros; él me preguntó ¿adivina lo que Pasquale me dio?, el carnicero de al lado, y yo sin pensar contesté con aquel mismo extraño impulso, inducido como si tuviera completa certidumbre, son cerezas, dije, y él se quedó asombrado de sorpresa, ¿cómo adivinaste? y yo no supe decírselo. Y aquella mañana en que yo miraba el trabajo de fabricación manual de los zapatos, cuando repentinamente se oyó la

explosión en la casa al lado, corremos todos allá y lo que vi me dejó mareado, accidentalmente había estallado un sifón de soda, la vecina chocó con la pierna derribándolo, el impacto hizo estallar la botella y un pedazo de vidrio le cortó la pierna, tajo grande en forma de media luna; por toda parte la sangre derramada, gritos de dolor, las paredes salpicadas de rojo, aquí y allí charcos de varios tamaños sobre las baldosas del soportal, poco a poco se iban coagulando, retiraban la sangre con la pala para ir a echarla en el inodoro y escurría otra vez al suelo, mientras llevaron la mujer a toda prisa al hospital, tras hacerle mi padre un torniquete en la pierna utilizando un pedazo de manguera de caucho. El líquido vital formaba ya una suerte de nata gelatinosa, empezaba a aparecer en la superficie de los charcos fina membrana muy parecida a la que envuelve el hígado de los animales abatidos. En el aire el olor de sangre era intenso, olor ferruginoso, húmedo y de cosa viva, olor de tierra mojada. Cuando llueve, aun actualmente, después de tantos años, me acuerdo de aquel día, al sentir en las fosas nasales el aroma de tierra empapada.

Y había el problema del inmigrante, el apodo de *gringo* y la humillación que ello traía a nosotros, "hombres de la otra banda"; como si no hubiera bastado da larga travesía del mar de los atlantes, el mar siempre verde, los ojos fijos en la estela de espuma blanca, inmóvil en la cubierta superior del buque, entre las sillas de tijera, esa gente que hablaba mal de los que aquí arribaron apenas con la ropa que llevaban encima y mucha esperanza, haciendo mala opinión de ellos, despreciándoles, pensando desde el hondo de su ignorancia que ellos venían acá tan sólo para llenarse los bolsillos y explotar a los naturales (a lo mejor algunos o la gran mayoría de los inmigrantes que

tienen negocio roban, pues sin robar al cliente o explotar al empleado difícilmente se llega a prosperar. Pero eso es nada comparado al robo descarado que acá llevan a cabo las compañías y monopolios extranjeros sin que muchos se dén cuenta o siquiera les interese saberlo, ¡esa es la verdad!). A veces en medio a interminables charlas entre frecuentadores de cafés se tocaba el asunto en la falta de otro más interesante, las opiniones se dividían, acalorábanse los ánimos, aquellos que defendían a los provenientes de otras tierras así argumentaban, lo que esa gente no quería era ver que los inmigrantes dieron su parcela de trabajo — y no fue pequeña — jodiéndose desde la mañana hasta la noche para conseguir el sustento de la familia, contribuyendo también para el desarrollo de estas comarcas. Esa gente parlanchina acusaba a quienes no debía, pues quien los explotaba realmente no eran esos pobres diablos recién llegados, sino las grandes compañías extranjeras que día a día se chupaban los recursos naturales de la región en un verdadero saqueo imperialista. Pero con el tiempo esa mentalidad iba cambiando, porque más y más gente iba comprendiendo.

No sé decirlo cómo me encontré de repente en la taberna *El Corsario Rojo*, delante de una botella de vino, hace ya mucho tiempo, no me acuerdo exactamente cuándo. Fui alineando los pensamientos como si ellos tuvieran ruedas, sobre rieles que se perdían en la inmensidad de los campos, más allá del valle, de las montañas, recorriendo de un extremo al otro esta tierra mestiza y siempre buena. Esencialmente no importa lo que yo diga,

lo que yo piense o sienta, lo que escriba, mismo porque en aquel momento estaba solo y la cosa caía bien con una botella de vino. Y además, ¿por qué no dejar los hechos hablar por sí mismos?

Un inmigrante atrae al otro como el imán atrae al hierro. Y fue así que también Lavinia Vanini acá llegó.

En el comienzo fue difícil, es siempre así, pero el tiempo se encargó de limar las asperezas. Prima de Loredana — tenían la misma edad —, era hija de la hermana de la madre de ésta. Vino a residir en Manantiales con la familia, algunos años después que el Prof. Gallius emigró. Se recibió de maestra elemental y enseñaba en la escuela normal. Al contrario de su prima, poseía espíritu inquieto y dinámico, dedicándose enteramente y con placer a la tarea que había asumido, la de suministrar conocimientos básicos a los niños de la escuela normal; para ella no se trataba simplemente de educar, sino transmitir cultura, enriquecer el espíritu de los chicos desarrollando sus potencialidades humanas y colocándolos en una posición en confronto con el mundo y el papel que el individuo representa, como sujeto de una realidad trascendente y en continua evolución.

Luchaba con grandes dificultades para llevar adelante su misión, y lo hacía con dedicación y coraje; luchaba por mejores condiciones de enseñanza, teniendo que enfrentarse las deficiencias de siempre, la falta crónica de material para enseñar, pensando con amargura que la propaganda oficial sobre el tan decantado progreso no pasaba de un globo inflado, los programas de merienda escolar, libros y

cuadernos gratuitos estaban sólo en el papel en realidad, como debería ser, nada. Varias veces solicitó audiencia con el intendente y con gran esfuerzo obtuvo dos, entrecortadas por largo espacio de tiempo, necesitó someterse a esperar horas para ser atendida, enmohecerse en la sala de espera hojeando revistas viejas llenas de propaganda, fotos en colores de inauguraciones de obras en beneficio de la colectividad — la mentira colorada, como la llamaban algunos —, en las cuales aparecía el coronel Justiniano Justo metido en su uniforme de gala, la cara de ratón destacándose de entre las demás, acompañado por la indefectible caterva de nulidades, fue a llevarle directamente las quejas, el intendente prometió ayudarle, solucionar el problema, había que tener paciencia, pero en verdad los esfuerzos de la maestra no resultaron. El tiempo fue pasando y la situación continuaba igual. Antes, cuando estaba en la municipalidad el coronel Emiliano Paz, éste sí, ayudaba lo mejor que podía a la escuela, consciente de que la cultura era prioritaria, una de las necesidades primordiales de un pueblo. Durante su administración la maestra ganaba relativamente bien, lo que le permitía vivir con dignidad; recibía el salario sin retrasos, como así también, de la misma manera, el coronel pagaba a sus peones y empleados en la hacienda. Incluso, él pagaba un sueldo superior al de los demás patrones. En la oficina, tenía colgada de la pared la máxima del Corán: "Dad al trabajador su salario antes que seque su sudor." Todos los que la veían se quedaban impresionados con tal actitud de comprensión por los que trabajaban extenuándose en la faena diaria.

Lavinia Vanini realizaba su trabajo modestamente, lo sabía muy importante en sí mismo, a veces estaba a punto de sucumbir debajo del inmenso fardo que llevaba sobre

las espaldas, su actividad no era valorada ni un poco, sólo quienes conocían sus esfuerzos eran sus alumnos, pobres niños, qué podían hacer, hijos de campesinos e indios, no les agradaba a los patrones que ellos aprendieran, para qué, si nunca iban a ser doctores, y ella, la maestra, cuántas veces no sentía ganas de largar todo y cambiar actividad, entre otras cosas había que tomar mucho cuidado con lo que enseñaba porque si sospecharan que ella se esforzaba mucho en su trabajo o que enseñaba más de lo que debía, sería inmediatamente destituída. Pero ella se las arreglaba y lo hacía a su modo, era necesario crear una cierta conciencia en aquellos niños para que no creciesen dentro de una encajonada conducta, adiestrados solamente para obedecer, como las bestias de carga, sino que aprendiesen a pensar por sí y tener ojos abiertos hacia la realidad, que no fuesen el simple producto de frases propagandísticas escritas en los grandes carteles por las calles, impresas en los diarios o repetidas *ad nauseam* en la radio, como las viejas patrañas acerca de lo que era patria, que la paz sólo se hacía con quien amaba el mismo suelo, no, enseñaba ella a sus chiquillos, la paz se hace principalmente con quien no odia ni desprecia el suelo de los demás; acerca de la guerra, ese animal diabólico y devorador, la guerra no es culpa de los pueblos, como frecuentemente lo querían hacer creer, fomentando chauvinismos y patrioterías, sino de los gobiernos y regímenes cuyo interés es dominio y poder sobre otras naciones, no importa la mortandad, la destrucción y todas las miserias que la guerra de agresión provoca. Hablaba de todas esas cosas a sus pequeños alumnos con naturalidad, a ellos que no hacía mucho habían presenciado los horrores de la cruenta guerra civil, habían vivido el miedo, la angustia y la incertidumbre de la terrible experiencia y seguramente sabían de esas cosas

más que ella misma. Pero había que tomar cuidado, no quería que descubriesen el hecho que ella, la maestra, intentara transmitir en lenguaje sencilla, propia para la edad, a sus discípulos, los niños que todas las mañanas la saludaban cariñosamente buenos días maestra, esos conocimientos, porque los tiempos eran difíciles, eran duros, y su auténtico humanismo podría perfectamente ser rotulado como subversivo.

Algún día escribiría sus experiencias, más de una vez había pensado en eso, a lo mejor consiguese aun publicarlas, porque de cualquier modo de una cosa estaba segura, se hallaba metida en la boca del lobo y había que aguantarse, si deseara continuar, o entonces debía largar todo y dedicarse a otra actividad menos peligrosa que enseñar. Ya había probado anteriormente escribir una novela, realmente le gustaba escribir; llevara a cabo la tarea pero no lograra publicarla. No obstante, era un campo a ser explorado, incluso en el aspecto económico, para ayudar en su propio mantenimiento. ¿Tendría oportunidad algún día? ¿O apenas amontonaría viejos originales que con el tiempo pasarían a oler como cadáveres y tendrían que ser incinerados? Pero ¿qué importancia podían tener sus fantasías imposibles — pensaba —, sus inquietudes, ante la grandiosa tarea de enseñar, transmitir cultura, mientras la tasa de analfabetismo fuese tan elevada, mientras existiese el trabajador que para firmar su nombre tenía que copiarlo despacito de una tarjeta que llevaba siempre en el bolsillo, imaginando que si tuviera estudio podría ganar más que aquella miseria que le pagaban en las compañías extranjeras para cortar caña o recoger bananas, aun en las minas no era gran cosa, trabajando desde el nacer hasta ponerse el sol, la piel gruesa y áspera ensuciada por la savia verde y pegajosa de los bananos o el polvo blanquecino de la caña cortada,

cuyo único momento feliz durante el día de trabajo esclavo era el momento de la comida, cuando se sentaba para descansar por breves instantes y deglutir — entre ensoñaciones por mejores días — el parco alimento llevado dentro de una lata de cera de piso utilizada a guisa de vianda?

IX

El Prof. Gallius salió de casa con su hija al iniciarse la mañana, como hacía diariamente, a veces con ella, otras no, en dirección a los campos con el fin de recoger hierbas.

La espléndida mañana de Manantiales con el cielo luminoso, en el momento solemne en que las gotas de rocío, cubriendo la verde alfombra, formaban inmenso mar de diamantes brillando a la luz del sol que apenas despertaba de su sueño nocturno, en la mente la imagen viva y retrospectiva de tantos paseos realizados en soledad por los campos al amanecer, en los primeros tiempos en que los placeres físico y estético se unían al irresistible deseo de exploración y conocimiento, en el íntimo contacto puro y profundo — no destituído de humildad — con la Naturaleza, con la misma febril avidez como si ésta fuese una mujer.

La caminata en busca de plantas se extendía frecuentemente por casi toda la mañana, recorriendo los campos, la orla del bosque, hasta las orillas del Azul color turquesa; no raro padre e hija aprovechaban la ocasión y hacían allí picnic a la sombra de algún árbol frondoso cuando el mediodía los agarraba de sorpresa. Para tanto, no salían sin llevarse una merienda en la bolsa.

El Profesor, trajeando túnica color naranja, personifi-

cación de Sarastro bergmaniano, contemplaba fijamente el nacer del sol en la postura de un viejo sacerdote cultor del astro rey, sintiendo en profundidad la belleza estética del instante mágico en que el disco de fuego resplandece sobre la naturaleza rediviva, en la mirada y en el aspecto un halo de bucolismo poético. La hija, túnica blanca orlada de azul, la piel blanca como la leche, cabellos negros descendiendo libres sobre las espaldas (el velo de la noche sobre la cabeza) hasta la cintura, ojos color violeta, observaba la escena conmovida. Instantes después retomaban su marcha a lo largo de la carretera por donde, aquella hora de la mañana, empezaban a pasar los primeros camiones llevando trabajadores indios a las plantaciones de bananas y caña de azúcar; aquellos, los recolectores de bananas, llevando largos palos con un gancho en la punta, levantados como en saludo al sol naciente. Al pasar por los dos caminantes les reconocieron, saludándolos amistosamente. El Profesor y su hija respondieron con señas y sonrisas. Era motivo de satisfacción para él ser reconocido y saludado por aquella gente sencilla y leal.

Ambos sentían placer en aquellos paseos, aunque la tarea de recoger las plantas que serían utilizadas por el Prof. Gallius en su trabajo fuese algo fatigoso, principalmente después de algunas horas. Entonces, para reponer fuerzas antes de volver, descansaban un rato a la sombra de un árbol , a la orilla del río; casi siempre resultaba que la hora del almuerzo los agarraba antes de iniciar el regreso, entonces se sentaban en la hierba debajo de un sauce y saboreaban tranquilamente el alimento que se habían llevado, bebiendo refresco contenido en un termo.

Pero aquella mañana recibieron una visita. Un caballero se aproximaba a galope en la distancia en que todavía no era posible identificar Cuando se acercó,

viniendo de la carretera, frenó el caballo que se detuvo bruscamente al pie de ambos: era Jubal. Les saludó sonriente mientras descendía del caballo. El Profesor y su hija lo recibieron contentos, un tanto curiosos por verlo llegar de aquella manera, inesperadamente, y el primer pensamiento que tuvieron fue alguna mala noticia (pero en fin, ¿qué podría ser?); sin embargo, al darse cuenta de que tenía la fisonomía alegre, alejaron tal suposición.

— Yo he venido a ayudarles — dijo —. Terminé pronto mi trabajo y me sentí solo, aburrido, entonces tuve ganas de disfrutar de la agradable compañía de ustedes.

— Muy bien, Jubal. Es un placer para nosotros, de igual manera, que estés aquí. ¿No es cierto, m'hija? — le preguntó el padre, dirigiéndose hacia la joven y guiñando un ojo, pícaro.

— Sí, papá. Así terminaremos más pronto y podremos aprovechar por más tiempo y mejor el paseo — respondió sonriente, observando al muchacho que amarraba el caballo a un árbol.

— Yo estoy listo — dijo Jubal al cabo de unos instantes.

Y en efecto, así era. Progresivamente, casi sin sentirlo, el muchacho iba absorbiendo conocimientos, en sus frecuentes contactos con el Profesor, éste que amaba tanto la cultura y el saber que le gustaba decir, cuando le sucedía que alguien le pidiera un libro prestado, y tenía tantos, sin cuenta, fue lo que dijo a mí también una ocasión, aunque yo compartiera de su exacta manera de pensar al respecto, que te lo presto pero con una condición, como si otra persona te lo hubiera prestado sin saberlo yo, y cuando lo hayas devuelto, al examinarlo, yo no me dé cuenta que el libro fue prestado; me dijo eso con una ancha sonrisa pícara, riéndose de sus propias palabras, y

qué pude yo hacer sino hacerle compañía, reímonos ambos a carcajadas, y en efecto así era, cada vez que agarraba uno, no lo hacía sin que primero se lavara las manos, tal era el cuidado y el respeto que le tenía a los libros, depositarios de conocimientos, cultura y placer, como los definía, y siguiendo el mismo camino iba también Jubal integrándose al mismo espíritu de saber y de cultura, asumiendo conscientemente la tarea que había aceptado de buena voluntad, sin imposición de nadie pero sí, impuesta por él mismo, y se preparaba para el momento en que se sintiera definitivamente listo para ser el continuador de aquel ideal que lo sería de toda una vida. Él, al lado de Loredana, juntos, hombre y mujer, en la consumación y perenne renovación de un amor que los mantenía en un remolino cósmico, desde el principio la manifestación salvaje y pura de la esencia de su ser, en el comienzo cuando ella asomaba el corazón a la ventana y lo esperaba con ansiedad sintiendo la angustia y la feroz contracción de sus entrañas, mirando nerviosa el reloj de pulsera que pulsaba como pequeño corazón apasionado, en la eterna e inexorable marcha del tiempo que jamás vuelve, cuando él le decía sonreíndose al verla afligirse por él no volver, con el dedo índice le comprimía delicadamente la punta de la nariz, bobita, tener celos es una simulación de amor, no, contestaba, no son celos, cómo podría tener celos implemente de su ausencia, miedo de compartirlo con los caminos por donde él andaba, nostalgia de la presencia ausente, perdida en la distancia quién sabe dónde, en este preciso momento, y contemplaba por la noche el cielo estrellado y la luna inmóvil desde la ventana gótica entre palpitaciones de angustia, mientras pensaba en los dulces momentos íntimos disfrutados en toda su plenitud, cuando salían a paseo por toda la ciudad, juntos, lado a lado, iban

al cine como aquella tarde de mayo en que fueron a ver *India*, con Isabel Sarli; y después fueron a la estación de ferrocarriles, entraron en el bar y pidieron refresco de ananás en la licuadora con hielo picado, espuma blanca como leche encima, rocío azularado sobre los pedacitos desfibrados de la fruta, saborearon gustosamente la bebida al son de ritmos latinos que los altavoces transmitían por toda la estación, después se fueron de allí y tomaron una *liberty* para complementar la parte del paseo que habían hecho a pie, descendieron en la Plaza de los Libertadores, enfrente de la municipalidad, a sus espaldas el edificio de los correos donde acostumbraban a ir para enviarse recíprocamente cartas, mensajes, y se divertían al ver la meticulosidad de la empleada que les atendía en la ventanilla, ella simplemente lamía las estampillas y las pegaba en el sobre, las cartas llegaban sin demora, abrían entonces los respectivos sobres curiosos para ver lo que iban a encontrar esta vez, y siempre hallaban algo nuevo, así iban recriando el amor todos los días, el verdadero amor que es hijo de la libertad, no posee ni se deja poseer, así iban disfrutando la vida en busca de la verdadera esencia y el porqué del existir, pero ¿qué podría darles la respuesta sino el amor?, la única respuesta segura para el absurdo que les rodeaba, y el día pasaba lentamente mientras el paseo continuaba, ahora sentados en un banco de la Plaza, delante de la fuente que arrojaba con ímpetu genésico en el clímax del orgasmo su chorro de agua multicolor lejos hacia arriba, y las palomas revoloteaban en el aire sobre las cabezas, por encima del caserío colonial, bajaban posando levemente cerca de las personas que paseaban por allí, después de algún tiempo sentados contemplando la lenta agonía del día en su despedida, decidieron continuar la otra parte del paseo a pie, la parte final, conversando y

sonriéndose, Loredana feliz, los ojos brillando como dos estrellas de luz color violeta, la noche se acercaba furtivamente, era la hora más dulcemente vivida, antes de la despedida hacia una nueva cita el momento de silencio lleno de palabras no pronunciadas porque no se hacían necesarias, delante de la casa mirándose uno al otro, él observándola y sintiendo que sus pequeños senos palpitaban como dos corazones mellizos, minúsculos corazones de pájaro en agonía, entonces la tomaba en sus brazos y ella anhelaba por eso, la estrechaba como a una fruta de la cual quisiera extraer el jugo, entonces ella semicerraba los ojos sintiendo el fuego quemarle las entrañas y el ansia de amar, soñando haber sido fecundizada, sentía la indecible alegría anticipada de llevar en el vientre un hijo de Jubal, pero sólo en fantasía, porque en verdad ese día aún no había llegado, pero sabía que no iba a tardar mucho, entonces sí sería el fruto, el coronamiento de sus días de larga espera, cuando se quedaba esperando por él tardes enteras, el cuerpo cariñosamente envuelto en un perfume de violetas, entonces procuraba leer para tranquilizarse y distraerse un rato, y en esos momentos leía poesía, o bien prosa poética, que es lo mismo, por ser la única cosa que respondía adecuadamente a sus descos y anhelos, en tardes más tranquilas, se había abandonado de cuerpo y alma a la lectura de *María* de Jorge Isaacs o de *Azul* de Rubén Darío, había probado toda la emoción de aquella literatura que consideraba como la suprema belleza, hecha de la esencia misma de la vida, y terminada la lectura, con los ojos húmedos por un indefinible sentimiento había vuelto a la ventana gótica donde, a la luz de la luna y bajo el centelleo de las estrellas esperaba Jubal, en la interminable espera de aquellos momentos que se atropellaban, sintiendo la presencia que se materializaba poco a poco, venida de

la distancia aún no definida, debajo de la arboleda del jardín, evitando con todo cuidado pisar las flores de amor, pero que estaba segura como estaba viva y constantemente estaría allí con ella ahora y siempre que lo desease y los cielos bondadosamente se dignaran concederle, porque el momento era llegado y la vida no conocía por entero su fin.

El coronel Justiniano Justo, título adquirido por herencia por la familia desde los tiempos de las luchas de caudillos, juntamente con otras prebendas obtenidas de las sucesivas revoluciones y cuarteladas, conoció a Floralia Torres, hermana de su cofrade y compañero de luchas coronel Macario Torres, durante una de las muchas visitas que hizo a la hacienda de éste, cuando en las tardes de sábado iba allí frecuentemente a pasar el tiempo opresivo de verano, en medio a la charla algo formal debajo del emparrado, sentados en sillas de mimbre, beborroteando pisco con hielo y limón que era servido por la propia hermana del coronel, mientras se abandonaban al acostumbrado juego de naipes, ella de familia tradicional y conservadora, origen no demasiado diferente de la de él, de muchos haberes, educada dentro de los más genuinos canones victorianos, bello tipo de mujer, morena, ojos verdes, redondos, cabellos largos y negros, doncella tímida y recatada, quizás por esas cualidades que había visto en la muchacha se encaprichó por ella, diez años más viejo, pidiendo su mano en casamiento. Eso fue mucho antes de tornarse intendente.

El tiempo fue pasando y la vida en común, la rutina

monótona, no llegó a sacudir, en el comienzo, las estructuras del matrimonio. El coronel era bondadoso con su mujer, ella siempre tímida, quieta, ausente, con aquel aire triste de quien nada exige y guarda secretos en silencio, los modos recatados y algo aristocráticos dándole aspecto señorial y delicado. La educación que había recibido en el hogar le había enseñado que no debía exigir nada para sí, ser totalmente sumisa al marido y darle hijos, cuando él la tomara en la dedicación del cumplimiento del deber de marido ella debía sujetarse a las obligaciones de esposa entregándose sin manifestar placer en el acto de amor porque era pecado.

Los años fueron pasando siempre iguales, a principio sin novedades. En los ratos libres el coronel, cuando no tenía nada que hacer, entre el trabajo y un buen juego de naipes, acostumbraba correr hasta la comisaría para ver cómo iban las cosas, para charlar con su viejo amigo Hilario Carrasco; a veces sucedía llegar durante un "trabajo", era cuando más le gustaba porque así podría apreciar debidamente el experimento, gozar la escena, en el momento mismo en que Carrasco, mandil puesto, se concentraba todo en la tarea que tenía que efectuar, asesorado por dos auxiliares, arrancar confesiones de sospechosos recalcitrantes y prisioneros políticos usando lo que llamaba *tratamiento especial*, por él mismo inventado (fruto de su imaginación sádicamente requintada); el método era sencillo y radicaba en introducir un marlo en el ano de la víctima para que confesara su culpabilidad o participación en determinado acto criminal supuestamente por ella practicado, y en medio a los aullidos de dolor y contracciones del prisionero la cínica sonrisa del jefe de policía, observado con satisfacción por el coronel a la vez que larga sonrisa condescendiente le rasgaba de oreja a

oreja la cara de ratón, y para finalizar se dirigía a la víctima postrada diciéndole que si confesase no sería más torturada, incluso se ganaría la libertad inmediatamente, hasta podría irse a su casa tranquilamente, pero ella ni sabía qué querían que confesase, no entendía muy bien esas cosas, porque yo soy tres veces justo, decía el coronel, dos a causa del nombre que llevo y una a raíz de mis actos, y aquí una mueca le deformaba las facciones (ya por sí nada agradables), y como el prisionero nada tenía qué decir, le presentaban una hoja de papel en blanco para que la firmara, simple formalidad, le decían, por fin acababa firmando para librarse de las torturas y no ser más violentado; hecho lo cual, el papel era archivado para ser posteriormente relleno e incorporado al proceso, y al concluirse la demostración el coronel Justiniano Justo, intendente por la gracia de Dios, se juntaba al jefe de policía en la oficina, tras haber ido éste a lavarse las manos, diciéndole, entre dos tragos de café, Carrasco, mi viejo, tenemos que ser duros con esos subversivos hijos de puta, ellos son peligrosos y están por toda parte, por mí liquidaba a todos ellos, al que el jefe de policía le contestaba comprendo, coronel, tenemos que estar siempre vigilantes, puede quedarse tranquilo que por mí ellos tendrán lo que se merecen; a propósito, aquella cuantía especial que vengo solicitándole para aumentar el efectivo policial y mejorar la eficiencia de nuestros servicios, para el bien de la colectividad, en cuanto a ello no se preocupe, Carrasco, interrumpió bruscamente el coronel, que el dinero vendrá a la brevedad de cualquier modo, mismo que yo tenga que mermar la cuota destinada a la escuela, no importa, en fin para qué esos indios burros necesitan escuela, pues si yo hago eso es únicamente con el fin de servir y proteger a la colectividad, darle seguridad dentro

de un clima de paz y progreso, lo restante no importa, muy bien, coronel, estoy plenamente de acuerdo, y así era, hacían de todo, trabajaban en conjunto dando lo máximo de sí mismos para el bien de la colectividad, mientras en las cárceles había presos políticos de todo tipo, trabajadores, estudiantes, maestros y hasta sacerdotes, fue en una de esas celdas que metieron al estudiante Atahualpa San Juan, hacía tanto tiempo que él había ya perdido la cuenta, no habían encontrado nada de peso que lo pudiera incriminar, a excepción de la carta que llevaba en el bolsillo, de una correspondiente de otro país en la cual le narraba los problemas que allá tenían, y a un compañero que fuera preso también por sospechas y por momentos se desesperaba con la situación en que se hallaban le decía, probando infundirle coraje, qué es eso, compañero, tenemos que enfrentar la realidad corajosamente y con dignidad, esto no va a durar siempre, el fin de todos los tiranos es, más temprano que tarde, la extremidad de una soga, coraje, suerte que cuando lo arrestaron no pensaron registrarle en seguida, porque el joven tenía consigo un volante subversivo, para evitar que lo hallasen utilizó un ardid, dijo al soldado que lo custodiaba que estaba por hacerse encima y necesitaba aliviarse, tuvo que insistir porque el policía no quería permitir, hasta que consiguió, entonces el muchacho fue al retrete, el soldado se quedó de centinela afuera, y aprovechó la ocasión para rasgar en mil pedacitos el volante subversivo tirándolo en el inodoro, tiró la cadena y listo, estaba libre del problema, fue la tirada de cadena más linda de toda su vida, había evitado lo peor y eso era ya una gran cosa. La celda donde se encontraban era oscura y dos pequeños huecos cerca del techo suministraban la ventilación, al lado de una pequeña ventana con vidrios que no se abría. Había allí en aquel lugar exiguo

cinco personas, pasaban gran parte del tiempo conversando, discutiendo la situación en que se hallaban, el estado de cosas, por veces el tedio y el desespero tomaba cuenta de ellos pero hacían de todo para evitarlos, era cuando se daban coraje unos a los otros, luchaban para mantener alta la moral para el día en que iban a salir de allí porque grandes tareas los esperaban.

Pero el coronel Justiniano Justo también tenía sus problemas, aunque distintos; además de intendente dirigía, a través de un testaferro, la *Manantiales Emeralds Mining Co.*, una de las tres grandes compañías extranjeras que explotan los recursos y riquezas naturales de la región.

Todo empezó despacito, progresivamente; al principio la población se asustó y durante días y semanas consecutivas comentó los curiosos sucesos, los comentarios eran los más discordantes, que todo aquello era obra del demonio, castigo del cielo, por la maldad del coronel, hasta que con el pasar del tiempo el caso se volvió rutina, se normalizó, y ahora nadie más le da importancia. La conducta siempre ejemplar y sumisa de Floralia, la mujer del coronel, empezó a cambiar, presentando señales inquietantes de actitudes extravagantes. El médico fue llamado para tratar del caso y tras examinarla, prescribió remedios y bastante reposo, manteniéndola desde ese día bajo constante observación y cuidados. Como el mal que acometiera a la mujer del coronel se reveló, según todos los aspectos, permanente, incluso el cura concurrió con sus servicios sometiéndola a un ritual de exorcismo, sin resultados, la paciente permaneció en definitiva bajo los cuidados médicos.

De un momento al otro los modos comedidos y puritanos de Floralia fueron atenuándose, dando lugar a procedimiento bien diverso y contrario al que siempre

tuviera. La timidez se había transformado en audacia explosiva que ejercía frecuentemente contra el marido, y con éste sucedía también lo contrario en las relaciones con su mujer, principalmente en las relaciones de alcoba, cuando todos los actos de machismo y maldad empleados en larga escala contra la población y los indefensos que le caían en manos no pasaban, en la habitación conyugal, de pálidas caricaturas de lo que fueron por largo tiempo, siendo en esas ocasiones completamente dominado por su mujer, tornándose sumiso a la voluntad de ella, voluntad que exigía obediencia a caprichos inventados en el momento, configurando una relación que ya se había transformado en tiranía; y él, cual indefenso perrito, se sometió por entero a los caprichos de ella de tal forma que, si alguien desde afuera presenciara las escenas acaecidas por la noche en la intimidad de la habitación conyugal, difícilmente creería en sus propios ojos al ver el triste papel que había pasado a desempeñar el siempre temido y odiado coronel Justiniano Justo, hombre de plenos poderes y dueño del destino de los demás, pero que por una súbita y desconocida razón se habían invertido los papeles y había caído bajo el dominio tiránico de su mujer, otrora tímida y recatada, cuya brusca transformación el coronel lo atribuía, para su desgracia, al irreversible mal que la acometiera encadenándola definitivamente, pobrecita, a su fatal sortilegio. Por la noche en la habitación tenían lugar los actos provocados por secretos deseos y oscuras fantasías de la mente que por tantos años estuvieron fuertemente reprimidos, por efecto de la esmerada educación victoriana que ella tuviera, con su falso puritanismo, en profundos compartimentos inconscientes. Floralia desnuda, él también, en su masculinidad ridícula, indefensa, ella por dentro era un volcán, se había quitado el incómodo comportamiento puritano,

tímido y pudoroso como si se cambiara el vestido, lo había echado a la basura, ahora mostraba su verdadera identidad, escondida durante tanto tiempo bajo el frágil y engañoso aspecto exterior, dominada por ninfomaníaco furor, transformada en demonio cabalgaba al marido y lo hacía andar de cuatro patas por la habitación, una, dos, tres, vueltas sin cuenta, upa upa caballito, las manos fuertemente apretadas al cuello de él, le daba golpes en las ancas con las espuelas imaginarias de sus talones, así ella dejaba fluir su perversión patológica, había reducido el coronel a aquella porquería rastrera, había desnudado la debilidad secreta del marido, él sólo llegaba al orgasmo después de pasar por todas esas pruebas, cuando en fin la contemplaba minuciosamente como si la devorara con los ojos lúbricos, dementes, ella lo humillaba de todas las maneras y le decía las más increíbles obscenidades, él recogía la ropa interior de ella, bombacha, corpiño, medias y la olía, sintiendo el aroma dulzón de mujer mezclado al olor acre del sexo, sólo entonces tenía orgasmo, muchas veces en la exaltación del momento y durante las salvajes acometidas de ella para que la penetrara no había tiempo entonces él eyaculaba en el piso como un miserable abandonado a un rincón, ella lo llamaba chancho y le gritaba más obscenidades, entonces por fin él perdía la paciencia, se enfurecía y la golpeaba con ganas, calle la boca, puta, le replicaba, y la golpeaba con más vigor aún, ella anhelaba por eso, finalmente en el segundo intento lograban mantener relaciones, los ánimos ya moderados, el coronel entonces se abandonaba al sueño poblado de pesadillas, mientras ella se quedaba dormida suavemente, en el rostro una sonrisa bellaca de perra satisfecha.

No había diferencia entre las pesadillas del coronel Justiniano Justo, sea dormido, sea despierto, porque las

cosas seguían todas su curso y las que se le referían más de cerca, también. El mal que dominaba a su mujer era más extenso que se podría imaginar y él no tenía otra solución que simplemente resignarse a eso.

El calor intenso, el bochorno de la tarde como que se partía en pedazos, la gente dormía la siesta, ponía a las personas mareadas, atontadas como las moscas, la luz amarillenta color de pólvora, color de bilis como el fango pegajoso que desciende de las montañas después de la lluvia, la canícula de las tres de la tarde cuando Manantiales duerme la siesta, el sol rajando las piedras del pavimento como cáscaras de huevos al nacer los pollitos, el sopor continuaba por el anochecer, hacía pensar que las extrañas cosas que sucedían no pasaban de un sueño malo, una pesadilla ondulante vagando a través de las noches plateadas del verano de Manantiales cuando todos los viernes, en las noches de luna llena, Floralia era tomada por una crisis de sonambulismo, otro aspecto de su extraño mal, furtivamente se dirigía a las cocheras municipales, montaba un caballo blanco, su preferido, y salía a galope furiosamente por la noche, a través de la ciudad y por los campos, recorriendo la vasta llanura, ella desnuda, los cabellos largos y negros ondulando al viento, adornados con flameantes algas marinas, ojos redondos y verdes de gata, piel color de aceituna madura, en las orejas aretes en forma de estrellas, brillantes a la luz de la luna, cutis moreno contrastando con el color blanco del corcel que parecía un fantasma venido de la noche, en el principio de esas manifestaciones el marido nervioso por no saber qué hacer quería encerrarla en la habitación con llave pero el médico le prohibió que tomara tal actitud, lo mejor sería dejarla libre, sería peligroso si alguien interfiriera, puede ser que con el tiempo esos síntomas desaparezcan, coronel,

por ahora continuaré el tratamiento con todo cuidado, entonces el coronel ordenó al médico que no la abandonara un instante siquiera, siempre que ella saliera a caballo de allí en adelante él debería ir junto, para eso le reservó un caballo negro de las cocheras municipales, está bien, coronel, concordó el médico, y desde ese día pasó a seguirla, ambos cabalgaban juntos por la noche hasta altas horas, no tenía efecto para ellos el toque de queda que había sido impuesto con el estado de sitio desde el término de la guerra civil, era una de las raras excepciones, todos los viernes en las noches de luna llena la escena se repetía, después de un rato cabalgando por los campos Floralia sofrenaba bruscamente el animal e iba a sentarse sobre la hierba debajo de un árbol, el médico hacía lo mismo y sentábase a su lado, paciente, ella entonces hablaba con él, provocante, sus palabras eran estocadas que lo herían profundamente y un extraño hormigueo le recorría todo el cuerpo, pero él se dominaba, hacía mucha fuerza, no obstante había que mantener la ética profesional, además estaba tratando con persona enferma, fuera de su condición normal, los valores humanos con los cuales su profesión de médico estaba relacionada, sin hablar en el recelo y temor del coronel, qué sucedería si hiciera alguna tontería y él lo viniera a saber, había pues que ser digno de la confianza que el marido de la paciente depositaba en él, pero Floralia lo provocaba siempre, a cada rato, ridicularizaba su masculinidad llamándole buey castrado, luego se arrojó encima de él con ímpetu furioso para rasguñarlo, el médico logró desviar el rostro y le agarró fuertemente las manos, entonces mandó la ética profesional a la mierda junto con las demás futilidades zampándole con ganas un par de bofetadas, ella pareció calmarse un poco, fue el momento en que él la sometió echándosele encima y la poseyó una,

dos, tres veces... hasta la extenuación, entonces ella sonrió satisfecha y lo acarició con ternura, él la besó en la boca demoradamente y le retribuyó las caricias, desde ese día se tornaron amantes, nadie lo sospechaba, tampoco el coronel, una noche de sábado, él había ido a la hacienda del cuñado a jugar naipes, Floralia estaba sola en casa, el médico fue a visitarla para ver cómo estaba pasando, ella de pronto le echó en cara que se dejara de macanas, ¡coño!, entonces él la tomó con ímpetu y la llevó a la cama, antes de salir para ir a visitarla se había puesto algunas gotas de lavanda en el cuello y rostro como siempre hacía, ella a su vez usaba un perfume cuyo olor se parecía al de los huevos de chocolate, y quedáronse en la cama haciendo amor, él la acariciaba toda besándole demoradamente la boca, los pechos, con la lengua húmeda empezaba en la nuca a recorrerle toda la espina dorsal dejando en su camino una estela brillante como baba de caracol, seguía despacito los contornos, las curvas, rediseñando la geografía de aquel cuerpo anhelante hasta que el cuerpo todo estuviera rociado de sudor, miríadas de gotitas brillantes destiladas en la intensa emoción del placer, hasta sentir el clítoris excitado saltar del escondrijo de la gruta con ímpetu de hoja de puñal, ella gemía y gimoteaba enloquecida de deseo, entonces era el momento en que empezaba a penetrarla, el sexo de ella abriéndose como rosa helicoidal, diafragma de máquina fotográfica, lo sentía palpitar devorando el pene, pulsando con espasmos regulares y mojándolo con los humores íntimos fluindo en intermitentes borbotones, como el verter de un vaso de agua sobre la epidermis, él le hacía amor una, dos, tres veces... y a cada vez el placer goteaba en la agonía de la muerte chiquita, entre estertorantes lamentos, la savia íntima chorreando en la gruta de amor que se llenaba igual a una

palangana cuyo nivel subía progresivamente formando en la superficie ondas concéntricas como sucede con la gota que cae sobre el sereno espejo de un remanso, después ambos se abandonaban extenuados a las caricias finales, satisfechos, ella hasta parecía mejor, como si estuviera camino de una rápida curación, el coronel incluso debería agradecerle por el hecho de su mujer estar recuperándose rápidamente merced a los cuidados de él, médico, que nada más hacía que seguir al pie de la letra el famoso refrán que dice que el amante enseña a la mujer todo lo que le esconde el marido, y así continuaban ellos, felices, acostados lado a lado en la cama matrimonial, pero en ese preciso momento se apagaron las luces, faltó energía eléctrica, luego oyeron pasos, el médico se levantó de un salto tragando en falso, ni siquiera tuvo tiempo de vestirse porque se abrió la puerta bruscamente y entró el coronel acompañado por el cuñado, qué sucede aquí, se dirigió a su mujer, y fue distribuyendo bofetadas a tontas y a locas, aprovechando la confusión de la oscuridad el médico se envolvió en la sábana y echó a correr puerta afuera, de paso recibió un puñetazo en el ojo, huyó hacia la calle, por la puerta del fondo, suerte que el coronel y el cuñado no estaban armados en aquel momento por el hecho de haber dejado las armas en el vestíbulo, suerte también por el providencial apagón y que en la calle la oscuridad fuese completa, corrió como jamás en toda su vida envuelto en la sábana, sus ropas quedaron en el cuarto, pero quién pensaba en ellas en tal situación, durante la loca disparada se llevó por delante el portón de madera que abría hacia dentro y con el ímpetu del choque se abrió hacia fuera, nada importaba, casi echó por tierra el cerco de madera, logró por fin llegar a su casa, jadeante, lleno de sudor, atrancó puertas y ventanas, se metió bajo la ducha fría,

pensando que debía salir de allí lo más rápido, esconderse en algún lugar por unos tiempos, para estar en seguridad, después del baño se vistió, arregló presurosamente algunas ropas y objetos en una valija, dónde diablo se iba a esconder, entonces una idea le cruzó la mente como rayo en cielo borrascoso, antes de salir a la calle observó con cuidado las cercanías, todo estaba desierto, vehículos pasaban de vez en cuando, volvió hacia dentro a fin de percatarse de que puertas y ventanas estaban todas atrancadas, esperó delante de la casa con la valija lista detrás de la puerta entreabierta, atento, y cuando pasó un taxi le hizo una señal, el coche paró, él agarró la valija, cerró la puerta a llave y se metió en el taxi, luego desapareciendo por la garganta oscura de la noche.

XI

A la hora del crepúsculo la tarde poseía una claridad empañada, de color ocre; el aire parado flotaba inmóvil como polvareda de granito entrando por los ojos en tono ceniciento azulado.

Salí de la redacción de la *Gaçeta* un poco más tarde, había estado el día entero atareado, inmerso en una montaña de trabajo. Notas para corregir, dactilografar, otras para reescribir, algunas para rehacer por entero, la amenaza de la censura siempre pendiente por encima de la cabeza, como la espada de Damocles. Sin hablar de la aridez intelectual, la pereza y el desánimo que se abaten por veces sobre quien ejecuta trabajo semejante. Hay días en que es necesario sudar sangre para colocar en el papel algunas líneas, la idea existe pero no logra expresarse, es una maldición hasta que, transcurrido un buen rato, tras muchas interrupciones para recoger inspiración, la cosa sale por sí; lista, completita. Y en la mayoría de las veces queda un trabajo perfecto. Pero cuánto sacrificio para ir componiendo palabras y frases, poco a poco ir llenando la carilla con algo que sirva, de contenido...

En fin, la libertad. Nada mejor que el momento en que se cierra la jornada de trabajo y uno es dueño de sí mismo. Puede ir dondequiera, hacer lo que mejor le

parezca. Y aquel día, viernes, teníamos acordado, Ramón y yo, darnos cita en la pensión *La Negra*, hacer una visita a nuestro viejo amigo Manuel Albuquerque. Íbamos allí frecuentemente para despejar y platicar un rato, para pasar el tiempo viviendo algunos momentos agradables y tomar una bebida. Fui a mi casa, me duché y luego me dirigí hacia allá. Ramón ya allí se hallaba alojado en una de las mesas, tomando un trago y charlando con Manuel, que había venido a sentarse con él y en aquel preciso momento estallaba en carcajadas por algún motivo que yo muy pronto iba a saber cual fuera. En la mesa se hallaba un tercer individuo sentado, que en principio no reconocí por encontrarse de espaldas hacia mí. Llegué y los saludé. Al volverse para mirarme sonrió tendiéndome la mano, la cual apreté, a la vez que lo identificaba. Era el Dr. Bastarrica.

— ¡Vaya, entonces! — exclamó el portugués reíndose —. Nuestro estimado doctor tuvo que dar con los talones en el culo y por la prisa casi se lleva el cerco en el cuello.

— Cállate, por favor, Manuel — dijo el médico, mirando de soslayo, pero nadie estaba allí además de nosotros, porque era temprano todavía.

En ese momento vino la camarera trayendo cerveza para mí, conforme le había solicitado. En el tocadiscos tocaba un disco con música variada, a la sordina.

Por el trozo de charla ya sabía de qué se trataba; el bellaco de Manuel lo estaba cargando al médico acerca de su reciente aventura en el caso Floralia. El coronel Justiniano Justo, por lo que todo indicaba, había dado el caso por encerrado, sin tomar ninguna providencia contra el amante de su mujer. Verdad que la culpa por todo aquello cabía exclusivamente a ella, y el marido estaba consciente acerca de eso, pero por otra parte no dejaba de ser una

situación bastante delicada, tanto para él como para el médico que, en el ejercicio de su actividad profesional, había violado la ética que la reglamentaba y había desmerecido, incluso, la confianza en él depositada por el marido de la paciente. Sin embargo, el intendente estaba dispuesto a echar tierra al caso, no obstante la presencia bastante real y palpable de las ropas abandonadas por el amante en fuga, olvidadas en la prisa provocada por el momentáneo pánico, y si armó aquella barahúnda inicial al entrar en el cuarto de los amantes, aquella noche, fue tan sólo con el fin de impresionar al cuñado. Y además, él mismo lo reconocía, ¿no había quedado curada su mujer? ¡Mérito del doctor, no importa el método utilizado!

El hecho es que el pillo de Manuel se reía aún de la aventura del médico, aunque hubiesen pasado ya tres semanas de lo acaecido.

— Y el ojo, ¿cómo está? — pregunté, reprimiendo fuertes ganas de reír.

— Bastante bueno. Tuvo tiempo pa' deshinchar — respondió con una sonrisa.

— Aún se nota pequeña mancha negra por debajo — observó Ramón, sonriéndose con sorna.

— ¡Por supuesto! Cuando aquí llegó, aquella noche, tenía el ojo inchado como el de un sapo — intervino Manuel.

En efecto, en la noche en que había huído, el médico, al salir de casa con la valija donde pusiera algunas ropas esenciales, fue a esconderse en la pensión *La Negra*, siguiendo repentina idea, y desde entonces allí se hallaba (un exiliado político abrigando a otro, ¿qué me dice usted, doctor? ¿Será encuadrado como político su delicto, heh? Ja... Ja... Ja... — el portugués esparcía su buen humor). Como era gran amigo de Manuel, no tuvo problemas.

Esperaba quedarse allí algún tiempo más y después vería qué hacer. Aquél, a su vez, mismo llevándose en cuenta su situación de exiliado político, habiendo arribado a Manantiales años atrás, escapando de la policía política de su país, no temía sufrir represalias de parte del coronel por el hecho de dar abrigo al médico porque daba gran valor a la lealtad y también porque su acción nada tenía de personal; sentía apenas que debía cumplir una obligación, que era la de ayudar a un amigo en dificultades, y lo hacía conscientemente, sin importarse con las consecuencias que, sin embargo, no hubo.

Toda la población ya sabía de lo sucedido, los comentarios habían corrido de boca en boca y continuaban aún, no obstante el tema estuviese ya empezando a perder el interés porque, en fin, ya era esperado desde hace mucho semejante epílogo para el caso. Una cosa empero todos reconocían por unanimidad: aquel médico era el mejor que ya habían visto porque, para curar tan misteriosa enfermedad, de carácter maldito, donde hasta el cura había fracasado... En cuanto a Floralia, se había modificado totalmente, asumiendo en el aspecto y en las actitudes la misma manera de ser de antes, con la diferencia de que ahora era real ese nuevo proceder por parte de ella, sin ningún vestigio de falsedad en una conducta antes así condicionada por el tipo de educación que había recibido desde su infancia. Se diría que hubiese tomado plena conciencia de su verdadero yo, descubriendo en fin el exacto camino de su ser. El marido observaba con curiosidad y estupefacción los sucesivos cambios por que había pasado su mujer, y como no encontrara explicación dentro de su lógica particular, se limitó a encogerse de hombros y olvidar todo lo acaecido. Con referencia al hecho de haber sido traicionado por su mujer, encontró en la

misteriosa enfermedad de ella un atenuante. Además, la quería mucho. Muchas veces la miraba sin que ella se diera cuenta, durante los ratos en que estaban a solas, en la sala después de la cena, mientras él leía el diario y ella se ocupaba de otras cosas, o en la cama cuando ella estaba dormida, y reflexionando acerca de todo lo sucedido se llenaba de rabia impotente, tenía ganas de golpearla violentamente, descuartizarla, pero Floralia poseía un don secreto de tranquilizar, una irradiación de dulzura recóndita como si exudara de la propia epidermis, el palpitar de las venas en las témporas, los senos subiendo y bajando al ritmo de la respiración compasada, entonces el marido no tenía coraje de hacer nada y en lo íntimo se arrepentía profundamente por haber tenido tales pensamientos. Las manos se le crispaban como si apretara un puñal con toda gana listo para golpear, después se abrían lentamente y todo su cuerpo se relajaba abandonándose al sueño profundo. Y soñaba. Soñaba las escenas de años pasados, cuando era joven y frecuentaba las casas de mujeres; una ocasión, durante una de esas visitas, había conocido a un estudiante de medicina que iba adquiriendo experiencia humana y profesional en el trato con aquellas hembras vividas, y un día le había dicho a él, coronel, compartiendo un trago, sentados en la misma mesa, amigo mío, no se confíe nunca en las mujeres comunes, confíese en las putas que ellas se lo merecen, porque son más sinceras y dignas de confianza, y quién lo diría, muchos años después sus caminos se cruzarían nuevamente, ahora en sueño revivía las escenas con emoción, el estudiante se había hecho médico y él, coronel; fíjense, *coronel*, qué mierda, pero no obstante, aquellas palabras pronunciadas en momentos de alma abierta se mostraron verdaderas, allí estaban para probarlo los cuernos que sentía adornarle la cabeza,

porque, pensaba, la mujer tenía por función plantar cuernos, mientras el hombre era hacedor de putas... Y así fue, en sobresalto, rememorando los viejos tiempos de juventud no de todo extinta, que el coronel Justiniano Justo, intendente por la gracia de Dios, despertó gemiendo, el cuerpo entero bañado en sudor frío...

En la pensión *La Negra*, donde nos encontrábamos, empezó a llegar gente, los habituales parroquianos, estudiantes que iban allí a buscar diversión, olvidar las clases mediocres suministradas por maestros aburridores. Algunos se acercaron de nuestra mesa y saludaron al médico, contentos, en sus ojos un semblante de admiración como si estuvieran a punto de pedirle el autógrafo.

La música se volvió más animada, al bolero se siguió un cha-cha-chá y una cumbia. Algunas parejas empezaron a bailar. Cuando principió un tango Ramón se levantó bruscamente de la silla y fue a buscar por la mano a la camarera, tirándola hacia la pista de baile. Era una joven espigada y se contoneaba como lagartija, él al principio un tanto duro, iba a remolque, apenas logrando acompañarla. Pero luego se repuso y empezó a bailar lo mejor que sabía, arrancando al final aplausos de aprobación. El médico miró hacia mí y sonrió, haciendo una señal de cabeza en dirección a la pareja que había acabado de separarse. Me ofreció un cigarrillo, que acepté, mientras Ramón se acercaba a la mesa.

— ¿Vieron? — dijo sonriéndose —. Soy todavía bueno con el *dos por cuatro*.

— Por supuesto, ella necesitó mostrarte los primeros pasos — repliqué.

— Y aquella llave de piernas casi te deja sin aliento, ¿eh? — exclamó el médico, reíndose.

— Ah, la *tijera*, casi que me corta en pedazos. Pero

la muchacha, ¡qué delicia!

El Dr. Bastarrica sólo tomaba tequila *Cuervo*. Cuando más joven, tan soltero como ahora, metido en un traje impecable, color azul de Prusia, frecuentaba muy a menudo el barrio de mujeres que, a causa de los gemidos y grititos susurrados a media voz, que se oían hasta en la calle, "vamos a hacer una cosa linda", la irresistible invitación partía de labios sonrientes en rostros morenos aureolados por la penumbra con reflejos de luces rojas y azules, afuera la brisa jugaba con las hojas de los plátanos enfilados en la noche en procesión recorriendo el camino largo de los andariegos, en la distancia los compases de un ritmo huasteco zapateaban sobre el pentagrama, al pasar delante de las luces rojas que brillaban en todas las puertas, los ayes pequeños, ayayes mordidos en voz baja, gimoteos de dolor y alegría mezclados en la vorágine de los combates cuerpo a cuerpo, para pequeña muerte, pequeños gemidos, como el mordisqueo en la perilla de la oreja o en el botón entumecido de los senos, el barrio pasó a ser conocido con el pintoresco nombre de Ayaycito. Los pasantes nocturnos que iban en búsqueda de aventuras y placer presentían desde afuera ruidos variados, reprimidos, murmurio de cristales, en el aire el olor penetrante de mujer como lo hay en los colegios femeninos. Allí por Ayaycito muchos hicieron escuela, incluso yo. Pero aquellos tiempos están ya un tanto distantes en el pasado. Fue apenas una experiencia de vida, como aquella a la cual el Dr. Bastarrica, en la época estudiante de medicina, se dedicaba con mórbido ahínco. No presencié ningún coloquio suyo con el coronel, por el simple hecho de que yo no iba allí tan a menudo; pero si mal no recuerdo, una sola vez me encontré con el futuro intendente. Había momentos en que, pensando en lo sucedido, éste no podía

dejar de sentir profunda amargura, al asomarle a la memoria lo que el entonces estudiante de medicina le había dicho acerca de las mujeres, concepto que él había formado en su profunda vivencia con ellas, de todos los tipos y caracteres, de todas las clases... Y ahora, al cabo de algunos años, el coronel vivía su experiencia práctica, demostrada por el doctor mismo. No dejaba de ser ironía del destino.

Ya eran casi diez de la noche, poco a poco la pensión se fue vaciando. La camarera colocaba en orden las mesas vacías, recién desocupadas, recogiendo los vasos y botellas. Nos levantamos para irnos también, antes de las diez fatídicas campanadas, cuando la campana de la iglesia anunciaba la hora de los chacales. Nos despedimos de Manuel y del Dr. Bastarrica recomendando prudencia, al que el portugués contestó en el tono pícaro de siempre que lo cuidaría bien al médico. Nos ganamos la calle desierta, Ramón y yo, en búsqueda de un taxi, antes que la horda montada de Hilario Carrasco pasara con el resonar de herraduras sobre las piedras del pavimento, luego después del inicio del toque de queda. Él salía todas las noches en patrulla para hacer cumplir la ley del estado de sitio, con la meticulosidad del asesino requintado que tras apuñalar su víctima le enjuga la hoja en la ropa, buscando algún peatón extraviado por las calles oscuras para llevárselo y ser interrogado, a lo mejor sería algún conspirador, un enemigo político, en este caso merecería los mejores cuidados en manos de gente especializada (la Mazorca de Hilario Carrasco hacía bailar la mazurca a los presos políticos); en su incursión nocturna los esbirros se mostraban casi a la vez en todos los rincones de la ciudad como si sobrevolaran el área, posando aquí y allá, con la insistencia y el desespero de las moscas de cementerio.

XXII

Salimos todos juntos por la tarde color ámbar. Era un sábado, de esos que raramente aparecen, con todo el esplendor de un día de gala. Porque, en verdad, no se trataba de un día común, como todos los demás, pero era precisamente cuando se conmemoraba la Fecha Nacional.

Por la mañana hubo un acto solemne delante de la municipalidad, cuando el coronel Justiniano Justo pronunció su arenga de siempre. A continuación la banda municipal ejecutó diversas marchas para el pueblo que se aglomeraba en la Plaza de los Libertadores. La ceremonia fue larga, como siempre suelen ser esas cosas, debidamente clausurada con un revoloteo de palomas.

Excepcionalmente, aquél era el único día, no contando el carnaval, en que se suspendía el toque de queda, impuesto a raíz del omnipresente estado de sitio decretado luego al cese de la guerra civil. Y ese día de plena libertad, si así se le podía llamar, por lo menos en comparación con los demás, era aprovechado al máximo por la población. Nosotros, para no escapar de la regla y también pasar unos ratos agradables, nos unimos al estado de ánimo general — el de incontenida y explosiva alegría, tratando de disfrutar plenamente aquella dádiva tan preciosa — Decidimos salir los seis: Loredana, Jubal, Lavinia, Ramón, Perla y yo.

Era temprano todavía, la tarde recién empezaba y ya nos hallábamos paseando por la Avda. de la XV Revolución, pasando por la Plaza de los Libertadores donde por la mañana se había realizado la ceremonia cívica conmemorativa del transcurso de nuestra Fecha Nacional. El movimiento de personas y vehículos era grande aquel día de fiesta.

Íbamos contentos, formando alegre grupo y platicando acerca de los más variados temas. Al pasar por una heladería, entramos. Poco después continuamos nuestro paseo a pie, como veníamos haciendo, sin prisa, helado en la mano, como si el tiempo no existiese y la vida tuviera infinita paciencia. En verdad tratábamos de beberla y saborearla con avidez, hasta la última gota. Porque, sea como fuere, por lo menos para mí ella siempre fue el bien mayor. Siempre he amado su sonrisa y su dolencia, muchas veces aunque en medio al desespero.

Nuestros pasos no señalaban el tiempo. Apenas, al pasar delante de una estación de servicio, vi tres mochileros esperando con paciencia de asceta, mientras discutían problemas existenciales, a alguien que los llevara de allí en su vehículo. Ramón también los vio y me miró significativamente. Comprendí su mirada, que vino a confirmar lo que acababa de ocurrirme. Ya los habíamos encontrado una vez, en la Plaza de los Libertadores, alimentando a las palomas; eran los mismos, sin lugar a duda, incluso les habíamos dado algún dinero e indicaciones para conseguir alojamiento. Pero parecía que habían transcurrido mil años desde entonces, para ver cómo pasa el tiempo, y ellos estaban aún por allí, esperando el transporte que nunca venía para llevarlos a Yerba Buena, como nos habían dicho entonces, tenían que sujetarse como todos los que viajaban de aquel modo, un estremecimiento de nostalgia

me pasó por todo el cuerpo, yo dije que nuestros pasos no señalaban el tiempo, pero ahora me doy cuenta que los recuerdos sí, entonces fui transportado en un segundo a mi época de viajes como mochilero, cuando me encontraba con todo tipo de personas, la mayoría interesantes, y satisfacía a la vez mi curiosidad acerca de las cosas y del mundo, me vino nítidamente a la memoria el episodio del *Club Social y de Pesca Independiente*, donde conocí a Don Walter, como le llamaba, amable caballero, con el cual me entretuve por buenos momentos charlando delante de un vaso de cerveza helada, y entre otras cosas me decía que no debería haber fronteras entre los pueblos, ni banderas, y que en un tipo de jornada como la que yo estaba haciendo encontraba toda clase de personas, lo bueno y lo malo, había que tener cuidado; y otro señor no menos amable, Don Luís, cuya solicitud fue al extremo de alojarnos, a mis dos compañeros y a mí, en su propia casa, después de llevarnos en su camión por un buen trecho de camino. Cosas de esas que recuerdo siempre emocionado y que jamás olvidaré, aunque a Don Luís, por circunstancias inexplicables — a menos que se eche la responsabilidad sobre las anchas espaldas del Destino —, jamás le escribiese una línea siquiera, ni a guisa de agradecimiento. En verdad, algunos hechos contienen un misterio propio muchas veces difícil o casi imposible de aclarar.

Ahora que dejé los recuerdos vagar como fantasmas, vuelvo a nuestro paseo. Éste duraría toda la tarde, hasta casi el anochecer. Para la noche habíamos planeado ir a la taberna *El Corsario Rojo* a ver a los gitanos que se presentaban mostrando los cantos y danzas de su folclor. Era una ocasión especial y particularmente me atraía. En otras partes las celebraciones continuaban con bailes en los clubs, los bares y restaurantes llenos, el teatro y los cines,

los cafés con mesitas en las veredas a lo largo de la Avda. de la XV Revolución rebosantes, charlas, risas, música llenaban el aire... Sí, aquél era un día muy especial. La población se divertía a más no poder porque a la brevedad no tendríamos otra vez la ocasión.

Fue un día de primavera — y estábamos todavía en plena estación — que los gitanos llegaron a Manantiales. La mañana resplandecía sobre el valle con limpidez de cristal, el sol lanzaba sus cálidos rayos cubriendo la tierra en una envolvente caricia. La atmósfera se presentaba azulada y el aire, agitado por una brisa débil, traía hacia las fosas nasales el olor de heno y flores campestres. A lo lejos, completando el paisaje, buitres aleteaban en círculos por encima de desfibrada carroña.

Vinieron en pequeño número, con sus carros largos en forma de vagón, tirados por cuatro caballos cada uno, verdaderas casas sobre ruedas que les permitía correr mundo. Provenían del norte y estaban viajando desde hacía muchos días, penetrando en el valle a través del desfiladero.

A medida que los carros rodaban velozmente por la carretera, levantaban una polvareda en forma de grandes nubes visibles desde muy lejos. Los campesinos e indios que trabajaban en las plantaciones a lo largo del camino pararon por un momento su faena y se quedaron unos instantes mirando hacia la nube de polvo que se acercaba, motivados por la curiosidad, por breves segundos transformados en patéticas figuras de piedra.

Los caballos bañados en sudor resollaban, el látigo

estallando en el aire, rumor de ramos secos partiéndose, la madera de los carros chirriando y gemiendo; los conductores manejaban alegres las riendas con mano segura, soltando de cuando en cuando imprecaciones en su idioma materno, entre risotadas y gritos animados, contentos porque muy pronto, tras mucho viajar, iban a parar nuevamente y descansar por algunas semanas.

Ellos venían todos los años. No era siempre el mismo grupo, cada vez llegaba uno distinto. Algunos eran artistas y hacían exhibiciones instrumentales, cantaban y bailaban en la taberna *El Corsario Rojo* mostrando su arte, costumbres y cultura exóticos en un espectáculo de rara belleza; la mayoría, entretanto, eran apenas nómadas comunes que venían solamente para comerciar. Acampaban por dos o tres semanas en los alrededores de la ciudad y después se marchaban. Pasaban como el viento que sopla en el desierto: sin dejar huellas.

Este grupo, sin embargo, era diferente.

Desde niño me había acostumbrado a la visión de los gitanos invadiendo la ciudad con sus trajes coloridos, sus gestos y costumbres raros, la misteriosa algarabía que brotaba de sus labios, llevando toda clase de objetos para vender: ollas de cobre, brazaletes, pendientes, objetos de marfil y madreperla, cuentas de cristal, collares y, principalmente, suerte. Comerciaban también con caballos; aplicaban masilla a los dientes de los animales para hacerlos parecer jóvenes, le pasaban la almohaza en el lomo, transformando matalones en corceles. Además, sus increíbles dotes de prestidigitación les había atraído, desde hacía siglos, el epíteto de vagabundos y ladrones.

Las mujeres, bastante adornadas, con vestidos estampados, largos hasta los pies, blusas con encajes, algunas llevando niños de pecho. Se sentaban en el

peldaño de las puertas para dar de mamar a sus hijos, exhibiendo con generosidad los pechos trigueños.

Había, en general, entre las mujeres gitanas, jóvenes increíblemente bellas; usaban grandes pendientes de oro en forma de aro, el negro cabello suelto sobre las espaldas o atado sobre la nuca formando una trenza enroscada. Colocaban una flor en los cabellos que les daba mayor encanto. Poseían piel de cobre y ojos negros, encendidos como dos llamas mellizas. La mirada de fuego y la languidez del cuerpo moreno, aliadas al olor de hembra madura, embriagaba hasta los más curtidos bebedores de pulque.

Días antes le habíamos hecho, Perla y yo, una entrevista al grupo que ahora visitaba la ciudad. El reportaje, algo extenso, había salido en la *Gaceta* con tres o cuatro fotografías. Habíamos visitado el campamento, ubicado a la entrada de la ciudad, a la vera del río.

Era por la tarde, allí se hallaban otras personas que la curiosidad había atraído al sitio. En el centro del campamento, amplio espacio de terreno circundado por los carros, un enorme lechón era asado al palo, para la cena. Hecha con una rama de árbol larga y recta, pero resistente, la gruesa varilla penetraba en el ano del animal y salía por la boca. Era necesario que el asador fuese bastante rígido para sostener la colosal masa desollada y reluciente, color crema, escurriendo grasa sobre las brasas.

Los gitanos procedían de lejanas regiones, desde el otro lado de la Tierra, allá donde el sol nace primero. Venían en peregrinación constante, desde hacía generaciones, para conocer el mundo, con el objetivo de que sus hijos y los hijos de sus hijos se graduaran en la escuela de la vida; esta peregrinación nada tenía que ver con aquélla que hacen al pequeño pueblo de Les Saintes Maries de la

Mer, durante su fiesta anual, a fines del mes de mayo. Iban en búsqueda de la verdad, y cuando la encuentre, ¿qué sucederá? Un gitano viejo, el rostro arrugado como un mapa en relieve, curtido por muchos soles y quemado por los vientos, respondía, sólo estaré seguro de haberla hallado cuando mis huesos sean polvo. ¿Es decir que jamás se encuentra la verdad, mi señor? La verdad, contestaba, como tú la imaginas, sería la respuesta para todas las cosas. No hay respuestas, sino preguntas. Habrás hallado la verdad cuando no tengas más necesidad de buscarla, pero no obstante, jamás dejes de hacerlo. ¿Y cómo sabré cuando no tenga más necesidad de buscarla, mi señor? Llegará el momento, no te preocupes. De alguna manera lo sabrás. Inexorablemente...

En fin, íbamos a asistir al espectáculo. Entramos en la taberna *El Corsario Rojo* cuya fachada resplandecía dentro de la noche, encuadrada por los luminosos a neón, rojos, verdes, azules y amarillos, destellando intermitentes y recortando la figura de un corsario en una isla tropical, palmeras al viento, el arca del tesoro a sus pies, viéndose al fondo el buque anclado en aguas verdes, todo eso formando extenso mural con las luces de neón insinuando movimiento.

Luego a la entrada se notaba la atmósfera suave y extraña de músicas y palabras susurradas como si fueran de terciopelo. Y de terciopelo eran forradas las paredes de la taberna, rojo, verde, azul y negro. Ricamente adornadas con cuadros representando escenas del Caribe, bucaneros, corsarios y filibusteros, tipos representativos de la numero-

sa y salvaje cofradía de los Hermanos de la Costa.

Nos sentamos en una mesa cerca del estrado que quedaba debajo de un pórtico de piedra y servía de palco. Como era temprano todavía, éramos los únicos presentes y para pasar el tiempo, mientras platicábamos, pedimos bebidas. Ramón prefirió ron, diciendo que era para estar de acuerdo con el ambiente. En ese momento, tras breve pausa, la música recomenzó a tocar en los altavoces diseminados por el recinto, proveniente de un disco que giraba en el tocadiscos. Tocó una rumba y después un merengue, mientras yo beborroteaba mi *margarita*. Los demás tomaban cerveza, a excepción de Perla que había elegido saborear un *toreador*.

Principiaba a llegar gente y poco a poco la taberna iba siendo tomada, las mesas todas siendo ocupadas. De donde estábamos podíamos ver el fuego crepitar en la cocina y sentíamos el olor aromático de carne asada y especias. Camareros iban de un lado a otro finalizando los preparativos para la gran velada. De allí a poco iban a empezar a servir la cena.

Mientras no llegaba el momento de la presentación del espectáculo, los altavoces iniciaron a vibrar al ritmo de los primeros acordes de la orquesta de Tata Miranda y sus Violines Gitanos, lo que anunciaba estar próxima la hora.

En efecto, fue casi al final de la cena que ellos se presentaron. Estaban trajeados con todo el esplendor de su nomadismo secular, vestidos de seda de todos los colores y con adornos de oro, impecables, brillando con la coreografía de sus danzas y cantos exóticos, en el aire la vibración de cuerdas lujuriosas y llenas de sensualidad, la música lánguida rebosante de melancolía. Tenían todos la piel morena, a excepción de una joven que la tenía clara, de color rosa pálido, desmayado, luminosidad de la miel,

como belleza nórdica o eslava. Tocaban y cantaban, y al son de balalaicas bailaban *Ojos Negros* y *Kalinka*, delante del fuego que ardía en el hogar.

El espectáculo duró dos horas y quedó para siempre junto con las cosas inolvidables de la memoria.

Salimos de la taberna bastante tarde. En el cielo sin nubes las estrellas centelleaban a través de la transparencia del cristal. Estábamos todos alegres, tomados por el encantamiento de lo que acabáramos de presenciar. Perla se sentía extrañamente feliz, hecho al que en principio no di mucha importancia. Tenía el andar ondulante de pantera y nervioso de gacela a la vez, y al volverse para mirarme noté que de sus ojos brotaba oscuridad, como si la noche por completo se viese arrojada a través de los ojos de ella, noche esa iluminada a espacios por la luz temblorosa y salvaje de hogueras de campamento. No sé si sería la magia del ambiente, de la velada, o lo que fuese, de repente sentí que sus pupilas, como las de un gato en las tinieblas, se dilataban de placer; las delicadas fosas nasales aumentaban y mermaban de tamaño igual que el palpitar de un corazón, bebiéndose ávidamente el aire. (Sus bellos senos — ¡ay! —, ¡cómo reverberean!) Mi impresión era la de que me hallaba en la inminencia de ser devorado.

Cuando me di cuenta estábamos los dos solitarios dentro de la noche, y la larga Avda. de la XV Revolución se extendía en perspectiva ante nosotros, surrealísticamente, hasta perderse de vista. Me dominó la curiosa impresión de tener delante el lienzo famoso de Paul Delvaux y que penetrábamos en la *Gran Avenida*. Nos habían desertado todos dejándonos hacia atrás, cada vez más y silenciosamente hacia atrás. Y en aquel momento precioso de entrañable y carnal espanto estábamos solos, irremediablemente solos...

XIII

La vida en el muelle siempre fue muy agitada, siendo el río uno de los canales de comunicación y comercio más utilizados, verdadera vía sanguínea de Manantiales. Allí quedaban los almacenes de mercancías, depósitos de bananas y otros materiales que los barcos transportaban desde y hacia otras partes.

El muelle tenía animación la mayor parte del día con su fauna característica de cargadores, vagabundos y prostitutas. En medio a los cajones, bultos diseminados sobre el atracadero, el olor penetrante de las frutas podridas, se movían furtivamente los ratones humanos que no tenían ocupación o la tenían fuera de lo común.

Los barcos que hacían el transporte de mercancías se sucedían en gran número durante el día entero surcando las aguas color turquesa que en aquel punto eran sucias y llenas de residuos, hecho explicado por la proximidad de la civilización.

El pescador solitario que se sentaba pacientemente en el borde del embarcadero conocía por demás la escena siempre repetida, casi sin variaciones. La chalana deslizaba suavemente sobre las aguas tranquilas del río. La impulsaban tres negros corpulentos, cada uno asiendo larga vara que utilizaba para impeler el barco. Torso desnudo,

expuesto al sol inclemente, rezumaban sudor por todo el cuerpo. Pujantes músculos ondulaban bajo la piel de ébano a cada esfuerzo hecho, manejando las varas. El olor de sus cuerpos se mezclaba con el de la carga y viceversa, en una simbiosis hombre-fruta — disfrutado — y en el momento de servir como alimento ellos mismos eran la comida, singular comunión, devorados en ceremonia canibalesca: su carne; su sangre; su sudor; sus almas; su trabajo explotado y miserablemente pagado.

Remaban sin parar, lenta e incansablemente, impelendo la chalana cargada con bananas y caña de azúcar, entonando en coro *Farewell to Jamaica* y otras canciones nostálgicas de su tierra.

Eran los barqueros del Azul.

Hubo época en que el muelle tuvo su gloria, ahora ya en decadencia. En las leoneras sórdidas las mujeres públicas daban curioso espectáculo sentándose en el regazo de los rufianes, levantaban el vestido y desnudaban el pecho, haciendo gestos obscenos acompañados de palabras del mismo quilate apropiadas para la ocasión, reíndose a carcajadas y rompiendo vasos. A la puerta se reunían curiosos, divirtiéndose con las escenas, para algunos ordinarias, para otros no, como sucedió una ocasión conmigo mismo. Fui allí con un compañero, ambos tiernos de quince años, movidos por irresistible curiosidad propia de la época de quien apenas empieza a despertar hacia las cosas de la vida. Después de observar el *espectáculo* por cerca de media hora, a cada rato echando alrededor la mirada con un miedo de novela de la policía, sobrevino por fin el instante crítico que tanto temíamos. Un hombre se acercó a nosotros y dijo que era un policía (vestía de civil), dijo que allí no era lugar para nosotros, debíamos marcharnos inmediatamente, pues si nos viese de nuevo

rondando nos llevaría presos. Verdad o no, nos rajamos de allí de pronto, a la vez asustados y aliviados, casi cagándonos de miedo. Al pasar por un bar, ya fuera de la zona de peligro, no resistimos a la tentación de pedir un vaso de agua. Temblábamos. Hasta hoy guardo vivamente el recuerdo de aquel episodio...

En aquella época las alcahuetas hacían fortuna. Tenían clientes entre los estibadores y vagos que habitualmente frecuentaban el muelle, una de ellas mantenía apuntes en una libreta con el nombre y las deudas de cada uno, la cantidad de veces que el cliente mantenía contactos íntimos con sus pupilas, para cobrar sus servicios en el día de pago. A veces la memoria débil del cliente se chocaba con la insistencia de la alcahueta en la cuestión de lo justo de la cuenta cobrada, si el valor realmente correspondía a la cantidad de veces que aquél había utilizado sus favores... Por fin se ponían de acuerdo y solucionaban el problema de la mejor manera posible: el usuario reconocía la deuda y pagaba, cesando la discusión.

Siempre que se veía obligado a pasar por allí, camino del depósito de bananas perteneciente a la compañía extranjera de la cual era tenedor de libros, antes de jubilarse, Bonifacio Moral no lo hacía sin cierta dosis de mal disimulado pavor. Caminaba sin mirar hacia los lados, con su estatura y delgadez equilibrándose como junquillo ambulante. Los rufianes, al principio, al verlo pasar, se burlaban de él pero después se acostumbraron con la excéntrica figura y no le prestaron más atención. Figura ésa que le causaba problemas en cualquier lugar; durante el carnaval los mocosos lo visaban de propósito, ocultábanse detrás de los muros de las casas para empaparlo con baldes de agua que le tiraban encima al pasar, se creía el tipo más desafortunado del mundo, si le sucedía pararse un

rato en una esquina tenía que tomar cuidado para que ningún perro callejero le meara en las piernas delgadas como palillos. Las mujeres del muelle le dirigían bromas y risitas, mostrándole las piernas entre gestos obscenos, Bonifacio volvía la cara avergonzado, el corazón le latía fuertemente, apresuraba el paso. Había una de ellas, casi niña, con el pelo largo hasta las nalgas, tan delgada que se diría que los cabellos estaban chupándose toda la savia de aquel cuerpo cenceño, para la cual él muy a menudo echaba miradas furtivas, no lo podía evitar, y ella varias veces al verlo pasar le ponía en un gesto rápido esquelas en el bolsillo del saco. Él no reaccionaba, solamente tomaba el billete cuando estaba lejos de allí o al llegar a su casa. Entonces abría la papeleta, nervioso y excitado, y leía las invitaciones que la mujer le hacía, escritas con letra garabateada, sugiriendo palabras cariñosas con olor de obscenidad, cosas de puta, pensaba, y se ponía a sudar y temblar de excitación, haciendo fuerza para que la tentación no prevaleciera y le hiciera sucumbir. Un día, al pasar delante de la puerta donde estaba siempre la *niña*, como íntimamente la identificaba, ésta tenía en sus labios un cigarrillo apagado y le pidió fuego, él contestó que no tenía, no fumo, dijo, era ya un progreso, pensó sonriéndose la meretriz, yo hice que me hablara, al día siguiente al pasar Bonifacio ella le pidió para cambiarle un billete de cien por dos de cincuenta, sin saber cómo, él paró y satisfizo el pedido, gracias, dijo ella sonriéndose, él se fue sin decir nada, no sabía explicar por qué no le había dicho que no tenía, podría haber mentido pero no lo hizo, esas putas, pensó, solamente al arribar a su casa tomó el billete de cien para examinarlo, seguramente no sería infeccioso, entonces se dio cuenta que había algo escrito a bolígrafo, leyó, este dinero fue una noche de trabajo, honrado, por

supuesto, cogiendo, tuvo un sobresalto, la misma caligrafía garabateada, las letras disformes, fue ella quien lo escribió, no tenía dudas, y decir que desde no hace muchos años quizás ella escribiera ingenuamente versitos románticos en el dinero, el beso en la boca es un pecado amoroso, oh, Dios mío, por qué hiciste un pecado tan sabroso, pero así es la vida, pobre criatura, luego a mí suceden esas cosas, ese explosivo pero sordo grito de angustia reprimido en las palabras silenciosas escritas en el dinero, lápida funeraria de una sociedad corrompida y de explotación, porque el indio, el campesino, el trabajador común, sabían quienes eran los explotadores y sus representantes, aunque la mayoría fuese analfabeta, sabíanlo por intuición y por instinto, sabían por qué su salario era bajo, por qué no encontraban trabajo, en fin, conocían la causa de toda su miseria secular, pero qué es eso, hasta parece plaga de intelectual, *vade retro, Satana*, cultura es sinónimo de subversión, qué voy a hacer ahora, y así se llevaba las manos a la cabeza y se martirizaba, listo, ya se encontró un problema, él cuyas ocupaciones durante sus ratos libres se limitaban a hacer crucigramas y nunca había tenido mayores preocupaciones que pensar en cosas frívolas como por qué los consultorios de médicos u odontólogos siempre tienen revistas viejas, o por qué el peluquero siempre es un tipo locuaz; ahora sí, estaba embrollado, y al pasar de nuevo por el muelle, delante de la puerta de la *niña*, Bonifacio manejaba la lengua de serpiente para humedecer los labios resecos, ella le echaba una sonrisa que era una mueca, inclinaba la cabeza y con el índice de la mano derecha hacía repetidas veces en rápidos movimientos entra y sale en el círculo formado por el índice y el pulgar de la mano izquierda, señal sugestiva ésa, invitación sin palabras, entonces Bonifacio rememoraba los tiempos de

juventud cuando no se había dedicado aún a un ideal y aprovechaba la vida, y al acabar de salir de una cita amorosa, un combate cuerpo a cuerpo, en el barrio de mujeres, filosofaba, el amor es bello, sólo hace falta el sentimiento, aún en la boca el sabor pastoso, reciente, de besos lisos, resbaladizos, limosos, a la vez ásperos y llenos de amargura, el cuerpo lascivo en lánguido abandono, lo suficiente para tomar un taxi y llegar a casa, y ahora, sin embargo — ¿qué pasaba con él? —, la fortaleza cedía poco a poco ante los embates del enemigo, señal de los tiempos, como el otro día en que había sido sorprendido por la lluvia, violento chaparrón contra el cual no servía paraguas, se guareció bajo el toldo de una tienda, algunos tanseúntes se arriesgaban a enfrentar la tormenta y transitaban presurosamente por las veredas, fue cuando él vio una joven correr, tenía la blusa escotada delante y el agua le caía en cascada por entre los senos, Bonifacio visualizó la escena deseando que la lluvia fuese champaña para él lamer lo que escurría por entre las tetas, como hacía al tiempo de los valses, cuando era frecuentador asíduo de las bandas que tocaban en plaza pública, soltó una risita de satisfacción que sin querer le salió como un cacareo, la mirada lúbrica siguió la visión que se perdió en la esquina, dónde estaba el vigor de la juventud, cuando entonces siempre que tenía hambre comía hasta hartarse, lenta y voluptuosamente, saboreaba el alimento sacándole provecho como si fuera el mismo acto de amor, tras haberse saciado se sentía lánguido como un animal satisfecho, cayendo en un marasmo y abandono de sí mismo, situación que confirmaba la célebre máxima latina, ligeramente modificada, tras abundante comida todo animal se vuelve triste, y ahora una vez más tenía ganas de comer pero no tenía el mismo vigor de antaño, se trataba de otra clase de

hambre, era solamente querer y estaba a un paso de satisfacerla, si la edad no lo ayudara mucho había otros recursos, para qué atemorizarse con los achaques de la vejez, y así fue que una tarde de sol al salir del trabajo, pasando por el muelle como siempre hacía, la *niña* allí estaba en la puerta, siempre la misma, la misma sonrisa e idéntica invitación, las piernas a la vista mostrando los muslos hasta la bombacha color de rosa, él la miró con expresión vacía como la de los locos, entonces Bonifacio Moral, por primera vez en su vida desde que se había dedicado de cuerpo y alma a su ideal, cedió como el edificio que cae, mandó la moral a la mierda y marchó con pasos de autómata hacia la *niña*, pase, le dijo ésta con la sonrisa constante que él ya estaba acostumbrado a ver, lo llevó al cuarto de dormir y se acostó con él, los dos desnudos pasaron horas y horas en la cama haciendo amor, mientras tanto cayó intenso aguacero que pronto pasó, las gruesas gotas de lluvia matraqueando sobre el tejado de zinc con cadencia de ametralladora, la tormenta se fue como vino, pequeño homenaje al hombre que en fin quebró la rutina y cumplió con el deber largamente negligenciado, él descontando el tiempo perdido y maldiciendo los padecimientos propios de la edad senil, pero hizo lo que podía, creía aun que se estaba saliendo garbosamente, la *niña* concordó, sonreía mientras jugaba con él y le hacía cosquillas, él podía ser su abuelo, el viejo caradura, sátiro sinvergüenza, sabía hacer las cosas, y él dibujó una sonrisa sin gracia alguna, lamentando los achaques de la vejez que no le permitían hacer más, pero no había problema, colocó la delgada y larga lengua de serpiente a trabajar, la *niña* se reía porque sentía cosquillas, hasta el momento en que no aguantó más, entonces ella decidió también mostrar lo que sabía, todo aquello que

la experiencia milenaria de la profesión considerada la más antigua del mundo le había enseñado, tanto hizo que casi lo mata, quién diría, después de tantos años de fosilizada terquedad erigida en baluarte de las buenas costumbres, había de llegar el día en que mandaría a la mierda la moral y las buenas costumbres para hallarse en el cuarto de aquella *niña* que lo estaba matando poco a poco haciendo amor, él cobrando con altos intereses todo el tiempo botado, la cita duraba ya varias horas hasta que el viejo coñete no aguantó más y se dio por vencido, se desalentó y quedó inmóvil, como si acometido por ataque cardiaco, ahí está, dijo la *niña*, gloria al garboso soldado que combatió hasta el último aliento, pero voy a tratar de resucitarlo, y continuó con furia demoniaca a agotarlo con los ingenios del sexo hasta que él se levantó como loco, el carcamal apenas atinó a vestirse y salió corriendo puerta afuera cuanto le permitió la decrépita senilidad, salió de allí en disparada echando pedazos, la mano manteniendo el sombrero para que no volara, pisando los charcos — sus grandes zapatos eran dos chalanas navegando en aguas llovedizas —, a galope, lo que tanto temía había por fin sucedido, el diablo se le había metido en el cuerpo, se sentía ya como si tuviera cascos de cabrón, continuó el furioso galope debajo de la chacota general, hombres y mujeres en las puertas sospechosas por todo el muelle, fue derecho a la iglesia para confesar la culpa que él sabía necesitar de todo lo restante de su vida de penitencia para redimirla.

XIV

Aquella mañana temprano en que Jubal salió a caballo hacia los pantanos para cazar, el cielo se presentaba nublado aunque continuara a hacer un calor sofocante y húmedo. Ya había hecho la entrega de las verduras en el mercado y por aquel día estaba libre. Él miró hacia arriba, de un lado al otro del horizonte, y todo era igual; extensa cortina de cúmulos esparcidos como copos de algodón infundía sensación de incertidumbre y duda. Inquietud interior se apoderó de él, sintiéndose como el animal que anda sin parar de un rincón al otro dentro de la jaula. Vientos soplaban desde las montañas cargados de aromas calientes y vegetales, trayéndole olores de convulsiones pasadas pero no de todo olvidadas. Apenas se limitó a sacudir la cabeza. Fuere como fuere, llevaría a cabo lo que tenía planificado; no dejaría la inquietud pasajera interferir en sus planes. Y fue en ese estado de espíritu que se dirigió a galope hacia la carretera que atraviesa el valle.

Los diarios y la radio anunciaron el nuevo día divulgando noticias acerca de la huelga de los mineros que exigían mejores salarios y condiciones de trabajo. En verdad, desde hacía algún tiempo que los sucesos daban a antever tal actitud; la situación se estaba preparando poco

a poco hasta que el sindicato decidió declarar la suspensión temporaria del trabajo en las minas.

Manantiales estaba atravesando una época difícil. El final de las cosechas era prenuncio de desempleo para casi la totalidad de los trabajadores manuales, indios y campesinos contratados y pagados por las compañías extranjeras, que trabajaban en las grandes plantaciones de bananas y caña de azúcar en cambio de escasos salarios que apenas les permitía sobrevivir. El precio de esos productos había caído mucho en el mercado internacional a causa de maniobras de las grandes compañías monopolistas, hecho ése que acarreaba enorme perjuicio para la economía de la región, inaugurando período de carestía, desempleo masivo y miseria sin precedentes, aunque no fuese la primera vez que eso ocurría.

Mientras tanto los días se arrastraban uno detrás del otro, iguales y monótonos. Los acontecimientos se iban sucediendo todavía en las sombras, aunque flotara en el aire una tranquilidad sofocante y la congoja que no se sabía de donde venía.

El trabajo en la *Gaceta* se desarrollaba normalmente, la actividad era intensa y las noticias de los recientes sucesos eran divulgadas de la mejor manera posible; siempre había el riesgo de censura respecto a la publicación de informaciones acerca de los hechos, problema constante a ser evitado. La tijera de censor era diligentemente manejada por el jefe de policía, apenas una más entre las innumerables funciones en que se desempeñaba. Sólo tenían camino libre, desde luego con pleno consentimiento oficial, las estadísticas y noticias manipuladas que, aunque tuvieran la finalidad de mistificar, no lo lograban, porque los hechos no se amoldaban a las palabras.

Aquella mañana Jubal no podía antever que los

acontecimientos, desde hace mucho cocinando en fuego blando, se precipitarían, con los diarios publicando en primera plana el suceder de los hechos y la radio martilleando en el éter con voz del otro mundo las noticias sobre episodios tan rutinarios en la vida de los mortales de estas comarcas sometidas.

No tuvo suerte durante el día entero. Había salido con el fin de cazar patos silvestres en los pantanos y no consiguió ni una liebre en la floresta. Ya era casi noche y se sentía cansado; después de dar de beber al caballo en el arroyo que corría cerca, decidió sentarse un rato para descansar, apoyándose al tronco de un árbol. No tenía hambre porque se había comido toda la provisión que se llevara para la jornada, compuesta de gallina asada, empanadas y huevos cocidos; se había tomado también lo restante del refresco que había quedado en el termo. Se quedó descansando un buen rato, en la suave quietud de la floresta, en soledad, contemplando el cielo que aquella hora estaba limpio de cualquier nube, entretenido en pensamientos. Cuando se dio cuenta era noche ya, las horas pasaron silenciosas, entonces decidió regresar.

En la orla de la selva, cerca del cruce del camino que lleva a los pantanos, cavalgaba Jubal de regreso a casa. En el cielo la luna llena brillaba intensamente iluminando el camino y la floresta. Fue en ese momento que oyó próximo el galope de un caballo que se acercaba; miró hacia el sonido y vio al animal corriendo velozmente sobre él, con una figura negra montada. La escena fue tan rápida que apenas tuvo tiempo de apartar la propia cabalgadura con el

fin de evitar el choque y para no ser derribado.

El desconocido siguió imperturbable con el galope, a la misma velocidad, sin importarse con el hecho de casi haber atropellado al muchacho. Con el susto Jubal sintió los pelos de la nuca erizarse, a la vez que era invadido por la rabia. Tomó rápida decisión y de pronto condujo el caballo hacia el rumbo que el desconocido había tomado.

Por lo poco que había podido apreciar acerca de él, parecía ser apenas una figura envuelta en una capa negra con capucha cubriéndole la cabeza, montando fogoso corcel blanco (Jubal conocía muy bien a los caballos, hasta por su olor, como solía decir). Quienquiera que fuese, el extraño personaje estaba huyéndole a algo o entonces se daba prisa en llegar a algún lugar.

Después de unos minutos de galope logró acercarse lo suficiente del desconocido como para hablarle. Éste se había parado en el tope de pequeña elevación, ya cerca del pantanal, de donde se podía oír nítidamente, aunque un poco débil, el croar de las ranas. En ningún momento durante la persecución el desconocido había mirado una vez siquiera hacia atrás. Jubal sentía cada vez más crecerle adentro la curiosidad y también un poco de miedo; en fin, había que estar preparado para cualquier eventualidad o actitud hostil que el misterioso caballero pudiera tomar. Por suerte estaba armado, lo que infundía cierta seguridad. Y la escopeta podría servir perfectamente para defenderse en la hipótesis de ser atacado por el tipo embozado y bronco que galopaba adelante.

A cincuenta metros del desconocido sofrenó el caballo y se quedó mirándolo pensativo, estudiándolo; por más que se esforzara no lograba verle el rostro. Aquél, a su vez, se volvió de frente hacia el muchacho (era la primera vez que lo hacía), esperando.

Transcurrieron unos segundos. Jubal rompió el silencio con voz firme, no permitiendo que la emoción del momento prevaleciera:

—¿Quién es usted?

El misterioso personaje demoró unos instantes en responder.

— ¿Qué importa quien soy yo?

Jubal sintió en sus oídos, en tono burlón, la voz estridente y maléfica de un viejo perverso. Le dio repentino vahído y los pelos de la nuca volvieron a erizarse, como los de la fiera arrinconada que por instinto presiente el peligro. Esto era un reflejo instintivo ancestral, atávico, de defensa, que se manifestaba en muchas ocasiones, cuando, por ejemplo, era perseguido por algún perro terco que lo acometiera sin motivo.

Brusco escalofrío le recorrió la espina acompañado de la náusea característica que se siente al olerse carne podrida; un temblor le sacudió el cuerpo, pero logró dominarse.

— ¿Cómo, qué importa! Entonces usted casi me derriba del caballo sin ni siquiera preocuparse con eso y tampoco se molestó en parar para ver si yo estaba herido.

— No es mi deber importarme con quienquiera. Apenas sigo mi camino y si nos encontramos hoy fue por simple casualidad. Para ti todavía no ha llegado el tiempo de la cosecha; sigue pues, tú también, tu camino y no pienses más en lo sucedido.

— Tus palabras me son extrañas. Para mí carecen de significado. ¿No puedo saber por lo menos con quién estoy hablando?

— ¡Ja... Ja... Ja...! — estalló el desconocido en una carcajada de hiena —. De nada te serviría conocer mi identidad. Es mejor que no intentes saberlo, aunque sin

demora lo descubrirás. Pero tengo prisa y necesito seguir adelante; una cosa te diré, sin embargo, presta atención: los próximos días serán muy importantes para Manantiales. Habrá una gran matanza y ríos de sangre correrán. Serán días de sufrimiento y de ira, pero nada podrá impedirlo. ¿Serán buenos o malos los que morirán? ¿Qué importa? ¿Qué es el Bien y el Mal sino una sola y misma cosa, las dos caras de la misma moneda?

— ¡Espere, miserable! — exclamó Jubal, lleno de rabia, incitando el caballo hacia el desconocido.

El personaje de negro hizo un gesto con el brazo en movimiento ondulante.

— ¡No te acerques!

El caballo del muchacho se empinó, arrojándose hacia adelante para luego tropezar y caer de lado, pero se levantó rápidamente; con el ímpetu lanzó lejos al caballero que cayó pesadamente al suelo. Jubal hizo un esfuerzo y logró ponerse de rodillas. Por suerte no estaba seriamente lastimado.

— Deberías saber, joven, refrenar tus impulsos. Nada podrás hacer para impedir lo que se acerca. La cosecha será grande, pues el tiempo ha llegado para aquellos que van a morir. La sangre irrigará la tierra y yo tengo mucho que hacer. Nadie me huye, a mí nadie me engaña. Cuando suena la hora me presento a la cita; soy siempre puntual. Nuestros caminos volverán a cruzarse, muchacho mío, por lo menos una vez más. Aquellos que intentan huirle a mi abrazo — ¡qué vana locura! (cacareó como un viejo tuberculoso) —, aquellos que se esfuerzan por hurtarse de mi venerable presencia — puede ser su caso, mi bravo muchacho (lo señaló con el brazo, hablando en tono burlón) —, a esos iré a encontrarlos en Samarra. ¡Hasta la vista, pues! — concluyó, en medio a resonante carcajada.

De repente volteó el caballo, que empinó las patas delanteras relinchando; la capa negra ondeó al viento floja, vacía, remolineando sobre su propio eje vertical.

Con la rapidez con que el rayo hiende el árbol de arriba abajo, durante la tormenta, desapareció en búsqueda de la línea del horizonte.

Con un dolor de cabeza muy fuerte y mareado Jubal encaró la realidad naciente con las primeras luces de un nuevo día. Tenía el cuerpo dolorido y fue con sorpresa y perplejidad que abrió los ojos sobre el escenario de la víspera. Se encontraba aún en el mismo sitio, apoyado en el tronco del árbol, y su caballo pastaba tranquilamente cerca de allí. Al ver al dueño moverse, soltó un relincho sofocado de reconocimiento. Jubal se levantó y dio unos pasos para estirar las piernas, desperezándose.

Había ocurrido otra vez. Como durante un atardecer de muchos años atrás, fuera nuevamente cogido por el sueño en plena floresta y despertó al día siguiente. Con espanto, recordó la increíble aventura de la noche, apenas un sueño, una terrible pesadilla, se sintió aliviado por eso, por él mismo, pero no tanto por los malos presagios que la aventura onírica contenía, no muy distantes de la realidad de todos los días. Él, personalmente, ya había presenciado cosas peores y la población de Manantiales tenía harta experiencia en ese sentido, desde la sangrienta guerra civil. "*Siempre que va a ocurrir una matanza la Muerte cabalga su corcel blanco por la noche, vestida con su negro manto con capucha*", dice la tradición entre los indios acostumbrados desde hace siglos a los atropellos y carnicerías

promovidos contra ellos por el *huinca* extranjero, "llora mi raza vencida por otra civilización", y la pesadilla de Jubal era una triste premonición de los días difíciles que estaban aún por venir. Sin pérdida de tiempo, montó a caballo y se apresuró a regresar aprovechando la mañana recién empezada.

Cuando ocurría de ausentarse, no podiendo llevar la partida de verduras al mercado, el padre se encargaba de la tarea, como en otros tiempos él mismo lo hacía todos los días. Ése era uno de los motivos por que a veces pensaba que si tuviera un hijo éste podría atender a sus compromisos cuando él no pudiera hacerlo, en vez de molestar al viejo; en efecto, necesitaba casarse, aunque después pasaría a dedicar su tiempo a otra actividad muy distinta, para la cual se estaba preparando desde hacía mucho, y su unión con Loredana representaría el inicio de una nueva vida dedicada al estudio y a las cosas del espíritu, sería el continuador de la obra del Prof. Gallius, misión que él asumía de buen grado y pacientemente esperaba el momento en que fuese llamado a hacerlo.

Aquella hora de la mañana, mientras galopaba de regreso por la carretera, empezaron a pasar rumbo a la ciudad camiones cargados de indios y campesinos que hacia allí se dirigían a fin de ir a hacer reivindicaciones en los sindicatos respectivos. Otros iban en carros o mismo a pie, y con el pasar de las horas llenaban la carretera como lenta procesión de peregrinos.

Era la agudización de la crisis.

En la ciudad el intendente estaba al tanto de los sucesos y acompañaba atentamente su evolución. Entre otras medidas había ordenado al jefe de policía que estuviera listo para colocar sus hombres en acción para el caso de haber disturbios y proceder al mantenimiento del

orden. Hilario Carrasco no necesitaba que le dijeran lo que debía hacer, porque ya se había anticipado y tenía la soldadesca patrullando a caballo. Estaba satisfecho con él mismo y se restregaba las manos de contento, anteviendo momentos de acción del género que él tanto apreciaba.

Levas de campesinos y trabajadores indios de las plantaciones de bananas y caña de azúcar continuaban llegando a la ciudad sin cesar; un contingente de mineros en huelga había venido a parlamentar con las autoridades. Los sindicatos se agitaban en febriles movimientos, personas entraban y salían a cada rato.

Una semana había pasado. Ninguna solución fue encontrada y los ánimos empezaban a exaltarse. Los mineros mantenían firmemente su resolución de no volver al trabajo mientras las autoridades no les atendieran sus reclamos. Hubo tumultos y la policía intervino, ocurriendo enfrentamientos. La falta de recursos y acomodaciones impacientaba a la masa de trabajadores indios, verdadera multitud que se reunió delante de la municipalidad, tras un largo recorrido por la Avda. de la XV Revolución. Los hombres de Hilario Carrasco estaban puestos delante del edificio listos para intervenir y disolver la manifestación. Los trabajadores protestabam contra el desempleo exigiendo que las autoridades tomaran providencias. El jefe de policía se entrevistó rápidamente con el intendente que dio su permiso para que fuera disolvida la manifestación con el empleo de la fuerza. Hilario Carrasco estaba contento; había logrado lo que quería. Ordenó a sus hombres a caballo que acometieran contra los manifestantes, que no eran pocos. Armados de cachiporras se lanzaron con los caballos sobre la multitud, distribuyendo golpes a tontas y a locas. Hubo un clamor, y se abrió un claro en la concentración. Las personas corrían hacia todos lados, perseguidas

por los policías montados. A continuación volvían a juntarse en grupo compacto, un poco más alejados. Bandas de estudiantes y populares se unieron al movimiento, contestando a la violencia de los policías con piedras y una lluvia de proyectiles de toda suerte que podían conseguir. Vino la noticia de que los manifestantes estaban invadiendo los almacenes y depósitos de las compañías extranjeras para apoderarse de los alimentos que se hallaban almacenados a fin de provocar artificialmente la elevación de los precios, hecho éste que había causado la carestía y precipitó bastante la crisis. El jefe de policía inmediatamente trasladó parte de sus hombres hacia el local, cercano al muelle, y fue en persona a evaluar la situación.

No se trataba de simple rumor; una gran masa de populares tomaba violentamente de asalto a los depósitos apropiándose de los productos de que tanto necesitaba. La mayoría de los trabajadores indios y campesinos, toda la inmensa multitud de desempleados se dirigía hacia allí y participaba con júbilo feroz del saqueo a los enormes almacenes de los consorcios monopolistas. A una orden del jefe de policía, que rápidamente consideró la gravedad de la situación, los esbirros montados acometieron con redoblada violencia contra la masa rebelde. Ésta, enfurecida, revidó con igual violencia como hacía tanto tiempo no se había visto. Algunos, locos de odio dirigido hacia las grandes compañías que creían ser las causadoras de todas sus miserias y sufrimientos, prendieron fuego a los depósitos ya practicamente vacíos porque casi la totalidad de la mercadería almacenada se la habían llevado. Las llamas empezaron a subir implacablemente, el jefe de policía ordenó de inmediato que llamasen a los bomberos y loco de furia, viendo que a golpes de cachiporra no lograba éxitos contra la multitud rebelde, en un arrebato de cólera,

sin medir consecuencias, mandó disparar contra ella.

Se descerrajó una andanada. Los disparos tuvieron efecto paralisante; fuerte clamor y gritos de dolor y desespero eleváronse de la multitud que se puso a correr en dirección contraria como rebaño perseguido por la jauría, dejando detrás suyo largo rastro de muertos y heridos.

La situación se había vuelto crítica y explosiva. El intendente pidió una reunión de emergencia. Ésta se realizó en la misma tarde en la sala de reuniones de la municipalidad. Estaban presentes también los coroneles Macario Torres y Vespasiano Paredes, y además el jefe de policía. El coronel Justiniano Justo, presidiendo el encuentro, habló acerca de la gravedad de la situación y lo que se debería hacer, a su juicio, para restablecer el orden. Fue seguido por el coronel Macario Torres, su cuñado, que dijo practicamente las mismas cosas, añadiendo una u otra opinión personal. Después habló el coronel Vespasiano Paredes. Hizo un largo análisis de la situación, sus causas y efectos, diciendo que los sucesos golpeaban hondo a todos, incluso y principalmente a ellos mismos. Que la causa primera de todo aquello se debía a las compañías monopolistas cuya intransigencia y sed de dominio los estaba llevando por caminos peligrosos y llegaría el momento en que deberían elegir, sea alineándose enteramente con ellas, sea tomando posición contraria y a favor de los intereses de aquella masa explotada, haciendo algunas concesiones y reformas primordiales. Que en ambos casos ellos salían perdiendo, quizás un poco menos en el segundo, pero en cambio tendrían paz y tranquilidad. Declaró que la política de explotación que los monopolios extranjeros — a través de su máximo representante, la República de los Monopolios Unidos — imponían los estaba llevando a la miseria a

ellos también, ya no había más futuro en plantar caña porque debido a las maniobras del actual "déspota del mercado mundial" esos monopolios, por medio del acaparamiento, provocaban a su talante la rebaja de los precios de los productos en dicho mercado, hundiendo en el hambre y en la miseria a todo un pueblo, él mismo estaba casi arruinado, decía estar harto de todo aquello, acusó a los dos cofrades de obedecer ciegamente a los señores de las grandes compañías extranjeras que hacían y deshacían a su antojo en Manantiales, sometíanse dócilmente a la ley del gallinero según la cual el de arriba caga sobre el de abajo, y conforme los gringos cagaban ellos se lo comían y aún para completar aplaudían, a esa altura el coronel Vespasiano Paredes, exaltándose, dio un puñetazo sobre la mesa, para mí basta, dijo, llamó a Hilario Carrasco de incapaz y asesino vulgar, tienes las manos manchadas de sangre, dijo, yo de mi parte no estoy más dispuesto a mancharme las mías, fíjense qué bonito ejemplo de dedicación al servicio, continuó, acusándolo, sólo lo que sabe hacer es torturar prisioneros indefensos y asesinarlos fríamente, nombró las actividades anteriores del jefe de policía que cuando joven había mantenido un consultorio sentimental, cuando aconsejaba y ponía su cálamo al servicio de los amantes ardientes escribiendo para ellos las cartas, además lucía sus dotes plumíferas firmando una columna periódica sobre esos asuntos en el *Diario Comercial*, para ver cómo se progresa en la vida con buena voluntad y dedicación, continuó con sonrisa de mofa, y hoy quién diría, el gran polizonte, el botón de los botones... Pues sí, señores, prosiguió, aquí estamos todos reunidos como pendejos, nosotros, los representantes respectivos de las compañías monopolistas extranjeras que explotan los recursos naturales y riquezas de la región,

además de la mano de obra barata de esos indios ignorantes, en cambio de qué, señores, dinero manchado de sangre, dinero de Judas, comerciamos con la miseria de esa gente que tratamos como esclavos, la culpa no es sólo de las compañías extranjeras pero es nuestra también, somos todos cobardes, nos cagamos de miedo frente al pueblo, nos hace falta dignidad para imponer condiciones a los monopolios, nos dejamos someter como corderos al precio mismo de nuestra propia ruina, no decimos nada, el liberalismo que existe en la República de los Monopolios Unidos nos es negado porque ellos se lo niegan a los pueblos sometidos, ésta es la realidad, ¡carejo!, como ya he dicho, señores, yo estoy harto de todo eso, de esa mierda en que nos metieron y consentimos en andar metidos, y nada más, señores, que les vaya bien. Y así diciendo agarró el sombrero y salió de la sala, dejando a los dos cofrades y al jefe de policía entremirándose mudos de espanto.

Aquella misma noche, tras haber dejado sus negocios a los cuidados de un individuo de su confianza, el coronel Vespasiano Paredes montó a caballo y desapareció, sin que nadie supiera su paradero, en búsqueda de la dignidad perdida. Pero rumores no confirmados decían que se había marchado hacia Manzanares...

Los sucesos siguieron su curso. Las manifestaciones y la violencia proseguían sin solución. Los mineros continuaban en huelga y rechazaban terminantemente volver al trabajo antes que fueran atendidas sus reivindicaciones. Los trabajadores y desempleados de las plantaciones continuaban llegando a la ciudad porque no tenían otra salida y sin trabajo no podían quedarse donde estaban. Sin saber qué hacer, desatinadas, las autoridades atribuyeron la causa e inspiración de los disturbios a la subversión, cuyo

principal instigador era, según decían, el coronel Emiliano Paz que desde el exilio organizaba y comandaba los desórdenes. La policía se afanó como nunca en la caza a supuestos subversivos que afirmaba estar por toda parte. En medio a todo ese movimiento febril, se divulgó una noticia en la cual pocos se atrevían, no sin temor, a creer, y era la de que el coronel Emiliano Paz había sido víctima de un atentado, pero noticias posteriores, aunque confirmaran el hecho, decían que él había logrado escapar ileso, en verdad una bomba había sido colocada en su coche la cual explotó antes del tiempo previsto, él tuvo mucha suerte, decían sus amigos, y atribuían la autoría del atentado a individuos bajo el mando de Hilario Carrasco, que juntamente con los coroneles Justiniano Justo y Macario Torres, imputaba al coronel Emiliano Paz la incitación a los disturbios y la culpa por todas las dificultades que tenían que enfrentarse. El ex intendente se reunía todas las tardes con sus amigos y correligionarios debajo de una enorme higuera muchas veces centenaria, y pasaban el atardecer hablando de política y de los planes que el coronel tenía en mente, iban a visitarlo llevándole su simpatía como manifestación de solidaridad, pasaban todo el tiempo charlando y tomando mate, después del atentado puso a su servicio tres guardaespaldas, más por insistencia de los amigos que por iniciativa propia, y analisando la crítica situación que estaban atravesando y los recientes y graves sucesos de Manantiales, declaró que ya se hicieron revoluciones por demás en esta tierra, todas ellas de poca o ninguna utilidad, apenas caricaturas, hace falta hacer ahora la verdadera revolución, conclusión ésa a que llegó después de todo ese tiempo de exilio, cuando se ponía a pensar y buscar soluciones, y una a una las fue eliminando hasta que quedó la única que creía viable y definitiva, tras

mucho pensar y analisar le pareció no haber otra salida, en esos momentos en que sumergía en lo más hondo de su ser las ideas eran hormigas en fila india recorriendo lentamente los caminos del cerebro, una detrás de la otra, en orden, caminaban cargando con el peso de su grandeza, en muchos casos decenas de veces más grande que ellas, pero en algún momento siempre ocurría el curioso fenómeno, aunque común, como el estallar silencioso de una luminosidad fantástica, explosión que se producía a la velocidad de la luz, a partir de ese momento el cerebro entero se convertía en un inmenso hormiguero donde las hormigas asustadas corrían como locas hacia todos lados, probando encontrar la salida, arremetiendo contra las paredes cerebrales como el agua represada embiste con toda su potencia contra la represa que la contiene, hasta acaecer la inevitable catástrofe.

Manantiales vivía sus días de trance como antes no tuviera desde el final de la guerra civil, y muchos temían que los últimos sucesos llevaran a otra, que Dios Todopoderoso no lo permitiese otra vez, otro diluvio de fuego y sangre estando el primero aún fresco en la memoria, que esas cosas no se olvidan nunca, mientras tanto las manifestaciones de protesta y enfrentamientos continuaban, los mineros en huelga no querían volver al trabajo sin obtener lo que reivindicaban, trabajadores de las plantaciones de bananas y caña de azúcar no cesaban de llegar, muchos en la ciudad se unían a las manifestaciones, los estudiantes llevaban carteles donde se leían consignas en las marchas por la Avda. de la XV Revolución, el pueblo se concentraba en la Plaza de los Libertadores delante del edificio de la municipalidad, los muros de todas las casas amanecían pintados con frases de todo tipo como ABAJO LOS GRINGOS y NO QUERÉMOS SEGUIR BAJO EL

TACON DE TIO TACO, pero no faltaban aquellas sin marca política como JUSTINIANO JUSTO CORNUDO e HILARIO CARRASCO ASESINO, la policía embestía bajo las órdenes de éste contra el pueblo, el coronel Justiniano Justo no se sentía bien en la municipalidad, desde adentro ascuchaba el clamor popular que se elevaba desde la calle contra él, se formaban correrías afuera, algunos más exaltados empezaron a tirar piedras a los vidrios de la municipalidad y contra los policías, éstes avanzaron una vez más a caballo contra la masa compacta que vociferaba pero sin resultado, no lograban dominar la situación, hasta que Hilario Carrasco ordenó que dispararan, y otra vez se repitió, la escena de días antes, intenso tiroteo dispersó a los manifestantes que dejaron en el camino muchos heridos y media centena de muertos, el horror e indignación crecía a cada rato dentro de las personas, padre Lorenzo Guzmán se presentó motivado por el desespero de la situación y la carnicería que se estaba cometiendo para intentar apaciguar los ánimos y buscar una solución, pero sin resultado, y así pasaban los días y las noches de aquel período de trance, había quienes dijeran ser castigo divino, no existía más la sensatez, el burocratismo oficial permitía plácidamente las matanzas verificadas en nombre de la ley y del orden, de la seguridad pública, distribuían muerte como se distribuye golosinas a los niños, y decían a los que querían democracia que la muerte es democrática porque no tiene privilegios para conceder, y con esa excusa llenaban cada vez más las cárceles con presos políticos, cazaban subversivos para torturarlos sin cesar a fin de arrancarles la verdad que ni ellos mismos, policías, sabían cual fuese, mientras los puñales lloraban sangre en medio a los gritos y clamores de desespero, a los muertos nada más quedaba que simple-

mente podrirse, los heridos se lamían mutuamente las llagas como perros de Lázaro mientras flotaba en el aire la niebla azulada de los cementerios, el musgo crecía harto sobre los huesos descarnados, la pátina dominaba todo el esqueleto, después venía el viento del atardecer que soplaba rebelde descarnando los cadáveres que quedaban, limpiaba las osamentas del musgo y de la pátina que las cubría, tantas muertes inútiles habían que ser cobradas, cumplía encontrar los responsables y hacerles pagar los crímenes, en señal de respeto a los muertos la campana de la iglesia no paraba de doblar, plañía, doliente, oraciones fúnebres, y por fin llegó la noche con su tropel de fantasmas, el período en que asomala conciencia, el análisie del día que pasó, sensación del deber cumplido, nada más importaba, Hilario Carrasco, tras un día de faena dedicado a la represión violenta, asesinatos y torturas, se revolvía en la cama en medio a sueños inquietantes, tuvo pesadillas en una de las cuales poseía un gran maizal y no obstante el espantapájaros parecer bastante real, en verdad era un cadáver empalado, los cuervos despreciaban el realismo de la muerte e iban a devastar las mazorcas que él plantaba con tanto cuidado porque servían a sus propósitos, las aves negras venían en bandadas graznando con furor, él fue personalmente a ahuyentarlas, al llegar cerca de los pies de maíz éstes, en decenas, empezaron a perseguirle, soldados uniformados (carne amarilla, uniforme verde), marchando en formación, para reservarle la misma suerte que él reservaba a los demás, el *tratamiento especial* dispensado a los presos políticos, él le huía al batallón de olotes vestidos de mazorca lleno de horror, gritando ¡no!, ¡no! — ya sentía que le rasgaban el culo —, son muchos, no voy a aguantar, así que despertó en medio de la noche sudando frío, estaba con un fuerte dolor de barriga y fue al baño

para aliviarse, pero no logró hacerlo porque, sin embargo, la explosión se produjo al sentarse, por presión, la bomba había sido colocada detrás del inodoro, el petardo lo dilaceró en harapos sangrientos, los intestinos expelieron con violencia la materia excremental que, cuando en vida, en su última oportunidad, no había llegado a ser eliminada y ahora, todo mezclado, incluso la mierda cerebral, todo salpicó las paredes del baño aleatoriamente, en lúgubre y pestilente pintura abstracta, horripilante barbaresco intestinal, la explosión fue escuchada por toda la ciudad como las trompetas del Juicio, acudieron todos al sitio y no encontraron nada, sólo vieron el baño destruído y en una de las paredes que había quedado en pie los barbarescos de una pintura grotesca y maloliente, así se agotó lo restante de la noche, igual que en tiempos de antaño cuando ella acostumbraba a abatirse sobre el pueblo, oscura y llena de espectros, cuando el viento empezaba a soplar locamente, cada vez más rápido, encorvando los árboles y envolviendo todo en remolinos de hojas secas, mira qué viento horrible, me decía mamá, sentada delante del hogar encendido, y eso yo lo rebusco en los casilleros de la memoria, cuando yo era pibe, entonces me encogía todito, pues ella ya me lo había dicho muchas veces antes, cuando soplaba un viento así furioso era porque un diablo se había muerto, y aquella noche memorable todavía permanece en nuestras mentes y tan pronto no se habrá de borrar, teniendo el día detrás de sí con su caudal de violencias y crímenes, permanecerá para siempre en las crónicas y anales de la ciudad redactada de la siguiente manera por el puño de alguien sin edad para quien el tiempo es inmutable y viva simultáneamente en todas las épocas, y lo hará con firuletes de copista escribiendo en dos párrafos al son de los crujidos de la pluma sobre el papel:

"Durante la noche cayó una lluvia finita, menuda, como rociada por gigantesco regador; después de un rato paró y le siguió otra diferente — era una lluvia de cruces, grandes cruces blancas que caían metiéndose con fuerza en la tierra blanda y húmeda —.

"Al amanecer el pueblo despertó y descubrió, a través de la niebla matutina, entre curioso y aterrorizado, que sus casas se erguían sobre un inmenso cementerio de campaña."

XV

La estación de trenes vivía momentos de breve quietud que no duraban mucho, siendo luego interrumpidos por una carcajada lejana o por el son de charlas esparcidas procedentes del bar. La música había cesado por completo en los altavoces.

El movimiento de personas que durante el día se trasladaban hacia la ciudad continuaba aún, no obstante los disturbios de los días anteriores ya no presentasen la misma amplitud.

En la estación somnolienta los pasajeros, que no eran muchos, vivían aquellas interminables horas en compás de espera. La noche iba ya adelantada y la madrugada no tardaría en llegar; para rechazar al sueño y engañar el cansancio probábamos platicar todos los temas que aparecían. Teníamos obligatoriamente que quedarnos allí esperando el tren de la mañana; regresar a casa era imposible porque el toque de queda estaba en vigor desde las 10:00 h p. m. y no sería cosa agradable si fuéramos detenidos por la policía cuyos hombres a caballo patrullaban las calles hasta el amanecer.

La noche estaba muy calurosa, saturada de humores vegetales. Traspasando la oscuridad con sus pequeñas linternas, luciérnagas transmitían, por el telégrafo luminoso, tímidos mensajes de amor. A lo lejos, a través de la

espesura y humedad del aire, denso como jarabe y mojado como el interior de una pecera, a pesar del rápido pero abundante chaparrón que había caído un par de horas antes, o quizás más animadas a causa de ello, las ranas croaban aún más fuerte que cuando pidieron un rey a Júpiter.

Había momentos en que agotábamos los temas y se formaba entonces prolongado silencio entre nosotros, algo contemplativo pero colmado de pensamientos. La mirada se perdía al intentar penetrar en la oscuridad más allá, llena de los rumores misteriosos de la floresta, encubriendo con su velo desplegado a modo de mortaja los acallados tugurios de los trabajadores indios y campesinos, muchos de ellos vacíos, entre estos, tantos que jamás volverían a ser ocupados. Los recientes sucesos de días antes pasarían a figurar en las crónicas y a formar parte de la literatura popular, serían transmitidos de padres a hijos a través de las generaciones, integrando la tradición oral de esta comarca olvidada en algún rincón del mundo subdesarrollado y constantemente explotado, su gente miserable viviendo de esperanza, la furia reprimida hecha pedazos bajo los dientes que trituran semillas de lágrimas y sangre, las noticias serían divulgadas por el hombre noticiero, considerado como loco, que camina sin cesar de un lado a otro sobre la vereda, bajo el toldo del cine donde yo una tarde me guarecí de la lluvia, él está siempre allí, tipo bajo, retaco, traje azul y corbata negra, manos gordas detrás de las espaldas, algo curvado, cabeza en forma de huevo, pelo corto, ojos azules y lentes con aro de tortuga, habla con ligero acento holandés y tiene aspecto de quien fue ya empleado de embajada o consulado. A medida que anda de un lado a otro con pasos cortos y cadenciosos, casi arrastrando los pies, habla solito, circunspecto, la

mirada fija y lejana, imitando noticiero de radio. Me quedé observándolo con curiosidad, aunque ya lo hubiera visto tantas veces, porque es una figura tradicional y bastante conocida, pero nunca lo había observado con atención ni jamás me había detenido a analisarlo; en una de sus idas y venidas paró delante mío, me acareó, preguntando, ¿habla alemán? no, contesté, ¿inglés? ¿francés? no, solamente español; ¡ah!, bueno... qué lluvia desgraciada, ¿verdad? y continuó con su interminable caminar, eterno vaivén, péndulo de reloj de pared marcando el tiempo absurdo, el hombre noticiero que mantiene a los transeúntes constantemente informados con lo que va por el mundo.

A mi lado dos indiecitos miraban excitados los carteles del cine, contentos porque anunciaban *Los Tres Mosqueteros*.

Cuando me marché de allí, después de cesar la llovizna, me retiré pensativo, bastante impresionado con el extraño hombre que había escogido, a modo de manía, divulgar oralmente los importantes problemas que envuelven al mundo...

Perla se cansó de quedarse parada y comenzó a caminar por el andén. Preguntó si no queríamos acompañarla. Ramón y Jubal prefirieron quedarse donde estaban con el pretexto de guardar nuestras cosas; entonces me tocó acompañarla, y lo hice con placer. En el otro extremo del andén paramos delante de una vidriera iluminada donde estaba un trencito sobre rieles, con durmientes, suelo de grava y todo, réplica perfecta de tren de verdad, incluso el lecho del ferrocarril; había allí una ranura donde se introducía una moneda, inmediatamente la locomotora prendía el farol, las ruedas empezaban a girar sin salir del lugar, pues ellas no se hallaban en contacto con los rieles,

dando la ilusión de movimiento, demostración ésa que duraba aproximadamente tres minutos. Después el trencito apagaba la luz mientras las ruedas iban parando poco a poco. Cuando yo era niño, siempre que me sucedía ir a la estación ponía una moneda para hacer andar al trencito que tanto me encantaba pues el juguete me permitía viajar por lejanas tierras dentro de un mundo de fantasía y ensoñación.

Amanecía. Las primeras luces del día revelaban sombras tenues que progresivamente iban ganando nitidez. Y era lo suficiente como para reconocer a viejos tipos desde hace mucho vislumbrados, más de una vez, fácilmente identificables en cualquier parte del mundo: los tres mochileros hicieron su entrada en el teatro de la estación. Llevaban con ellos, dentro del corazón, harapos de banderas, retazos del alma de todos los pueblos que visitaron durante su larga jornada y con los cuales convivieron. Tras mucho esperar el transporte, difícil de conseguir, lo obtuvieron en fin por medio de un empleado de la estación, que les dio permiso para viajar en el tren de la mañana hasta su destino. Iban a Yerba Buena, como primera etapa del viaje de regreso, el pueblo indio en la falda del Yungali, a entrevistarse con el viejo curandero y asceta nativo, depositario de antigua y profunda sabiduría, guardador de las tradiciones milenarias de su pueblo, y aquél les iba a contar entre otras cosas la fábula que contaba a todos los que lo iban a ver, la leyenda del águila y el cóndor, y empezaba a narrar, el águila arrogante se creía la reina del aire por el alcance y altitud de su vuelo, y recorrió todos los cuadrantes del cielo para someter a las aves más débiles, entonces encontró al cóndor que no conocía, lo desafío insultuosamente a ver cuál de los dos volaba más alto, el vencedor sometería al adversario,

empezó pues la prueba y el cóndor voló hasta las cumbres de las montañas más altas donde vivía, el águila tuvo dificultad en acompañarlo, pero como era testaruda, no quería desistir, para no admitir la derrota siguió volando, hasta que no pudo más porque sus pulmones iban a estallar, y así en efecto sucedió, el águila se cayó de las alturas: muerta; el cóndor dijo entonces, cada uno debe reinar en su propio terreno, quien busca someter a los demás siempre termina mal, y después de concluir la narrativa los oyentes le daban dinero que él recibía sin abandonar su estática postura, los ojos fijos en un punto indeterminado del horizonte, las monedas quedaban brillando dentro de un pote de barro que tenía a su lado para recogerlas, y los visitantes se marchaban como si revigorados por las palabras del sabio, una ocasión fui a visitarlo, había llovido y de regreso el bus lleno de indios daba tumbos por la carretera, en un tramo del camino estaba un bus volcado a la orilla de la vía, los vidrios partidos, obra del mal tiempo, nadie estaba allí a excepción de un indiecito de sus diez años de edad, estaba solito esperando a los demás que habían ido a buscar ayuda, al ver al niño los ocupantes del colectivo en que me hallaba yo, le ofrecieron bizcochos a través de las ventanillas, todos a la vez como si lo hubiesen previamente acordado, bella muestra de solidaridad, el sentimiento se diseminó como un rayo y a los primeros brazos que se tendían se siguieron todos los demás, entonces pensé admirado, si existe el llamado *inconsciente colectivo* esa fue la prueba más evidente que he tenido, después continuamos viaje hasta llegar a un pequeño pueblo intermedio donde la buseta paró, era la aduana departamental, entraron dos empleados, un hombre y una mujer, que luego empezaron a inspeccionar paquetes y bultos y a hacer preguntas, la

empleada palpaba a las indias por encima de la parte del vestido que les cubría los hartos pechos de matrona, les hablaba en su idioma nativo, el empleado preguntó a un viejo indio qué era lo que llevaba en una bolsa de arpillera debajo del asiento, corazones, le contestó imperturbable, afuera indiecitos ofrecían refrescos y bizcochos a través de las ventanillas del vehículo, los pasajeros atendieron pronto a los pregones musicales, como niños disputando golosinas, pagaban con monedas ennegrecidas a los pequeños vendedores, a mi lado una vieja india que había pasado todo el viaje masticando hojas de coca repetía a media voz, distraída, *biz-co-cho*, *biz-co-cho*, ¿cuántos quiere? le preguntó el niño, unito nomás, le dijo ella dándole el dinero, y partimos retomando el viaje de regreso.

El día avanzaba empujando el perenne pasar del tiempo. Un silbido agudo nos despertó de nuestro letargo condicionado por una larga y aburrida espera. Nos levantamos de un salto, desde el rincón donde estábamos instalados, de sobre el banco de madera, y corremos hacia el borde del andén. Se distinguía en la distancia el rastro de humo oscuro alzándose por encima de negro cilindro que se estaba acercando por sobre los rieles.

En el bar, los pasajeros trasnochadores largaron los vasos tras apurar de golpe el último trago. Pagaron la cuenta a la propietaria sonriente que, en homenaje a la llegada del tren, colocó un disco en el tocadiscos. Acudieron sin demora al andén, ocupados con sus maletas y bultos. En todos los altavoces de la estación comenzaron a bailar los primeros compases de una guaracha, cuyo ritmo alegre y envolvente traducía con fidelidad los profundos deseos de cada uno, secretos anhelos por una era mejor.

El cielo se presentaba rojo vivo, ya no era la quimera

sangrienta de los desesperados, incrédulos, pesimistas; el momento no permitía derrotismos. Los que habían perdido la esperanza eran dignos de desprecio y compasión. La esperanza, esa joya preciosa, esmeralda resplandeciente, no habría de morir jamás en el corazón de los verdaderos hombres, los que no tenían el corazón de paja, porque los albores de la lucha cotidiana y diuturna apenas enrojecían el cielo del naciente nuevo día.

A lo lejos, muy lejos, se veía intensa humareda de locomotora acercándose. Otro silbido agudo y prolongado sacudió la paz del amanecer. El nocturno del día anterior venía cargado de promesas, de esperanzas, de certidumbres, lleno de sombras, de espectros, de harapos coloridos, voces roncas, ojos agrandados y hambrientos, pies descalzos, estómagos vacíos, rostros de piedra, rojos color de cobre, seres silenciosos como la serpiente, pujantes como el jaguar, altivos como el cóndor, llevaban en los rostros monolíticos la sentencia pronunciada con labios de granito, por tantos siglos sofocada que ahora asomaba nuevamente, traduciendo un abismo de sufrimiento por la condición que les había sido impuesta por el *huinca* usurpador, destino maldito que había empezado con la conquista extranjera, el asesinato del soberano, clamor de angustia lanzado al aire en un idioma grávido de dulzura a través de las eras muchas veces centenarias, frase que podría haber sido pronunciada en dos, tres, centenares de idiomas milenarios, *anocheció en la mitad del día*, y con eso querían decir que desde entonces había declinado el Sol para esa gente altanera hasta la muerte, que se mantenía viva por pura obstinación.

Al acercarse a la estación, el tren disminuyó la marcha, la campana tañendo tristemente; después se escuchó otro silbido prolongado, la locomotora gritó como

mujer enloquecida. Paró estornudando vapor y se oyó el rechinar agudo de herrajes, olor caliente oriundo del rozamiento de las ruedas sobre los rieles mezclado al olor de carbón mineral.

No era, todavía, el tren que esperábamos. Se trataba de una composición de carga, y apenas tuvimos tiempo de parar mientes, cuando se abrieron las cancelas y una muchedumbre impaciente empezó a bajarse. Eran indios, hombres y mujeres, viejos y niños, cargados con paquetes y trastos, viajaron en los vagones de ganado pisoteando la paja inmunda, húmeda, impregnada de boñiga de vaca, meados, excrementos variados y barro, vagones fétidos que caracterizaban perfectamente el modo como esa gente siempre había sido tratada, saltaban del convoy en avalancha, rápidamente, como si quisieran desembarazarse para siempre de su destino, y mientras el cielo oriental se coloreaba cada vez más de rubro a medida que Aurora cabalgaba por el horizonte, como espejeando la rabia que se manifestaba en sus rostros, manos frenéticas se alzaban azotando el cielo, miles de miles, se agitaban, puños cerrados fuertemente, blandiendo su cólera hecha fusil.

La campana de la iglesia daba seis campanadas saludando el tiempo nuevo.

Mayo de 1976
8 de marzo de 1977

Leonardo Mario Ferraro invita al lector a submergirse en un mundo donde fantasía y realidad forman una amalgama, expresando el sentir de la gente de este lado del mundo, tan sufrida, tan despreciada y con tanto potencial para dar vuelta la historia y crecer, con orgullo y respeto.

Después de la lectura nos queda la idea de que el viento se hace tiempo, barriendo con su acción todas las muertes, todas las tristezas, todos los dolores, surgiendo un nuevo sentimiento, un pueblo que con rabia y dignidad, sin olvidos o mentiras, estará dispuesto a luchar para derrotar toda y cualquier tiranía, en la aurora de un día cualquiera.

RUBINSTEIN MOREIRA
Uruguay

NEBULA: Viento Continental es una historia de indios, inmigrantes; es la historia de la America Latina, resumida, condensada, es el relato de opresión, revolución, amores y escándalos, que tienem un caráter universal.

Rubinstein Moreira

